VERANO Y AMOR

WILLIAM TREVOR



El destino parece haber dictado que Ellie y Dillahan se hayan convertido en marido y mujer. Criada en un orfanato, la joven Ellie es enviada a servir a la granja de Dillahan, donde se encuentra a un hombre que arrastra el sufrimiento de haber perdido a su esposa y a su hijo recién nacido en un extraño accidente. No obstante, ya sea fruto del azar o la necesidad, la vida de la pareja transcurre ordenada y tranquila hasta que, un día de verano, la aparición de Florian, un veinteañero melancólico que está ultimando la venta de la casa de sus padres, despierta las emociones dormidas de Ellie. La pasión, repentina e irrefrenable, empuja a la joven Ellie hacia una turbadora relación con Florian, que afectará incluso a algunos habitantes del pueblo hasta desembocar en un desenlace sorprendente.

La prosa sobria y luminosa de Trevor retrata con precisión fotográfica los detalles más reveladores de la vida cotidiana de unos personajes indefectiblemente ligados al entorno y al momento histórico que les ha tocado vivir, creando una historia de amor acorde con los más altos cánones de excelencia literaria y estética.

William Trevor

Verano y amor

1

Una tarde de junio de mediados del siglo pasado, la señora Eileen Connulty atravesó la localidad de Rathmoye; partió de la pensión Número 4, en la plaza, hacia Magennis Street, continuó por Hurley Lane, recorrió Irish Street y cruzó Cloughjordan Road en dirección a la iglesia del Santísimo Redentor. Allí pasaría la noche.

La vida que acababa de llegar a su fin había estado marcada por sus buenas obras y firmes propósitos, así como por cierta severidad en los asuntos domésticos y familiares. Las expectativas de satisfacción personal, que antaño la habían influido a la hora de contraer matrimonio y dar a luz a dos hijos, se habían frustrado hacía tiempo: su marido y su hija la habían decepcionado. A medida que la muerte se acercaba, había temido verse obligada a reunirse con su esposo y rezado para que no ocurriera. Se alegraba de separarse de su hija; había llorado amargamente por dejar atrás a su hijo, que entonces contaba cincuenta años y había sido su preferido desde el primer instante en que lo había tenido en brazos.

Las persianas de las casas, echadas mientras pasaba el féretro, se alzaron en cuanto lo hubo hecho. Las tiendas que habían cerrado reabrieron sus puertas. Los hombres que se habían descubierto la cabeza se calaron la gorra o el sombrero, y a los niños que habían interrumpido sus juegos en Hurley Lane se les permitió reanudarlos. Los empleados de la funeraria bajaron los peldaños de la iglesia. Un obispo oficiaría la misa al día siguiente; hasta el ultimísimo momento, la señora Connulty tendría lo que le correspondía.

Por entonces, la gente decía que la familia con la que la señora Connulty había emparentado al casarse era dueña de la mitad de

Rathmoye; una impresión causada por los locales que poseían en Magennis Street, el almacén de carbón en Saint Matthew Street y el Número 4, la casa de huéspedes de la plaza que los Connulty habían abierto en 1903. Durante las décadas transcurridas desde entonces habían adquirido otras propiedades en la localidad; restauradas en su mayor parte, les proporcionaban unas rentas modestas, pero que, sumadas, constituían una cantidad considerable. Aun así, no dejaba de ser una exageración afirmar que los Connulty eran propietarios de media ciudad.

Rathmoye, apiñada y sin nada especial, había surgido en una hondonada, nadie sabía ni se preguntaba por qué. Los granjeros llevaban allí el ganado el primer lunes de cada mes, y pedían un préstamo en uno de los dos bancos locales. Iban al dentista que tenía la consulta en la plaza para que les extrajera una muela, de vez en cuando pedían consejo a un abogado, revisaban la maquinaria agrícola en Des Devlin, en Nenagh Road, trataban con Heffernan el vendedor de semillas, y bebían en alguno de los diversos pubs de la localidad. Sus esposas hacían la compra en los grandes almacenes Cash and Carry o, cuando no había que economizar, en McGovern's; adquirían los zapatos en Tyler, y la ropa, la tela para cortinas y el hule en la mercería Corbally. Años atrás había trabajo en la fábrica textil y, antes de que llegara la Shannon Scheme, también en la planta eléctrica; ahora generaban empleo la fábrica de productos lácteos y la de leche condensada, las constructoras, las tiendas y los pubs, y la planta embotelladora de agua. En la plaza se hallaba el juzgado, y en un extremo de Mill Street, una estación de tren abandonada. Había dos iglesias y un convento, un colegio de Hermanos Cristianos y una escuela técnica. El proyecto de construcción de una piscina estaba listo, pero se posponía por falta de fondos.

Según sus habitantes, en Rathmoye nunca ocurría nada, pero la mayoría de ellos seguía viviendo allí. Los jóvenes se marchaban: a Dublín, Cork o Limerick, o a Inglaterra, a veces a Estados Unidos.

Muchos volvían. Eso de que nunca ocurría nada también era una exageración.

El funeral se celebró la mañana del día siguiente, y al finalizar, los asistentes se congregaron a las puertas del cementerio, comentando que la señora Connulty siempre sería recordada en la ciudad y sus alrededores. Las mujeres con las que había trabajado codo con codo en la iglesia del Santísimo Redentor afirmaron que la finada había sido un ejemplo para todas. Recordaron que no se le caían los anillos ante ninguna tarea, por humilde que fuera; que no se quejaba por pasarse horas abrillantando objetos de latón o rascando la cera derretida de los candelabros. Durante sesenta años, no había habido un solo día en que a las flores del altar les faltara agua fresca, o que no se repusiera el misal de los bancos cuando era menester. Hacía pequeños arreglos a las sotanas, las sobrepellices y las vestiduras sacerdotales, y consideraba un deber sagrado fregar las baldosas del coro y el presbiterio.

Mientras compartían sus recuerdos, desgranando elogios sobre la vida que acababa de llegar a su fin, un joven con traje de tweed claro, que llamaba un poco la atención en la cálida mañana, fotografiaba a hurtadillas la escena. Un rato antes, había recorrido en bicicleta los doce kilómetros desde el lugar donde vivía, hasta que el paso del funeral lo había obligado a detenerse. Tenía intención de fotografiar el cine incendiado, del que había oído hablar en una pequeña localidad parecida a Rathmoye, donde no hacía mucho había tomado unas instantáneas de una hilera de casas adosadas que un corrimiento de tierras había arrancado de sus cimientos.

Delgado y de cabello oscuro, el joven tendría poco más de veinte años y era un desconocido en Rathmoye. Su porte, así como su desenfadada corbata a rayas verdes y azules, le daban un toque de elegancia que la cómoda holgura del traje desmentía. Sus rasgos conferían un engañoso matiz de seriedad a su fisonomía, contribuyendo a crear aquella impresión contradictoria. Se llamaba Florian Kilderry.

—¿De quién es el funeral? —inquirió en medio de la multitud, tras abandonar su puesto detrás de un coche aparcado, desde donde había sacado las fotografías. Asintió con la cabeza cuando se lo dijeron y a continuación preguntó dónde se encontraba el cine—Gracias —respondió educadamente y sonriendo—. Gracias —repitió, y empujó la bicicleta a través del gentío.

Ninguno de los dos hijos de la señora Connulty supo que el cortejo fúnebre había quedado inmortalizado de ese modo, y cuando regresaron, cada uno por su lado, al Número 4, seguían ajenos al insólito acontecimiento. En ese momento, la multitud empezó a dispersarse; muchos se reencontrarían en la pensión poco después; el resto proseguiría con sus quehaceres. El último en irse fue un anciano protestante llamado Orpen Wren, que estaba convencido de que el ataúd sepultado contenía los restos mortales de una vieja ayudante de cocina fallecida treinta y cuatro años atrás en una casa que él había conocido muy bien. El respetuoso murmullo de voces en torno a él fue desvaneciéndose; los coches se alejaron. Orpen Wren permaneció solo un momento más, y a continuación también se marchó.

Mientras se alejaba en bicicleta de la ciudad, Ellie pensaba quién sería el desconocido de la cámara fotográfica. Por su modo de preguntar por el antiguo cine se notaba que nunca había estado en Rathmoye; además, ella jamás lo había visto en la calle o en alguna tienda. Quizá tuviera alguna relación con los Connulty, pues al fin y al cabo el cine era propiedad de la familia y el funeral era el de la señora Connulty. Nunca había visto que tomaran fotos en un entierro, y supuso que los deudos habrían contratado al joven fotógrafo. O tal vez trabajaba para un periódico, el *Nenagh News* o el *Nationalist*; a veces aparecían imágenes de funerales en la prensa. Si más tarde hubiera vuelto a la pensión de la fallecida, podría haberle preguntado a su hija, pero ese día tenían cita con el

veterinario para la inseminación artificial y Ellie se había comprometido a esperarlo en casa.

Se apresuró para no retrasarse, aunque había calculado que tenía tiempo de sobra. Le habría gustado ir a casa de la difunta. Le habría gustado ver el interior, pues nunca había entrado, a pesar de que durante mucho tiempo había abastecido de huevos a la señora Connulty.

Quizá los sacerdotes hubieran encargado las fotos; seguramente el padre Balfe llevaba un registro de la parroquia, como, según la hermana Clare, hacían todos los curas. Tener un registro le parecía más propio del hermano Balfe que del hermano Millane, aunque ignoraba en qué consistía. Se preguntó si ella saldría en alguna foto. Recordó las manos finas y delicadas que alzaban la cámara para efectuar los disparos.

La furgoneta blanca estaba aparcada en el patio y en ese momento el señor Brennock bajaba de ella. Ellie pidió disculpas, pero él replicó que no tenía por qué. La joven dijo que le prepararía una taza de té.

Después de pasar unos minutos delante de lo que quedaba del cine, Florian Kilderry hizo un alto en un pub de carretera llamado Dano Mahoney. Un hombre había interrumpido su visita a la sala en ruinas; al ver la bicicleta fuera, había ido a su encuentro para advertirle que no estaba permitido entrar allí. El hombre le había señalado que había un letrero, a lo que Florian había respondido que no lo había visto, aunque no era cierto. Se necesita un permiso, le había informado el hombre, enfadado; sin embargo, mientras cerraba los dos candados que impedían el acceso al lugar, había reconocido que no deberían haberlos dejado abiertos.

—Vaya a ver a la señorita O'Keeffe, al almacén de carbón —le había aconsejado—. Ella le dará permiso para entrar si lo cree oportuno.

Pero cuando Florian le preguntó dónde quedaba el almacén de carbón, se enteró de que ese día estaba cerrado en señal de duelo.

—Supongo que habrá visto el funeral —le dijo el hombre.

Florian se llevó su copa de vino a una mesa en un rincón del pub y encendió un cigarrillo. Había hecho un viaje inútil, apenas compensado por el inesperado funeral; se esforzó por recordar las imágenes de la ceremonia que había fotografiado. Los asistentes que conversaban en parejas o en grupos de tres, un sacerdote que iba de aquí para allá, unas cuantas monjas. Algunos habían empezado a marcharse, de uno en uno, mientras que otros, cabizbajos, permanecían allí incómodos, como si creyeran que debían quedarse un rato más. La escena le resultaba familiar, había fotografiado otros funerales; en un par de ocasiones le habían pedido que se fuera. A veces se daba un momento de dramatismo, o una manifestación de dolor incontenible; pero ese día no había presenciado nada similar.

Por otro lado, lo que había logrado ver del cine le parecía prometedor. Un cartel con el cristal resquebrajado aún anunciaba *Amor entre dos farsantes*; el rostro de Norma Shearer aparecía partido y deformado. Florian estaba contemplándolo cuando aquel hombre había irrumpido gritando, pero a él no le afectaban esas cosas. El cine se llamaba Coliseum, y hacía poco que la Western Electric le había instalado el sonido.

En el pub se coló una vaharada de beicon frito, y voces de una radio. Las paredes estaban decoradas con fotografías de ídolos deportivos —luchadores, boxeadores, jockeys, lanzadores—, galgos y caballos de carreras. Un recorte de periódico enmarcado proclamaba que el dueño del establecimiento había sido pugilista y había aguantado cinco asaltos con Jack Doyle; sus antiguos guantes de boxeo colgaban de una repisa que había detrás de la barra.

—Si quieres otra copa, no tienes más que dar un golpe en el mostrador —dijo el hombre cuando una mujer le avisó de que la comida estaba lista.

Pero Florian le aseguró que con ese vino tenía suficiente. Permaneció sentado un rato más, apuró un segundo cigarrillo y a continuación llevó la copa vacía a la barra. Una voz se despidió de él y lo invitó a volver. Prometió que regresaría.

Al salir al cálido sol de la tarde, se quedó unos minutos con los ojos entornados y la espalda apoyada contra una de las columnas de la entrada. Luego prosiguió su camino pedaleando lentamente. Vivía solo. No tenía ninguna prisa.

En Rathmoye, la jornada seguía su curso. Alterada por la muerte, la localidad retomaba sus muchas rutinas. En el Número 4 empezaron a ordenar la casa después de que el casi centenar de personas que habían asistido al refrigerio del funeral se hubieran ido. Desde el enorme salón del primer piso bajaron bandejas con tazas y platos a la cocina, recogieron los vasos dispersos por todas partes, abrieron las ventanas de par en par, vaciaron los ceniceros. Ya había anochecido cuando acabaron de pasar el aspirador por la escalera, tendieron los paños de cocina para que se secaran y mandaron a su casa a la camarera.

A solas en la casa por primera vez desde el fallecimiento de su madre, la señorita Connulty acariciaba las joyas que ahora le pertenecían: collares de lapislázuli y jade, granates y ámbar, pendientes de zafiro, turquesas, perlas, ópalos, los medios aros de diamantes, el anillo de compromiso de rubí, los tres camafeos. También había un rosario, aunque parecía fuera de lugar, pues carecía de valor en comparación con el resto.

A la señorita Connulty, una mujer de mediana edad, no se la conocía en Rathmoye por otro nombre, una formalidad que se le había impuesto cuando, veinte anos atrás, su madre había dejado de dirigirse a ella con cualquiera de los nombres del santoral recibidos al nacer. De forma inconsciente, su hermano había seguido el ejemplo, y cuando el padre falleció, ella se había quedado sin nombre de pila. Y ahora aquel “señorita Connulty” le pertenecía

incluso más que el otro nombre al que había respondido en el pasado.

Contó treinta y dos joyas; ninguna le era desconocida; se las pondría, y a menudo, como acostumbraba a hacer su madre. Ese pensamiento la dejó impertérrita; no experimentó ninguna emoción. Algunas joyas le sentarían mejor que otras. "¿Qué estás haciendo?", le había preguntado su madre en tono seco muchos años atrás, al entrar inesperadamente en aquella misma habitación; iba en zapatillas, no hacía ruido. Una gargantilla de granates rodeaba el cuello de su hija, que sostenía el cierre con el índice y el pulgar. La joya cayó sobre el tocador con gran estrépito, y la señora Connulty, alta y robusta, dijo que tendría que llamar a la policía.

—¡No, a la policía no! ¡Por favor! ¡No! —Su grito de pavor volvió desde la infancia, y aquel gélido terror le atenazó de nuevo el estómago.

—¡Kitty, ve a buscar a un guardia! —gritó la madre escaleras abajo a una sorprendida criada, y ordenó a la niña que colocara el collar en su sitio.

La señora Connulty contó las joyas para comprobar que no faltara ninguna. Más tarde, cuando llegó el guardia obligó a su hija a relatarle los hechos, y el hombre la miró con cara de desaprobación.

Menos alta que su madre y nada robusta, la señorita Connulty había conservado algunos rasgos de su belleza adolescente. Tenía el pelo rubio ceniza surcado de canas, pero muy pocas arrugas. Aun así, a menudo se sentía vieja y la amargaba pensar que, tras haber alcanzado la mediana edad, e incluso haberla superado con creces, había perdido mucho más de lo que había ganado. Devolvió las joyas al cajón superior del tocador que había pertenecido a su madre y ahora era suyo. Tan solo dejó fuera el collar de granates, para admirarlo contra el tono apagado de su ropa de luto.

* * *

Joseph Paul Connulty era un hombre larguirucho, con cara de comadreja y el cabello gris repeinado hacia atrás, reluciente debido a su costumbre de aplicarse brillantina. Llevaba las gafas sujetas con una cinta que le colgaba del cuello sobre un traje de oscura sarga. Dos bolígrafos le sobresalían del bolsillo superior de la chaqueta y en la solapa izquierda destacaba la insignia de los Pioneros.

Al volver del cementerio, donde había pasado un rato a solas ante la tumba de su madre, y sin saber qué hacer, se dirigió al almacén de carbón. Estaba cerrado. En la puerta de la oficina había un aviso, y en un camión se apilaban los sacos con su apellido impreso a la espera del reparto. Allí se sentía en casa; los montones de cisco, las cuadras donde antaño había caballos, las altas verjas de planchas de hierro ondulado, con la pintura roja algo descascarillada, le resultaban familiares desde siempre. Cuando era niño, solía jugar allí, aunque tenía prohibido entrar en el pub, que aún ahora —abstemio como era— se le antojaba un lugar ajeno, si bien pasaba la mayor parte del día dentro. Había querido ordenarse sacerdote, pero la vocación lo había abandonado bajo el peso de las dudas de la señora Connulty, que no creía que su hijo fuera a triunfar en la vida religiosa. Al final, había hecho suyas las dudas maternas.

Cerró las altas verjas tras de sí y echó a andar hacia el Número 4. Pasó por delante del pub, también cerrado, y le alegró comprobar que reinaba la tranquilidad, pues normalmente el alboroto de voces y música llegaba hasta la calle. También se hallaba en silencio el vestíbulo de la pensión, donde, al ser soltero, comía y dormía, y en la que había transcurrido toda su vida.

—He oído que quieren dedicarle un jardín conmemorativo —le comentó a su hermana cuando se encontraron en el rellano del primer piso.

Aunque eran más que hermanos, pues habían nacido con pocos minutos de diferencia, no se parecían nada. De niños siempre estaban juntos, pero ahora podían pasar semanas sin apenas hablarse, no porque no quisieran, sino porque no tenían nada que decirse.

—Por la reputación de la que gozaba en la ciudad —explicó Joseph Paul en respuesta a las dudas planteadas por su hermana sobre la necesidad de aquel jardín—, por su implicación en la iglesia, por el dinero que donó, así como por todo lo demás. —No le reveló los otros monumentos conmemorativos que le habían propuesto mientras paseaba por la calle, pues sabía que a su hermana no le habría gustado ninguno, y además él prefería el jardín—. Por su forma de ser —concluyó.

A diferencia del almacén de carbón y del pub, el Número 4 había sufrido una transformación que reflejaba las distintas costumbres de las dos generaciones que lo habían regentado. Mientras que originariamente alojaba huéspedes permanentes, a quienes se servía tres comidas al día, con el tiempo se había convertido en una pensión con desayuno frecuentada por viajantes de comercio. Los actuales Connulty todavía recordaban, aunque vagamente, a los empleados de banco y dependientes que acudían al comedor a mediodía, y por la noche compartían el periódico y se sentaban en torno a la misma chimenea de carbón. McNamara el perito agrónomo, Fee el superintendente, la señorita Nelly, la maestra seglar del convento, y otras personas que en su tiempo habían residido en la casa hasta que el matrimonio o un ascenso profesional había dado un vuelco a sus vidas. A cada uno se le había asignado un servilletero particular. La señorita Nelly tomaba comprimidos de hierro; McNamara, cerveza negra, por la que tenía que pagar un poco más. Ahora, el único huésped permanente era Gohery, el profesor de metalurgia, que en ese momento estaba de vacaciones, pero, gracias a la fama de buena comida y limpieza de la pensión, pocas veces quedaba alguna habitación libre. En una ventana de la planta baja, un letrero exponía las condiciones del alojamiento, y el competitivo precio garantizaba una actividad considerable en todas las estaciones del año.

Joseph Paul tenía previsto realizar pocos cambios, aparte del hecho de que su hermana regentaría el negocio sola. Siempre había ido una mujer o una muchacha a fregar los platos y limpiar, y no se

podía prescindir de ella. Además, su hermana tampoco querría hacerlo.

—Solo me han propuesto eso —añadió—. Un jardín.

Cuando eran niños, jugaban en el almacén: se repartían cinco trozos de carbón por cabeza, e iban dándoles patadas a lo largo de un recorrido preestablecido: primero, hasta el cobertizo donde se guardaban los sacos; luego, hasta los barreños de agua; a continuación, a los montones de polvo de carbón; después, sobre los adoquines donde estaban las carretillas; más allá de estas hasta la bomba y la puerta de media hoja, y escapaban a la carrera. Abrían los corrales y perseguían a las gallinas. Deambulaban por la localidad; el padre se lo permitía y la madre estaba muy ocupada regentando la pensión. Unos minutos menor que su hermana, Joseph Paul era también el más menudo de los dos, pero nunca lo había considerado una desventaja.

—¿Y la lápida? —La señorita Connulty cogió una cerilla usada de un alféizar, que la camarera había pasado por alto.

Joseph Paul observó cómo la dejaba en la chimenea apagada del gran salón delantero, colocándola hábilmente para que no se viera.

—Iremos a encargarla a Hegarty.

—Cuando se sepa cómo la quería, será la comidilla de la ciudad.

La madre había dejado dicho que no deseaba que añadieran su nombre en la lápida de su marido, pues prefería contar con una tumba y una lápida para ella sola.

—Estaba en su derecho —respondió Joseph Paul.

—¿Quién ha dicho lo del jardín?

—Madge Shea, de Feeney.

En el Número 4 nunca había habido jardín, y la gente recordaba habérselo oído comentar a la señora Connulty con frecuencia. Un lugar para meditar, insistió Joseph Paul, una forma de dar gracias por la vida; en eso pensaba la gente, ahora que había llegado el momento. Detrás de la iglesia, entre esta y el cementerio, había espacio suficiente para construir un jardín.

—Como si no bastase con la rareza de la tumba —replicó su hermana—. Lo normal es que una mujer descanse junto a su marido. Lo normal es que el esposo y la esposa compartan la lápida.

Él no lo negó, no le llevó la contraria. Para los preparativos del entierro se habían puesto de acuerdo con el padre Millane, según las últimas voluntades de la fallecida. Del mismo modo, cuando llegara el momento darían instrucciones a Hegarty, el marmolista, para la lápida. Y habría un jardín conmemorativo porque así lo deseaba la gente de Rathmoye.

—He oído que en el funeral había un hombre sacando fotos —observó la hermana.

—No me he fijado.

—Lo han comentado en casa. Han preguntado si nosotros habíamos encargado fotografías.

—No he visto a ningún hombre.

—Solo te digo lo que he oído.

La señorita Connulty se alejó sin añadir nada, llevándose consigo una taza y un plato olvidados tras un jarrón. Joseph Paul entró en el salón, donde las lámparas llevaban todo el día encendidas; las persianas de los dos altos ventanales estaban cerradas; a los lados, recogidas por cordones con borla, caían sendas cortinas de terciopelo que creaban sombras rojizas. De día, una profusión de visillos aseguraba la intimidad. Habían dejado revistas sobre las mesas y en un taburete delante de la chimenea, sobre cuya repisa de mármol con vetas ámbar desfilaba una pareja de elefantes decorativos con su pequeño. Encima de ellos y enmarcado en ébano, estaba Daniel O'Connell.

Le había dicho lo de las fotografías porque sabía que él se preocuparía, porque el hecho de fotografiar un entierro como si se tratara de una fiesta era una falta de respeto. Joseph Paul se preguntó si su hermana se lo habría inventado; a menudo se inventaba cosas.

Hojeó el *Nationalist* que la semana anterior se había dejado uno de los huéspedes. Luego, con la misma falta de interés, pasó las

páginas de un viejo *Dublin Opinión*. Su hermana no era una persona fácil. Con los años iba convirtiéndose en una mujer taimada y él había esperado —en alguna ocasión hasta había rogado por ello en sus oraciones— que el tiempo aliviara su insatisfacción. De niños, a la madre le gustaba ver a su hija en la cocina, mientras que a él lo mandaban a jugar solo. Cuando dejaban la puerta entreabierta, lo que ocurría a menudo, Joseph Paul miraba por el resquicio. Y veía cómo la madre le enseñaba a separar la grasa y los nervios de la carne, y a cortarla y enharinarla ligeramente. Le había explicado cuáles eran los tiempos de cocción, cuándo añadir las albóndigas y cuándo el concentrado de caldo. Llegó el día en que permitieron a su hermana preparar las albóndigas sola; otro día pudo preparar el pastel de manzanas, y en otra ocasión la crema y el puré de patatas. La cocina era el reino de ambas, y ellas eran las mujeres de la casa; ellas y la camarera de turno, una chica campesina, o una viuda de la ciudad necesitada de dinero.

Acostumbrándose paulatinamente a ese mundo de mujeres, a Joseph Paul no le disgustaba. Cortaba leña fuera de la casa, tarea que a su madre le parecía más propia de chicos. A veces, la señora Connulty se lo llevaba de compras, y siempre lo llamaba "mi niño". Nunca la hacía enfadar, decía su madre, de hecho, no era capaz de ello. Cada mañana, después de desayunar, se sentaban juntos delante del fuego, a menos de un metro de donde ahora se hallaba sentado.

Esa noche disponía del salón para él solo, ya que habían quitado temporalmente el letrero de alquiler de habitaciones. Oyó los familiares sonidos procedentes del piso inferior: el de su hermana al echar la llave a la puerta principal, el tintineo de los cubiertos en el comedor, el del cajón del aparador al cerrarse, el de atrancar las ventanas que habían abierto para ventilar. Siempre había existido la posibilidad de que su hermana al fin se casara, de que el pasado que jamás había superado acabara olvidado, de que Gohery, o Hickey, de la relojería, o algún huésped de paso o cualquiera de los solteros maduros de la ciudad se fijara en ella. Cuando había tenido aquel

tropiezo, era joven. Después nunca se había dejado llevar, y así seguía.

Oyó sus pasos ligeros en la escalera; los pasos que mejor conocía ahora, pues los de su madre ya no volverían a oírse. Que debería ser despreciado por su hermana era una de las variaciones de la culpa; era consciente de ello, y esa conciencia lo hacía todo más fácil. Ella cruzó el descansillo y se acercó a él. Antes del invierno habría que pintar los dos dormitorios traseros, observó ella, del mismo color que antes.

Joseph Paul asintió en silencio. Sin volverse, pues no quería ver las joyas que su hermana se había puesto para provocarlo, dijo que se ocuparía personalmente de ello, y ella se fue.

2

Dillahan se levantó antes que su mujer. En la planta baja tiró de los reguladores del fogón Rayburn y esperó a oír el crepitar de las llamas antes de llenarlo de antracita. Cuando el agua empezó a hervir, preparó el té y se afeitó en el fregadero. Al abrir la puerta trasera que daba al patio, los dos perros pastores salieron lentamente del cobertizo donde dormían para saludar a su amo. Les susurró unas palabras cariñosas al tiempo que les acariciaba distraídamente la cabeza con un dedo. Por el aire dedujo que ese día no llovería.

Atravesó el patio con los perros pisándole los talones, sin que les afectara, al contrario que a él, pasar por el mal sitio. Un perro pastor que tenía en aquella época daba un rodeo, apenas perceptible, pero Dillahan siempre sabía lo que lo perturbaba. En el sendero que conducía al prado cerca del río, un conejo asustado corrió a ocultarse entre la maleza, seguido de otro. Cuando llegó al prado, el rebaño pacía tranquilamente.

Dillahan contó las ovejas, setenta y cuatro, no faltaba ninguna. Estuvo observándolas un rato, apoyado contra la verja de hierro con los perros acurrucados a sus pies. Luego echó a andar de nuevo, en dirección a los pastos de la montaña, donde tenía las pocas vacas lecheras que conservaba; las llamó y poco a poco estas fueron acercándose.

Ellie estiró las sábanas del lado de su marido, y luego hizo lo mismo en el suyo. Cuando acabó de lavarse en el pequeño baño de la

granja, y aunque sabía que estaba sola en casa, volvió a ponerse el camisón para cruzar el descansillo. Se vistió y se cepilló el cabello; era demasiado temprano para hacer nada más.

Varios años más joven que su fornido marido, conservaba cierto aire aniñado. Y aunque la infancia todavía influía en ese aspecto de su naturaleza, lo que más la distinguía ahora era su recatada belleza, presente en el azul grisáceo de sus ojos, que antaño reflejaban ansiedad, y en la serena sonrisa que en el pasado había sido insegura y titubeante. Llevaba el cabello, rubio y suave y otrora difícil de domeñar, peinado hacia atrás, el estilo que mejor le sentaba. Pero en la granja, en el patio, en la vaquería, en el huerto de manzanos silvestres y en los prados, pese a la gracia que había ganado con el tiempo, Ellie Dillahan seguía siendo una presencia esquiva, igual que el día que había llegado a la casa para trabajar como asistenta.

Esa mañana, como todas, mientras la grasa que acababa de sacar del cuenco se derretía en la sartén, Ellie colocó los cuchillos y los tenedores en la mesa. Pasaron aún veinte minutos antes de que oyera a su marido cruzar el patio, y a continuación levantar el pestillo de la puerta de la cocina y entrar con la leche. Dijo que había visto otra vez al halcón volando en círculos. Se quitó las botas de goma en el umbral.

—Hoy iré un rato al prado del río —anunció Dillahan rompiendo el silencio, cuando terminaron de desayunar.

Se había preparado unos bocadillos para llevar, como siempre que pasaba el día en los prados. Se había acostumbrado a ello en sus años de viudedad: queso, tomate y cualquier cosa que encontrara en la despensa. Ellie le había llenado el termo.

—Gracias —dijo cogiéndolo mientras su mujer retiraba los platos de la mesa.

Los llevó al fregadero, abrió el grifo de agua caliente y los dejó en remojo mientras apartaba las sillas de la mesa para barrer el suelo irregular. Metió la escoba cuanto pudo por debajo del aparador para sacar el polvo acumulado del día anterior. Lo arrastró hasta el

montón que había dejado delante del fogón y a continuación lo recogió todo con la pala. Aunque le daba la espalda a su marido, sabía que este seguía en el umbral, como si necesitara decir algo y por eso no se decidiera a marcharse.

—Estaré fuera todo el día —se limitó a decir al fin.

—¿Quieres que te lleve algo de beber?

—Sí, gracias. Más tarde.

—Muy bien. —Abrió la tapa del fogón y vació el recogedor sobre el carbón.

—Deberías tener cuidado al hacer eso —le advirtió él.

—Se me había olvidado.

Se enfadó consigo misma. No era que no recordara su recomendación de no abrir continuamente la tapa del Rayburn, sino que lo creía fuera de la cocina. Su marido era muy silencioso: Ellie estaba segura de que se había marchado en cuanto le había dicho que le llevaría la bebida.

—Perdona —se excusó, volviendo el rostro hacia él.

—Nada, mujer, no tiene importancia. Si viene el tipo del seguro, coge el dinero del libro. Ahora no recuerdo si ya ha establecido un día fijo.

—El señor Cauley venía el segundo martes.

—Ya —respondió, y añadió que ahora sería diferente, pues se presentaría otro hombre—. Si viene hoy, te dirá cómo va.

—Si no, se lo preguntaré.

—Echarás en falta al viejo Cauley.

La puerta del patio se cerró tras él. Ellie oyó el motor del tractor y luego cómo se alejaba. Su marido era bueno con ella; no se enfadaba cuando cometía errores; si Ellie no daba la talla, no le reprochaba nada, consciente de que aún estaba aprendiendo el funcionamiento de la granja. Eso pensó mientras dejaba caer el disco de hierro en su sitio sobre el fogón. Colgó el recogedor y la escoba en el armario de debajo de la escalera. Como hacía todas las mañanas, incluso cuando llovía, abrió las dos ventanas para ventilar. Les fijó el seguro y puso en hora el reloj del aparador, retrasando los

veinte minutos que se había adelantado desde la jornada anterior. Se encaramó a una silla y del estante más alto del aparador cogió un billete de cinco libras guardado entre las páginas de un antiguo *Old Moores Almanac* para pagarle al hombre del seguro; no quería subirse delante de él cuando llegara.

La cocina no era grande y estaba dominada por el enorme aparador verde y la larga mesa de roble donde comían a diario. En el techo, las oscuras vigas de madera alternaban con el encalado. Habían pintado de verde el resto de la madera —puertas, marcos de ventanas y zócalos—, a juego con el aparador. Cuando Ellie había llegado a la granja, cinco años atrás, nunca había estado en una cocina que le gustara tanto, ni en una salita tan confortable como la de la parte delantera, pequeña y acogedora, con sus dos sillones con macasar, el guardafuegos de latón con los utensilios para la chimenea incorporados, objetos decorativos y fotografías, y las paredes con empapelado de flores y un friso.

Fue hasta allí. El agradable olor a humedad veraniega mezclado con un poco de hollín impregnaba el aire. En un jarrón blanco sobre el único alféizar de la ventana, se mustiaban unas rosas que ya no olían. Llevó las marchitas flores a la cocina, enjuagó el jarrón y a continuación salió al jardín para cortar otro ramo. Cuando terminó de arreglar las rosas, dio de comer a las gallinas y recogió los huevos. Infló la rueda trasera de su bicicleta, porque la válvula perdía, aunque ese día no tenía intención de ir a ningún sitio.

A pesar de que no tenían hijos, Ellie se sentía satisfecha y nunca se quejaba de su soledad cuando su marido pasaba todo el día en los prados. Siempre había cosas que hacer, y una vez por semana recorría en bicicleta los seis kilómetros que la separaban de Rathmoye para vender huevos, y más a menudo cuando había que comprar. El trayecto por la campiña solitaria le encantaba, así como pasar un rato en la ciudad, el bullicio de las calles, respirar un aire diferente. Le gustaba que la reconocieran en las tiendas, que el hombre con audífono de la ferretería English la llamara por su nombre, y le agradaba sentarse a una mesa del café Meagher,

ingresar de vez en cuando cheques en el banco, buscar ciertos artículos en Cash and Carry. Iba a confesarse más a menudo de lo necesario, y con mayor frecuencia de lo que le habría gustado oía el argumento de la novela que estuviera leyendo la señorita Burke, de la mercería Corbally. El viejo Orpen Wren la saludaba, a veces acordándose de quién era.

Limpió el suelo de la vaquería con la manguera, puso los cubos de leche recién lavados del revés sobre el escurridero de pizarra. Colocó veneno en uno de los cobertizos de tepe y en el del forraje, donde había rastros de roedores.

En el pequeño huerto desherbó el perejil y aclaró las zanahorias, conservando lo que arrancaba. Al día siguiente, o al otro, los primeros guisantes que había sembrado estarían suficientemente llenos como para recogerlos.

Una vez hubo apartado la tubería del terreno de la colina, Dillahan condujo el tractor con el remolque por el prado contiguo al río. La cerca que quería cambiar había cedido, dejando alguna que otra brecha en el cable electrificado del rebaño; unos pocos postes estaban podridos y caídos. Su llegada inquietó a las ovejas, que se agruparon en el centro del prado antes de volver en procesión a la sombra de los alisos que crecían sin orden ni concierto en ambas orillas del río, algunos en el agua. Los perros pastores se tumbaron también a la sombra.

Arrancó las grapas que sujetaban el alambre de púas al cable electrificado. Salieron con facilidad, pero aun así lo esperaba una tarea laboriosa: llevar veintidós nuevos postes con el tractor, sacar los viejos cuando fuera necesario, cambiar el cable. Ese trabajo lo tendría ocupado el resto de la mañana, mucho más de lo que había calculado, quizá incluso habría de dedicarle otra hora el día siguiente.

Era un momento del año difícil para Dillahan: la tragedia que se había abatido sobre él siete años atrás, cuando había perdido a su

mujer y a su hijo, había ocurrido en junio. Por mucho que se esforzara, cuando llegaba ese mes no podía evitar el tormento del recuerdo, que persistía hasta que el verano tocaba a su fin y las jornadas cambiaban. En octubre —dieciséis meses después del accidente— había muerto su madre, dejándolo completamente solo.

Sus hermanas le habían encontrado a Ellie. Sin decirle nada, habían ido a Templeross, pues habían oído hablar de Cloonhill. Más tarde, se reunieron con él en la cocina, le hablaron de la institución que habían visitado y le repitieron lo que él ya sabía: que al estar las dos casadas ninguna podría ocupar el lugar de la madre en la granja. En el pasado no habían conseguido encontrar un ama de llaves, pero ya no lo consideraban un fracaso, pues en vez de la mujer mayor que andaban buscando, en Cloonhill les habían ofrecido una persona más joven, con experiencia en labores domésticas y dispuesta a trabajar en la granja: todo ello parecía más adecuado. Sus hermanas le pasaron referencias de parte de la madre superiora de Templeross, y él las leyó mientras ambas aguardaban en silencio. Cuando dejó el papel sobre la mesa, las dos le aseguraron que era lo mejor que podría hacer.

Fragmentos de esos recuerdos y del arreglo que siguió revoloteaban en su mente mientras golpeaba el primer poste con el mazo. "No hay mucha gente que tenga esa suerte", oyó decir a una de sus hermanas una de las veces que telefoneó a Cloonhill, y no supo si se refería a la chica o a él. Oyó que lo tildaba de hombre decente, de hombre en quien se podía confiar en cualquier circunstancia, un hombre que, pasara lo que pasase, nunca se saltaba una misa. Más tarde, su hermana mayor fue a recoger a la chica en coche y la llevó a la granja, con todas sus pertenencias metidas en una caja de madera blanca prestada.

Dillahan tenía la piel curtida por el sol, el pelo rojizo y pecas en la frente y el rostro; tanto sus rasgos como su corpulencia reflejaban fortaleza. Desde que heredó la granja se las había apañado solo, pues así lo quería, y únicamente contrataba a hombres para ayudarlo a enfardar unos días de septiembre. Poseía buenas tierras,

aunque poco extensas; cuando era necesario, alquilaba pastos. Nunca había trabajado en otro lugar, ni lo había deseado.

Fijó el poste de forma que aguantara el peso de la alambrada. Si alguna vez se decidía a poner vaquillas en el prado contiguo al río, harían falta dos hilos de espino por encima de la cerca de alambre cuadriculada. Sujetó el segundo trozo, manteniéndolo tirante con la pinza de hierro. Le clavó una grapa con el martillo y después otra, antes de quitar la pinza. Cuando salió de la sombra, el sol caía a plomo. Tenía la camisa sudada, y en el antebrazo, un sarpullido por el roce de las ortigas.

El accidente volvió a él repentinamente, como le sucedía siempre. Primero el golpe, el momento de perplejidad, el sol en el patio, abrasador como entonces, el instante en que se percató de lo ocurrido. Se lo quitó de la cabeza como pudo. "Vale, la pondremos a prueba", les había dicho a sus hermanas, que le respondieron que podría ir con ellas a Cloonhill para verla con sus propios ojos, pero él no había querido acompañarlas. "La chica estará bien", dijo.

Fue al remolque en busca de postes, que llevó a la orilla uno a uno. Cuando la compra era mayor de lo habitual, demasiado pesada o voluminosa para cargarla en la bicicleta, a Dillahan no le importaba acompañarla en coche a Rathmoye. Habría asistido con Ellie al funeral del día anterior de no ser porque no había llegado a tratar a la señora Connulty como ella, que le llevaba huevos todos los viernes. Aseguró que no le importaba ir sola, y al volver había traído noticias, como de costumbre: quién había asistido a la misa y qué le habían dicho en la ferretería English acerca del pigmento ocre para marcar a las ovejas que había encargado y aún no había llegado. El día que la joven pisó por primera vez la granja, Dillahan no imaginó ni por un instante que llegaría un día en que la desposaría, que de pie junto a ella oiría las mismas palabras pronunciadas otra vez, que después le estrecharían la mano como a un marido. La celebración de la boda fue como la de la anterior, el mismo anuncio del jerez Winter's Tale en un espejo, el bullicio y las carcajadas, el suelo alfombrado de confeti. "Es mejor así, mejor así", le susurró

aprobador un viejo granjero al que Dillahan conocía de toda la vida cuando coincidieron en los urinarios. En el banquete de bodas, el hombre cantó para los dos, también para ella, hecho que a nadie se le escapó. Después pasaron tres días en Lahinch, mientras uno de los Corrigan cuidaba de la granja. Ellie nunca había visto el mar.

3

Florian Kilderry lanzó una piedra sobre la oscura superficie del agua, inmóvil como el hielo. Rebotó una sola vez; luego dos y tres cuando volvió a probar. Reinaba el silencio de primera hora de la mañana; el aire era frío y límpido. No vio el pájaro que había sido incapaz de identificar ese verano, aunque tenía la esperanza de que apareciera de pronto, abatiéndose sobre el agua con su estilo característico. Escrutó el cielo, pero no había ni rastro del ave. Su perra, una labrador negra, que ya no era joven, oteó a su vez, y con su actitud pareció sugerir que sabía lo que buscaba. Últimamente apenas hacía nada sola.

Florian tardó una hora en recorrer el perímetro del lago. Cuando había charcos, tenía que dar rodeos cada dos por tres, pero esa mañana la tierra estaba seca. El bote volcado seguía abandonado en la orilla de guijarros por donde discurría el riachuelo, ahora casi sin caudal. Los juncos crecían mejor cerca del agua. Hacía años que nadie los cortaba.

En el pasado, cuando se celebraban fiestas a las que acudían invitados de Dublín, siempre daban un paseo alrededor del lago; se formaban verdaderas procesiones de personas, entre ellas Florian, el niño de la casa. Aparcaban los coches en la gravilla: viejos Dodges y Fords, el Morgan solitario que nunca faltaba, Morris y Austins. Se distinguían por el escudo del capó, y él conocía las matrículas, que había memorizado en la anterior ocasión. Por la noche, cuando había fiesta nunca quería irse a la cama; a su habitación llegaba el rumor de la música y las risas. Por la mañana, se movía de puntillas por la

casa, sumida en un silencio tan profundo que parecía que fuera a durar siempre.

Florian Kilderry —al que habían bautizado con ese nombre en memoria de un abuelo al que no conoció— era lo único que quedaba de una madre italiana y un padre angloirlandés, una pareja cuya devoción mutua había iluminado un matrimonio en el que se consentían las flaquezas y se aplacaba a los acreedores como parte de la rutina diaria. La madre era una Verdecchia de Génova; el padre había nacido en el seno de una familia de militares oriunda del condado de Galway, pero establecida en Somerset desde hacía mucho. La acomodada familia Verdecchia no había aprobado el idilio de su hija con un soldado errante que había perdido el contacto con su regimiento al terminar la guerra en 1918 y que con toda certeza no era noble como ellos. Lo llamaban *soldato di ventura*, mercenario, expresando así todo su desprecio. Añadieron tanta leña al fuego que empujaron a Natalia Verdecchia, unos años más joven que su pretendiente, a casarse en secreto y huir con él a Irlanda. "Nunca he tenido un céntimo", solía decir el padre de Florian, y era particularmente cierto en aquella época, pues, desde que resultó gravemente herido en la pierna derecha en la batalla de Lys, vivía a salto de mata. Pese al disgusto que se llevaron los Verdecchia, al cabo de un tiempo la pareja recibió una herencia genovesa, menos cuantiosa de lo que cabía esperar, pero suficiente para comprar la casa donde los Kilderry vivirían el resto de sus días, donde nacería su único hijo, quien a su vez la había heredado recientemente, tras el fallecimiento del padre.

Se llamaba Shelhanagh y era una casa de campo de poca relevancia arquitectónica, que dominaba un gran lago dentro de la misma propiedad, a tres kilómetros y medio del cruce de Greenane y casi ocho de Castledrummond. En la actualidad estaba bastante deteriorada, pues en vida de sus padres rara vez había habido dinero para pagar reparaciones; y con la casa Florian había heredado un montón de deudas y litigios en curso. Hasta sus últimos días, su padre había sido muy hábil postergando el pago de las facturas, y

sabía cuál había que satisfacer enseguida y cuál no. Florian carecía de ese talento. No había logrado que las cosas marcharan: ni cultivar hortalizas para vender, ni recoger las ciruelas antes de que se cayeran de los árboles y se pudrieran entre la alta hierba. Hacía poco le habían cortado el teléfono, le devolvían los talones bancarios. A menudo comparecía en la casa un cobrador de morosos.

Si las circunstancias hubieran sido menos difíciles, Florian se habría quedado en Shelhanagh el resto de su vida, pero al no haber indicios de que fueran a cambiar y sabiendo que le faltaba valor para soportar las humillaciones de la pobreza en soledad, había seguido el consejo que le habían dado respecto a vender la casa e, hijo de exiliados como era, convertirse también en un exiliado. Dos semanas atrás había solicitado su pasaporte en Castledrummond.

Al ser hijo único, había pasado en soledad y sin demasiadas exigencias los años de infancia y los posteriores; al hacerse hombre, su temperamento apenas era distinto del niño que fue: una presencia cortés, modesta, tendente a la reserva. "Es un poco tímido", solía comentar Natalia Kilderry, aunque en el tono afectuoso con el que siempre se refería a su hijo. Había sido una familia afectuosa.

Durante el paseo de esa mañana, Florian se detuvo un momento y volvió la vista hacia las serenas aguas del lago. Después, se encaminó hacia el huerto infestado de las malas hierbas en que se habían convertido las alcachofas plantadas entre el saúco y el convólvulo, los brotes de frambuesas que florecían solo para perecer asfixiadas y las manzanas del año anterior, que se pudrían en el suelo. Más allá de ese exuberante yermo había un pequeño corral empedrado. Lo atravesó y entró en la casa por la puerta trasera, que no estaba cerrada con llave.

En la cocina preparó café y tostadas. No se apresuró. Mientras leía *Hermosos y malditos*, apuró el café y fumó el primer cigarrillo del día con calma. Más tarde, lavó algunas prendas que había acumulado y las tendió a secar entre los ciruelos. Intentó arreglar la

bomba de agua, pero como de costumbre no lo logró. Desde la cocina oyó caer en el suelo de piedra lo que el cartero había deslizado por la rendija de la puerta. Al pasar por el vestíbulo unos minutos después, solo encontró sobres marrones de facturas. Los tiró a la basura sin abrirlos.

"Me parece que la venderá bien", había opinado el hombre de la agencia inmobiliaria cuando hubo terminado de tomar las medidas con la cinta métrica; y el Banco de Irlanda había sido del mismo parecer. Una vez hubiera pagado las deudas, tendría bastante para vivir, si no con grandes lujos, al menos con comodidad durante un tiempo. Le bastaría para ser un extranjero en alguna parte, aunque Florian aún no sabía dónde. Nunca había salido de Irlanda.

Deambuló por las habitaciones del piso superior, estudiando lo que podría interesar a los comerciantes. Había muchas menos cosas que antes porque en los últimos años su padre había empezado a vender los muebles, así como los pequeños terrenos pedregosos y llenos de aulagas de Shelhanagh. Pero incluso medio vacía, en la casa aún quedaban vestigios de tiempos mejores. Los cuadros que antaño alegraban las paredes ahora no eran sino un rectángulo más oscuro en el empapelado; no obstante, Florian seguía guardando un recuerdo preciso de todos ellos. Habían sustituido los aguamaniles y las palanganas floreadas, los lavamanos y tocadores ya no estaban, pero él recordaba el lugar que ocupaban y su disposición. El sol estancado en el aire siempre había sido el perfume del verano, y seguía siéndolo; las notas de Schubert que su prima italiana tocaba cuando visitaba Shelhanagh reverberaban en la habitación, como un murmullo de voces. El techo había cedido sobre las ventanas de una habitación donde nadie había dormido desde la época en que daban fiestas, la alfombra raída tenía trozos de yeso pegados y las moscas de otro verano ensombrecían el alféizar de las ventanas. La máquina de escribir de su padre, una antigua Remington, descansaba sobre una mesa tambaleante en un hueco, donde también estaban sus diarios, amontonados en un rincón.

Las paredes estaban abombadas por la humedad. En las desnudas y polvorientas tablas del descansillo yacía un auricular de teléfono separado de su horquilla. Los rayos de sol que atravesaban las deslucidas ventanas proyectaban sombras donde los invitados de las fiestas habían bailado, incluso a primeras horas de la tarde. La música procedía de una radiogramola de latón y bailaban por toda la casa, en todas las habitaciones de la planta baja, en el vestíbulo. Se sentaban en la escalera.

En el dormitorio que siempre había sido el suyo, tiró de las sábanas arrugadas y tapó con la colcha la cama revuelta. Vender la casa constituía una traición, por supuesto: lo sabía muy bien. Unos días antes de morir, su padre había insistido en lo que ya le había repetido miles de veces: que, si había que tomar medidas drásticas, podría alquilar algunas de las dieciocho habitaciones de Shelhanagh, que podría sacarse provecho del atractivo del lago y el tranquilo entorno; que, con independencia de cómo deseara vivir Florian, Shelhanagh siempre sería un techo sobre su cabeza. "Nunca malgastes tu talento, *Beau*", le había advertido antes su madre, pasando por alto los asuntos prácticos, pues por ser hijo de padres talentosos —ambos eran acuarelistas de excepcional destreza— se suponía que de algún modo habría heredado sus dotes.

El arte había sido la pasión de sus progenitores. Sus caballetes y pinceles, sus reiteradas vistas del lago, los pájaros, flores y calles de la ciudad, sus bodegones, dominaban su existencia y ocuparon el centro de Shelhanagh mientras vivieron, así como el de ellos, y de algún modo el de su matrimonio. Las fiestas giraban en torno a todo esto; la mayoría de los invitados también eran pintores o gente relacionada con el mundo del arte; a menudo, la venta de un cuadro era motivo de celebración.

Acariciaban la esperanza de que un día Florian se haría un sitio en ese mundo. Dando por sentado que se cumpliría, la expectativa había marcado su infancia, al igual que el amor que sus padres se profesaban y su bondad. Pero pese a que admitía la generosidad de las buenas intenciones, en su fuero interno Florian albergaba dudas,

dudas que había confirmado por primera vez la mañana de su quinto cumpleaños.

Le habían regalado una lata plana y negra de hojalata; él había imaginado que contendría golosinas hasta que abrió la tapa y vio los colores. Su madre leyó en voz alta los nombres: amarillo de cromo y azul de Prusia, rosa oscuro y rojo carmesí, cobalto y esmeralda. Florian los confundía; dijeron que no importaba. "Claro que puedes", aseguraron, mientras mojaban el pincel en el bote de agua y se lo ofrecían. Le enseñaron lo que debía hacer. Florian manchó toda la hoja e hizo una chapuza. "Claro que puedes", repitieron. Pero él sabía perfectamente que no podía.

Esa mañana, mientras iba de una habitación semivacía a otra, se descubrió reflexionando más de lo habitual acerca de aquellos momentos pasados, y más reacio de lo normal a aceptar el fin que se aproximaba con el paso de los días. Se detuvo en el umbral del dormitorio donde su padre había muerto mientras estaba vistiéndose y donde —tres años antes— su madre había expirado el día de su sesenta y un cumpleaños. Ahora solo quedaban el armario y la cama. "Más tarde nos ocuparemos de la ropa", había dicho su padre, al tiempo que juntaba vestidos y abrigos en sus perchas para darlos a alguna organización caritativa con la que nunca llegaría a ponerse en contacto, al no tener las fuerzas para hacerlo. Su ropa todavía colgaba junto a la de su mujer.

Sin poder evitarlo, habían puesto a su hijo en un altar. Florian se daba cuenta ahora. Y casi también entonces. Le sugirieron otras formas de arte, y a pesar de los resultados negativos, al parecer no perdieron la esperanza, mientras que él solo veía fracasos. Al principio le afectaba, más tarde menos. La casa estaba llena de libros; leía muchísimo.

Cuando sus padres no pudieron pagar la matrícula del internado de Dublín y tuvo que abandonarlo, no le importó. Durante un tiempo, le dio clases un viejo tutor, un tal señor Blades, que iba todos los días desde Castledrummond en moto. Pero volvió a presentarse la misma dificultad y las clases se interrumpieron.

Entonces, o más tarde, Florian podría haberse marchado de Shelhanagh, pero no lo hizo.

"Nosotros no le insistimos en que se quede en casa —había escrito su padre con su descuidada caligrafía en una carta que nunca llegó a enviar—. No tenemos derecho a hacerlo. Sin embargo, ¿por qué, me pregunto, debería desaprovechar su vida sentado en una oficina si no lo necesita? Algo saldrá, nos decimos todos los días, estamos convencidos de que saldrá algo; tarde o temprano, sí. Cuando llegue el momento, se verá, pues así funcionan las cosas. Y mientras encuentra su camino, en esta casa es feliz".

Florian nunca lo encontró. En cambio, lo que sí descubrió poco después de la muerte de su padre, entre los trastos de un cobertizo del jardín, fue una vieja Leica. Al coger la cámara, se preguntó cómo nunca, durante aquella infructuosa búsqueda en el mundo del arte para encontrar el nicho donde establecerse, nadie le había mencionado la fotografía. Y cuando probó la cámara, descubrió con sorpresa que funcionaba.

Fotografió Shelhanagh; la decadencia y la atmósfera melancólica del lugar se convertirían en constantes que más adelante buscaría en sus instantáneas. Ese día tenía previsto volver al cine incendiado donde recibió una reprimenda por entrar sin permiso.

Antes de marcharse, terminó de vaciar uno de los desvanes llenos de objetos que se deberían haber tirado tiempo atrás, pero que allí se habían quedado arrumbados. La perra olisqueó la porquería del suelo y luego se echó a esperar que ocurriera algo más interesante. Hasta no hacía mucho, solía acompañarlo en sus excursiones fotográficas, trotando tras la bicicleta, pero ahora ya nunca quería ir. Florian llevó todo lo que pudiera quemarse a la fogata que ardía en el jardín, y a continuación le lanzó a la perra su pelota de tenis.

—Vigila la casa —le ordenó antes de irse.

La perra se tumbó otra vez y golpeteó el suelo con la cola como si lo hubiera entendido. Se llamaba *Jessie*.

4

Ellie Dillahan se puso el vestido azul, pero enseguida se lo quitó, pues la falda estaba arrugada. La planchó en la cocina, después se pintó los labios y se arregló el pelo, ya que se había despeinado al ponerse el vestido, e hizo la lista de la compra. Fuera, comprobó que las dos cestas de huevos que llevaba en el portaequipajes de la bicicleta estuvieran bien sujetas y salió del patio pedaleando con la bolsa de la compra vacía colgada del manillar.

No se cruzó con nadie, y tampoco vio señales de vida al llegar a la casita gris que se erguía cerca del letrero, deshabitada desde que los Nelligan habían tenido que marcharse. Había un coche de policía parado en la carretera principal, como si se hubiera producido un accidente, y dos agentes medían las rodadas en el asfalto.

Cuando llegó a la casa parroquial y llamó al timbre, le abrió la puerta el padre Millane en persona; en su rostro rollizo y rosado se dibujó una sonrisa forzada. Le dijo que iba a avisar a la señora Lawlor, pero a continuación advirtió que la mujer había dejado el dinero de los huevos en el alféizar del porche, como Ellie había estado a punto de señalarle. Mientras lo contaba para asegurarse de que fuera el importe exacto, comentó que la había visto en el funeral de la señora Connulty, la semana anterior, y añadió que era muy amable de su parte haber asistido.

—¿Y a ti como te va, Ellie? ¿El heno tiene buen aspecto, verdad?

La joven contestó que todo iba bien. Habían segado parte del heno, que estaba secándose. Ese año, la cosecha era abundante.

—¡Fabuloso! —exclamó el padre Millane, entusiasta—. Es fabuloso, ¿verdad?

Utilizaba esa palabra a menudo. Conocido en la localidad por sus dotes de persuasión y su habilidad para arreglar los asuntos, dictaba los principios espirituales que regían la vida de los habitantes de Rathmoye, y la suya era la voz que condenaba implacablemente todas las amenazas a la metódica Iglesia que representaba. Respetado tanto por la sotana como por sí mismo, el padre Millane se alegraba cuando los feligreses le daban buenas noticias. Nunca se cansaba de repetirles que tenían muchos motivos para sentirse agradecidos; que, desde cualquier punto de vista, eso había que reconocerlo. Esa mañana, Ellie lo oyó decirlo otra vez y, convencida de que ella misma tenía mucho que agradecer, se mostró totalmente de acuerdo.

Cuando unos minutos después abrió la puerta de su casa, la señorita Connulty repitió la opinión expresada por el padre Millane al afirmar que Ellie había sido muy amable por asistir al funeral.

—¿Cómo podría haber faltado, señorita Connulty? Solo lamento no haber podido venir aquí luego. Ese día esperábamos la visita del señor Brennock. ¿Lo conoce?

—Pues no, para serle sincera.

—Es el mejor con el ganado.

En los últimos tiempos, desde que la señora Connulty no podía subir y bajar escaleras, la encargada de recoger los huevos había sido la camarera. El último año, la señorita Connulty solo le había abierto la puerta un par de veces; Ellie apenas la conocía. No es que hubiera conocido a la señora Connulty mucho mejor, pero aun así no podría haber faltado al funeral.

—No sé qué haríamos sin ti, Ellie —dijo la señorita Connulty, y pareció una declaración propia de su madre. Comentó que hacía un día magnífico, cosa que también había dicho el padre Millane—. Vaya, ¿y ese quién es? —inquirió de repente, y Ellie se volvió—. El que acaba de cruzar Matthew Street —aclaró, y Ellie vio al hombre que le había preguntado una dirección la mañana del funeral. Empujaba la bicicleta entre los coches aparcados, que de vez en

cuando lo ocultaban de la vista—. ¿Quién será? —insistió la señorita Connulty.

Ellie cogió el dinero que la mujer estaba tendiéndole antes de distraerse.

—Gracias, señorita Connulty.

—No será aquel tipo que sacaba fotos en el funeral, ¿no, Ellie? ¿Lo viste en el cementerio?

Ella asintió.

—Lo vieron algunas personas —aseguró la señorita Connulty—. Dicen que llevaba un traje de tweed. ¿Lo viste sacar fotografías, Ellie?

—Sí, bueno…

—¿No te pareció un poco raro?

Ellie afirmó que había pensado lo mismo. Recordó el pelo negro que le caía sobre la frente, la mirada seria cuando le preguntó de quién era el funeral, la sonrisa que afloró a sus labios, la corbata de vivos colores. Recordó haberse fijado en las manos que sostenían la cámara. Unas manos delicadas, pensó.

—Pensé que le habían encargado que sacara fotos.

—¿Por qué?

—Por nada, se me ocurrió. Me preguntó dónde estaba el cine.

—El cine, ¿y para qué?

—No lo sé.

—¿Le apetecía ir al cine? ¿No sabía que se incendió?

—Creo que lo sabía, sí.

—¿Y adónde va ahora? —inquirió la señorita Connulty cuando el joven se montó en la bicicleta y se alejó en dirección a Cashel Street.

—¿Le traigo lo mismo el viernes que viene, señorita Connulty?

—Ah, sí. Perfecto, traiga lo mismo. —Y comentó que aún tenía que hacer las camas y no podría entretenerse más.

Ellie se despidió y siguió su camino.

En la ferretería English aún no había llegado el pigmento ocre. El hombre del audífono fue a mirar y negó con la cabeza detrás del

mostrador. Ellie dijo que no importaba, y se preguntó si la habría oído, aunque era improbable. "¡El martes!", gritó el hombre cuando Ellie ya se marchaba, y entonces recordó que la joven solía acudir a la ciudad los viernes y levantó una mano como para excusarse. Ellie lo entendió.

Dejó su bicicleta en Cloughjordan Road, apoyada contra la verja de la iglesia. Tuvo que esperar un rato antes de que llegara el sacerdote para oírla en confesión, pero no le importó. La penitencia que le impuso no fue excesiva. Antes de irse encendió un cirio.

—Era propiedad de los Connulty —le informó la mujer del café Meagher cuando Florian le preguntó sobre la catástrofe del cine—. Mejor dicho, todavía lo es.

Era una mujer corpulenta, ancha de espaldas y con el pelo negro recogido en una redecilla. Por sus dedos agrietados y su rostro enrojecido y ajado parecía la hacendosa mujer de un granjero, alguien que preparara la mantequilla en una helada lechería, expuesta a las inclemencias del tiempo. Se había sentado con Florian a una mesa cercana a la ventana, pues el resto estaban ocupadas y en la de él había sitio de sobra. Cuando la mujer le dirigió la palabra, Florian dobló una esquina de la página que estaba leyendo y dejó el manoseado ejemplar de *Hermosos y malditos*.

—¿Recuerda cómo fue el incendio? —le preguntó Florian.

—Sí, claro, claro que lo recuerdo.

La camarera les llevó una tetera. Y anunció que enseguida volvería con los pasteles.

—Y agua hirviendo —le pidió la mujer, mientras la otra se alejaba —. Traiga agua hirviendo, si es tan amable.

Florian había ido a pedir permiso a la oficina de los almacenes de carbón para fotografiar el cine, pero no encontró a nadie. Mientras esperaba, vio unas llaves que colgaban de unos ganchos de la pared, y cuando fue al almacén y le preguntó a un hombre que paleaba carbón, este escogió una con la etiqueta COLISEUM y se la

entregó. Dijo que la señorita O'Keeffe había ido al pub a llevarle el correo al señor Connulty. "No te olvides de devolver la llave a su sitio cuando acabes", le pidió, y Florian se lo prometió. Pasó una hora entera merodeando por el edificio vacío y ennegrecido. De lo que fue la pantalla aún colgaban jirones de tela, de los asientos solo quedaba el armazón de metal, la galería se había desplomado. Imaginó que las voces de los actores, las risas y la música habían continuado oyéndose entre los gritos de pánico. Era un lugar arrasado.

—Alguien tiró un cigarrillo encendido al suelo —explicó la mujer removiendo el azúcar del té—. Hubo una sola víctima, pero fue una verdadera lástima que acabara así el viejo cine.

—Hay un cartel que sigue intacto.

—Había algunos enmarcados en la escalera que subía a la galería. Spencer Tracy, Mickey Rooney, Joan Crawford.

—El que queda es de Norma Shearer.

—¡Dios mío! Norma Shearer. —La primera vez que ella fue al Coliseum había visto *Du Barry was a Lady*—. Con Tommy Dorsey —recordó—. Poco después de la inauguración.

Llegó la camarera con los dulces y Florian cogió un trozo de pastel de mermelada. La música de fondo llegó al final de la grabación y volvió a empezar.

—El dulce no puedo ni probarlo —dijo la mujer.

El café Meagher estaba en el cruce de Cashel Street y Cloughjordan Road, y desde la ventana se veía la iglesia del Santísimo Redentor. De vez en cuando, la mujer que compartía la mesa con Florian saludaba con la mano a algún transeúnte o daba golpecitos en el cristal con los nudillos.

—Puede que no lo sepas, pero fue el viejo señor Connulty quien murió en el incendio.

—No, no lo sabía.

—Su mujer le sobrevivió casi diecisiete años. La enterramos la semana pasada.

—Me parece que vi el funeral.

—Ah, si estuviste en Rathmoye es imposible que no lo vieras. El señor Connulty se dio a la bebida después de un problema que hubo en la familia. Por las tardes, cuando bebía unas copas de más y no quería volver a casa, se acomodaba en una de las últimas filas de la galería superior y, si no lo despertaban con la linterna, pasaba allí la noche. Bueno, ya puedes imaginarte el resto; el lugar ardió como una caja de cerillas y se olvidaron de él. ¿Hablo demasiado para tu gusto?

—No, en absoluto. —Ofreció a la mujer un cigarrillo, pero ella lo rechazó.

—Adelante, no me molesta —dijo, cuando vio que el joven no sabía si encender uno.

La Leica estaba sobre la mesa; tenía la funda de cuero manchada y rota, y la tira arreglada con cinta aislante negra. La mujer no había mostrado ninguna curiosidad al respecto; tampoco había preguntado por qué Florian tenía interés en el cine. Le contó que en esa misma galería la habían cortejado en su juventud.

—Fue un sábado por la noche, un trabajador de la construcción procedente de North Cork. Me decía que me construiría un palacio, pero aun así no me casé con él.

El hombre con quien había acabado casándose la había llevado a la granja donde vivía, que en esa época era de su padre. Desde entonces vivía allí, y había tenido siete hijos. El más pequeño tenía madera de Hermano Cristiano, añadió la mujer, aunque nadie se lo había dicho todavía.

—Qué lástima que acabara así el viejo cine —repitió.

Y poco después se marchó, pero Florian no volvió a abrir el libro. En el cine destruido, de pronto se había descubierto preguntándose por qué no había sabido que la fotografía también acabaría fallándole, o él a ella; por qué no había sabido que las imágenes que conseguía eran demasiado inconsistentes, y su testimonio, de lo más corriente. Pero quizá lo había sabido y no le había dado demasiada importancia, ni siquiera lo había notado. ¿Y qué importaba, ahora

que para él tantas cosas se habían acabado, y hacía mucho que se había arrancado la espina del desengaño?

En la calle, dos mujeres cruzaron saludos y se detuvieron para charlar. Una furgoneta que se había parado para repartir pan se fue. A lo lejos, unas figuras descendieron los empinados peldaños de la iglesia.

—¿Quiere la cuenta? —preguntó la camarera acercándose a la mesa con la bandeja vacía.

Le pasaron la nota garabateada; Florian contó las monedas y pagó.

—Hasta la vista —se despidió la camarera.

Ellie salió de Corbally, donde la señorita Burke la había entretenido. Cogió la bicicleta y se dirigió a Cash and Carry.

Todos hablaban del tiempo, comentando lo espléndido que era ese verano. Ya lo había oído en Magennis Street, y tanto el padre Millane como la señorita Connulty habían dicho lo mismo. Cogió una caja de cartón de una pila junto a la puerta y saludó a la dependienta, a quien conocía desde hacía poco. Quería comprar azúcar, mantequilla y harina de maíz, pasas sultanas o uvas pasas, lo que tuvieran, y bombillas de sesenta vatios. No necesitaba nada más: no volvería tarde a casa, a lo sumo llegaría a mediodía.

Fue a buscar las bombillas, y por el camino cogió un paquete de detergente Rinso. Se dirigía al estante del azúcar cuando vio de nuevo al fotógrafo, que examinaba los artículos y le daba la espalda; acto seguido, se dio la vuelta y también la vio.

5

Orpen Wren esperaba en la estación de tren de Rathmoye, como hacía todas las mañanas y también cada tarde, fuera cual fuese la época del año, esperaba sin impaciencia; esa cálida mañana de verano era un placer estar allí, y se permitió echar una cabezada pensando que al aproximarse el convoy de Dublín el estruendo lo despertaría. Pero no llegó ningún tren; no llegaba ninguno desde que clausuraron la estación, y nunca llegaría.

Orpen Wren vivía tanto en el presente como en el pasado. Hacía mucho tiempo, lo habían contratado para catalogar la biblioteca de los Saint John de Lisquin, y en cierto modo nunca había abandonado aquella casa, aunque treinta y dos años atrás los Saint John habían puesto a la venta la propiedad y subastado el mobiliario. La célebre biblioteca, visitada por generaciones de estudiosos, fue saqueada por los comerciantes, que, cuando vaciaron la casa y despojaron el tejado de pizarras y plomo, encendieron una fogata en el jardín con los libros que no quisieron. Retiraron repisas de chimenea, techos, puertas, paneles y las curvas barandillas que ascendían por ambos lados de la escalera y que habían caracterizado el amplio rellano de la primera planta, y los pusieron a la venta. Derribaron el edificio, y también se llevaron toneladas de piedra para vender.

Más de tres años después, el bibliotecario llegó a Rathmoye una helada mañana de noviembre. Se decía que lo que había visto lo había desquiciado, y que desde entonces deambulaba por las calles, pero nadie lo sabía con certeza. Él aseguraba que nunca había abandonado Lisquin, que había vivido allí solo, aunque no quedaba nada, ni un simple techo para guarecerse.

A pesar de que no tenía dónde caerse muerto, el día que se presentó en la localidad no se lo veía abatido, como tampoco lo estaba ahora. Tras declarar que se contentaría con vivir en cualquier sitio, le dieron alojamiento en uno de los asilos para pobres en Saint Morpeth's Terrace, que, salvo en algún caso, se hallaban en un estado deplorable. Orpen mostró su gratitud más tarde diciendo a quien quisiera escucharlo por la calle que era feliz en Rathmoye, y nunca dejaba de hablar de la gran casa como si todavía siguiera en pie. Entre sus modestas pertenencias se encontraba lo que en la ciudad habían acabado por llamar "los papeles de Saint John", que, según él, le habían confiado temporalmente. Estuviera en la estación o en una calle de Rathmoye, siempre los llevaba encima, dispuesto a devolvérselos a cualquier miembro de la familia Saint John o de la servidumbre de Lisquin que regresara, ahora que la familia había recuperado su fortuna. Tampoco se separaba jamás de un documento según el cual tenía derecho a una pensión estatal. Aunque no era mucho, le bastaba.

Con la edad, Orpen Wren había adelgazado; la piel de su rostro se había hundido, tenía huecos como cavernas junto a su encogida barbilla; los ojos le brillaban como cabezas de alfiler en las profundidades de sus cuencas. La ropa le iba demasiado holgada y faltaban varios botones en el raído abrigo que nunca se quitaba, los destrozados zapatos marrones necesitaban nuevas suelas y tacones. Incluso esa mañana soleada en la estación, parecía muerto de frío.

En su recorrido desde Saint Morpeth's Terrace había pasado por delante de la iglesia protestante, Saint Morpeth, que se distinguía por su esbelto y oscuro chapitel y sus antiguas tumbas (y en la que, como de costumbre, el antiguo bibliotecario había entrado y permanecido un cuarto de hora), y luego dejado atrás la iglesia del Santísimo Redentor, de brillante piedra caliza y provista de aparcamiento, con una Piedad entre el segundo y el tercer tramo de escalera.

Cuando no llegó ningún tren —o cuando, según le pareció, llegó uno y siguió su camino sin que se apeara pasajero alguno—, Orpen

Wren emprendió el regreso al centro, hasta las primeras tiendas de Irish Street. Se detenía ante ellas por si durante la noche habían cambiado los escaparates. Todo seguía igual; los maniquíes de la mercería no variaban desde principios de la primavera; en la óptica se exponían las mismas gafas sobre las habituales caras de cartón. Las cremas de belleza Ponds seguían rebajadas, continuaban las ofertas de viajes, los tipos de interés se mantenían estables.

En Magennis Street estaban haciendo rodar un barril de acero hacia un agujero en la acera. El encargado de McGovern's, que llevaba delantal blanco y gafas, charlaba con un conductor de camioneta que sostenía una caja donde ponía SALSA DE YORKSHIRE - ESPESA - 12 BOTES en letras de molde. Conocido por su parecido con el presidente De Valera, el espigado encargado puso una señal en una hoja de pedidos y dijo que tenía que haber algo de MiWadi.

Un gato se deslizó y restregó entre las piernas de Orpen, que se agachó para acariciarle la cabeza sedosa y negra. Conocía al animal y le gustaba su compañía. Pero como siempre, de pronto el gato perdió interés y se escabulló.

—Espere, ahora mismo se la traigo. —El encargado saludó a Orpen desde la entrada de la tienda y se apresuró hacia el mostrador del té sin dejar de hablar. Abrió un cajón, luego otro, y al final encontró un sobre en un estante de caoba entre dos altas latas orientales con café en grano—. Bueno, fue magnífico —afirmó, en alusión a una referencia a McGovern's en la carta que Orpen le había prestado.

—¿La ha visto?

—Sí, claro que sí.

—¿Lo recordaba el señor McGovern?

—La verdad es que dijo que no.

La mayor parte de los documentos que llevaba a la estación de tren dos veces al día —anotaciones de nacimientos y defunciones, recibos de los gastos de entierro en el cementerio de la Iglesia de Irlanda, en Lisquin, papeles relacionados con la adquisición o la venta de tierras, facturas del mantenimiento y los arreglos de la casa

— eran de lectura farragosa. Pero había unas pocas cartas privadas de cierto interés; algunas pertenecían a la época del virreinato de lord Townshend, otras rememoraban detalles de la rebelión de 1798 o de los años de la hambruna. A veces, Orpen dejaba cartas en las tiendas para que las leyeran.

Ahora se metió con cuidado la carta entre la ropa y continuó su camino. A veces olvidaba su nombre, pero volvía a recordarlo cuando algún conocido lo llamaba por la calle, o los días en que iba a recoger la pensión, cuando lo saludaban los empleados de correos. Estos siempre lo reprendían porque gran parte de lo que recibía se lo regalaba a las jóvenes gitanas que le mostraban sus niños envueltos en harapos, o acababa en las manos de vagabundos de paso por Rathmoye, o en las de hombres atribulados que mascullaban historias de adversidad y mala suerte.

Esa mañana no lo saludó nadie; Orpen llegó a la plaza, donde los coches estaban aparcados caóticamente y una mujer en bata barría la acera frente al pub Bodell. En las ventanas de cristal esmerilado, o tapadas con visillos requemados por el sol, se leían los nombres de abogados y contables; otros servicios se ofrecían también de forma más llamativa. En su mayoría, las placas de latón de los médicos y el dentista habían perdido el lustre original; el podólogo quincenal confiaba en encontrar clientes mediante una tarjeta escrita a mano que había pegado al lado del timbre. Las puertas de las casas eran verdes y rojas, negras o de diferentes azules.

Una de las casas se hallaba abandonada. En los canalones herrumbrosos crecían las malas hierbas y de una chimenea colgaba una antena torcida. Pero la casa contigua, que pertenecía a una entidad crediticia, se mantenía en un estado impecable, y más allá, la escalinata y los pilares del grisáceo palacio de justicia poseían un aire majestuoso, aunque ese día no se celebraba ningún juicio.

El conservador de los documentos de los Saint John se sentó en un banco junto al monumento de un héroe rebelde, una figura decidida con la camisa remangada que alzaba el brazo derecho en señal de mando; los pliegues de bronce de la bandera que sostenía

reposaban sobre el pedestal de piedra del monumento. Siempre que iba a la plaza, Orpen se sentaba en ese banco, donde los colores de las puertas influían un poco en sus reflexiones; a veces, la casa abandonada le parecía hostil. Observó al señor Hassett, que salía del banco en dirección al Bodell. En los documentos había referencias al banco, de la época en que aún era el hotel Valley y la familia Saint John de entonces dejaba la carroza o la calesa en el patio del mismo cuando iban a Rathmoye.

Tras detenerse unos instantes a hablar con la mujer que barría la acera, el señor Hassett entró en el pub. Orpen observó a la camarera que abrillantaba el latón de la puerta de la pensión de los Connulty, y cuando un momento después advirtió a un extraño en la plaza, no le cupo la menor duda, incluso en la distancia: tenía la espalda recta y el porte seguro de los Saint John. Debía de tratarse del nieto del viejo George Freddie, nacido después de la marcha de la familia. Lo habían bautizado George Anthony.

Orpen Wren se puso en pie, convencido, tras haberlo visto mejor, de que era George Anthony. Cuando lo saludó desde el otro lado de la plaza, al principio el hombre no lo vio, y luego pareció vacilar. A continuación, Florian Kilderry levantó una mano para devolverle el saludo.

6

—¡Venid aquí! —les gritó Dillahan a sus perros, que en cuanto lo vieron dirigirse al Vauxhall y no al tractor corrieron tras él.

Aunque el neumático delantero que perdía un poco aún no estaba muy desinflado, metió la bomba en el portaequipajes por si empeoraba. Luego se dirigió hacia Crilly, adonde iba de vez en cuando para reunir las ovejas que tenía en la montaña, a fin de contarlas y controlar que no se hubiera perdido ninguna. Era la única ocasión en la que los perros subían al coche, y lo sabían. Les gustaba ir a la montaña tanto como a él.

Allí se entretuvo un buen rato, porque había muerto una vieja oveja. Podría haberla dejado entre los brezos, pero encontró un lugar que era mejor tumba para ella. No era sentimental, pero respetaba a las ovejas.

Observó cómo sus dos perros las reunían, las conducían hasta él y las retenían mientras él las contaba. El cielo, que a primeras horas estaba cubierto, empezaba a despejarse. Nubes blancas y algodonosas se desplazaban lentamente; en el gris aparecían jirones de azul. No tuvo que ascender más allá del comienzo de la pared rocosa.

Desde Crilly, condujo el Vauxhall lentamente, pasando por Gortduff y Baun. Se detuvo junto a la valla de un campo que tenía intención de comprar. Le convenía mucho adquirirlo, pues a través de él accedería a las tierras que poseía junto al río y se evitaría un largo rodeo. Esa perspectiva le gustaba tanto como la idea de aumentar la extensión de su granja y mejorar el terreno en sí, pues Gahagan lo había descuidado por completo.

Aparcó el coche en el patio, pero no entró en la casa. No había previsto regresar tan pronto, de lo contrario habría avisado que comería algo en la cocina en lugar de llevarse los bocadillos. Los perros lo acompañaron cuando cogió el tractor y se dirigió a los campos colina abajo.

Ellie desplazó las hojas de periódico y volvió a arrodillarse sobre ellas para echar un poco de cera Cardinal en el suelo de la despensa. Nunca la había usado, pero antiguamente la superficie de cemento había tenido el mismo tono rojizo; aún quedaban restos de color. Cuando terminó, le pareció que toda la despensa resplandecía.

En la cocina, calentó agua en el hervidor y se preparó el té en la pequeña tetera que usaba cuando estaba sola. Pensó en escalfarse un huevo, pero al final no lo hizo; no tenía hambre.

Salió al patio y se sentó en una silla de la cocina, con el té y el *Nenagh News*. Habían encontrado un hacha en el maletero de un coche tras arrestar al conductor en estado de embriaguez. Habían hallado mena cerca de Toomyvara; el *Orgullo de Killeen* había ganado dos veces en Ballingarry. El precio de las ovejas estaba por las nubes.

Se le resbaló el periódico de las manos, pero no lo recogió. No debería haberle gustado que el fotógrafo le sonriera. No debería haberse ofrecido a ayudarlo cuando él le había dicho que buscaba paté de pollo y jamón. Se había paseado por los pasillos del Cash and Carry con un extraño, con un hombre al que no conocía. Ellie le había dicho cómo se llamaba. "De ninguno", había replicado tras preguntarle él de qué nombre era abreviatura Ellie. El joven se había reído y ella también había tenido ganas de reír, pero no sabía por qué.

Recogió el periódico del suelo de cemento. Llevó la silla y la bandeja a la cocina, con el diario doblado bajo el brazo. Vació la tetera y lavó la taza y el plato.

—¿Hola? —gritó una voz desde el patio.

No había oído ningún coche. Debía de tratarse de la señora Hadden, que venía a comprar el suero de leche. Era el día de la semana en que solía pasarse y nunca entraba con el coche; prefería aparcar en la carretera, ya que le costaba maniobrar en el patio.

Agradecida por la distracción, aunque un poco contrariada, Ellie puso el hervidor en el quemador aún caliente por si a la señora Hadden le apetecía un té. Como de costumbre, esta se encaminó hacia la entrada principal, cosa que nadie más hacía. "No quisiera molestarte", decía siempre cuando Ellie le abría; y también lo dijo ahora. Ella la condujo a la cocina.

—¿Una taza de té? —ofreció, y la señora Hadden la rechazó, sin añadir, aunque le habría gustado, que estaba tomando diuréticos y debía andarse con cuidado. En lugar de té, dijo que aceptaría un panecillo recién hecho, en caso de que tuviera.

Ellie se disculpó; ese día no había preparado. Fue a buscar el suero de leche a la despensa y llenó una de las dos jarras de la señora Hadden, la cual se puso a rebuscar en el monedero mientras hablaba de una tía a la que habían ingresado en un asilo.

—Se me rompe el corazón —aseguró—. No porque no sea un lugar alegre. Si hay que desconfiar de esos sitios, es de los demasiado silenciosos.

Luego hablaron un rato de ciertos asilos que habían sido —o deberían haber sido— clausurados por abusar de los sedantes.

—A todos nos llegará tarde o temprano, es natural —comentó la mujer.

—Sí, tiene razón.

—Un tío de mi marido se negó rotundamente a que lo llevaran a ninguna parte. Horry Gould, se llamaba.

Horry Gould había llegado hasta los ciento un años. En la última década de su vida se compraba un traje nuevo cada cumpleaños. Otra forma de rebeldía contra la muerte, decía la señora Hadden.

—El día antes de morir, se puso a cantar *The Wild Colonial Boy* en la cama.

La señora Hadden tenía una tía que bordaba monederos, pero cada vez le costaba más debido al reumatismo. Aunque Ellie ya la había oído hablar de ese impedimento, la señora Hadden ahora la ponía al día: la novedad era que durante los meses veraniegos el mal cedía un poco.

—Algo es algo —concedió la mujer—. Por decirlo de alguna manera.

—Ya.

Él, en cambio, tenía un nombre complicado, había dicho al presentarse: Florian Kilderry. Al reír se le formaban arrugas, y a veces también si sonreía. "¿Conoces a todo el mundo de Rathmoye?", había preguntado, y la chica del mostrador los había oído. Habían salido juntos del Cash and Carry.

—Se ha convertido en una leyenda de la familia —prosiguió la señora Hadden— ¡Cantar en la cama a los ciento un años!

—Ya.

Pesaba mucho, le había dicho él al cogerle la bolsa de la compra; aunque en realidad no pesaba nada. Su bicicleta era una Golden Eagle, y tenía la imagen de un águila en el manillar. Ellie nunca había visto una con ese nombre y pensó que quizá fuera especial, aunque los guardabarros estaban abollados y parecían viejos.

—Enterramos al viejo Horry en Ardrony.

Ellie había perdido el hilo de la conversación, pero asintió con la cabeza y disimuló su turbación afirmando que era una suerte que en verano el reúma remitiera. "La verdad es que en Rathmoye solo conozco a unas cuantas personas", había dicho cuando se detuvieron al sol, y él contestó: "Claro". Y le ofreció un cigarrillo.

—Y tú, ¿estás bien, Ellie? —La señora Hadden se levantó diciendo que se marchaba.

—Sí, estoy bien —replicó la joven, al tiempo que se preguntaba si la mujer habría notado algo, antes de recordar que siempre le preguntaba lo mismo.

—Me alegro.

Salieron al patio y Ellie la acompañó hasta el coche aparcado en el estrecho arcén de la carretera.

—La semana que viene tal vez me retrase una pizca —advirtió la señora Hadden.

El vehículo retrocedió lentamente y entró un poco en el patio antes de girar. La señora Hadden se acomodó en el asiento y se despidió agitando la mano por la ventanilla. Ellie permaneció junto a la verja escuchando el motor hasta que se desvaneció. El perejil de monte estaba mustio entre las marchitas dedaleras que flanqueaban la carretera. Un ratón de campo pasó correteando y desapareció. El polvo levantado por las ruedas se asentó.

Si volvía a verlo en Rathmoye, cambiaría de acera. Si le dirigía la palabra, le diría que llevaba prisa. Le daría vergüenza admitirlo porque era ridículo, porque lo único que tenía que hacer era pensar en otra cosa cuando la imagen de aquel desconocido le venía a la cabeza. Pero ahora lo intentó y no lo consiguió. Seguía viéndolo en el Cash and Carry delante de la gelatina Bird, las latas de mostaza, la sal Saxa. Como si todos esos productos significaran algo, los tenía clavados en la mente, como si fueran algo más de lo que podrían ser, y se preguntaba si algún día volverían a ser lo mismo, si podría serlo lo que ella había comprado, la harina de maíz Brown and Polson, el detergente Rinso. Se preguntó si ella sería la misma; si ya no era —ni lo sería jamás— la persona que había acudido al funeral de la señora Connulty, ni la persona que era antes de aquel día. Todo había empezado cuando él le preguntó de quién era el entierro, pero entonces ella no se percató. En cambio, había caído en la cuenta cuando la señorita Connulty se lo señaló en la plaza. Y cuando él le sonrió en Cash and Carry, ya lo sabía. Ya era distinta cuando permaneció de pie con él al sol, cuando él le ofreció un cigarrillo y ella negó con la cabeza. Cualquiera podría haberlos visto, pero a ella no le habría importado.

Al regresar a la granja se había puesto la ropa de estar por casa, un delantal marrón y botas de goma. Recogió los cubos de leche y las latas de la vaquería y las fregó en la pila de la cocina. Limpió con

la manguera los restos de leche, a continuación empujó el agua hacia el desagüe con el cepillo y puso a escurrir los cubos y las latas, los cucharones y las medidas en el largo estante de cemento, cada uno en su sitio, como le habían enseñado tiempo atrás. A su llegada no sabía hacer nada; era incapaz de distinguir las diferentes clases de ovejas, nunca había recogido huevos, limpiado un gallinero o atado una cabra. No había conocido a un hombre en su vida, salvo los curas y algunos trabajadores y repartidores, y solo de vista o poco más. La primera vez que vio cómo el jabón de afeitar se convertía en espuma que se quitaba pasando la maquinilla se había quedado atónita. Nunca se había sentado a una mesa frente a un hombre. Pero antes de convertirse en esposa, cuando todavía era una criada, se había acostumbrado a todo, excepto a compartir la cama.

En el huerto de manzanos silvestres las gallinas campaban a sus anchas; algunas se apiñaban a la sombra de los árboles, una negra picoteaba junto al neumático de un tractor que habían cortado por la mitad para usarlo como comedero de ovejas pero por alguna razón se había quedado allí tirado. En la tierra dura y seca apenas crecía una brizna de hierba. Cuando llegara el invierno, rebrotaría, como siempre. Las gallinas habían puesto catorce huevos. Ellie los colocó en el cuenco marrón descascarillado que se había convertido en parte de su vida cotidiana. Al salir del huerto cerró la verja y pasó la cadena por el poste. Antes de hablar el hombre titubeaba un poco, apartaba la mirada un instante y volvía a fijarla. Sostenía el cigarrillo de una forma curiosa. Después de preguntarle si quería fumar, había golpeado la cajetilla para sacar un cigarrillo para él, pero no lo había encendido. Lo había tenido todo el rato entre los dedos sin encenderlo.

Lentamente, sosteniendo el cuenco de los huevos con ambas manos, regresó a la casa. En la cocina mezcló los polvos de Kia-Ora Orange con agua del grifo y llenó una botella de plástico hasta el borde. Peló patatas, cortó una col y después se encaminó hacia el terreno de la colina para llevarle la bebida a su marido.

Era la parte más alejada de la granja, nueve hectáreas en la ladera oriental y en la cima de la colina sin nombre, un terreno separado del resto de la propiedad por un bosque con un sendero lleno de maleza y difícil de recorrer con el tractor. Su marido había despejado el camino: los brotes estivales todavía estaban esparcidos por el suelo, y cortadas las ramas altas. Él decía que no valía la pena comprar una desbrozadora solo por unos pocos setos y aquellos ochocientos metros de maleza. Al volver del campo alto ya lo habría desbrozado todo; Ellie lo recordaba de veranos anteriores, así como las pilas de leños de dos dedos de diámetro, y el lugar donde él quemaba la broza. Su marido no estaba obligado a mantener despejado el camino; lo hacía para evitar una discusión con Gahagan, que lo tenía abandonado. Unos años atrás, los abedules y fresnos habían crecido tanto como los árboles de un bosque.

Intentó pensar en todo eso, divisar otra zona renegrida antes de llegar, en un lugar distinto al del año anterior, ver cómo su marido mantenía limpio el sendero. Había tejones, él le había enseñado sus madrigueras. Allí era más fácil no sentirse una extraña para sí misma, convencerse de que se había dejado seducir por una fantasía de niña de convento, avergonzarse y saber que avergonzarse era lo correcto. Y era más fácil porque aquel entorno le resultaba lógico y comprensible. Allí, los confusos pensamientos que no reconocía como suyos carecían de sentido.

Tomó el atajo que pasaba junto a un pequeño prado y se internó en la penumbra del bosque. Su marido decía que si lo ponían en venta intentaría comprarlo, y ella siempre había confiado en que acabaría siendo así. Entre los árboles reinaba el silencio, ni siquiera alterado por el trino de los pájaros; rara vez se veían zorros, que excavaban sus madrigueras a izquierda y derecha del camino que se perdía al pie de la colina. Una paz divina, habrían dicho en Cloonhill la hermana Clare y la hermana Ambrose, y la reverenda madre, que de vez en cuando venía de Templeross. Dios estaba siempre a tu lado, dondequiera que estuvieses, comoquiera que estuvieses. A cualquier hora del día, en cualquier instante de tu vida. Para

confortarte, para aligerar la espantosa carga de tus pecados. Basta con que te confieses, que te dirijas a Él con el corazón contrito: Dios no pide nada más.

Avanzando tranquilamente por el bosque, sin querer apresurarse, se aferró a esos recuerdos. Cloonhill ya no existía, había cerrado sus puertas tres años atrás, y todas las monjas habían vuelto al convento de Templeross. Sin embargo, no se perdía el contacto con un lugar solamente porque este dejara de existir; no se perdía el contacto con una parte de una misma, con la propia infancia, con la simplicidad de entonces. Todo eso le habían dicho, y todavía se lo decían: la hermana Ambrose enviaba una felicitación cada Navidad y siempre adjuntaba una carta.

El sol reapareció, filtrándose entre los árboles. Los dos gruesos terraplenes que protegían las madrigueras de los zorros estaban cubiertos por un manto de hierba tupida, ramoneada por algún animal, a duras penas habría suficiente para más de uno; al final de los terraplenes habían cortado los largos zarcillos de los ranúnculos. No se veían las rodadas del tractor; la valla de los prados de la colina estaba abierta. Se detuvo un momento, rogando tener el valor de confesarse, implorando protección contra sus pensamientos; al proseguir la marcha, recordó cómo el viejo sacerdote de Templeross golpeteaba la celosía y le decía que alzara la voz. "Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores…" De un modo u otro, después siempre se sentía mejor.

Desde allí, la granja parecía muy lejana, un lugar solitario con su patio y sus establos. Casi nadie los visitaba, excepto para comprar huevos o suero de leche, y su familia política, que acudía desde Shinrone una vez al año, un domingo por la tarde. El cartero y el hombre del seguro no contaban. Tampoco el hombre de la inseminación artificial, o el que venía a leer el contador. Por la carretera no pasaba nadie, aparte de Corrigan en el tractor o Gahagan, buscando algún animal extraviado.

"Muy tranquilo —le habían dicho en Cloonhill al describírselo—. Es un lugar muy tranquilo". Quizá le pidieran que se pusiera un

uniforme, habían añadido, pero no fue así. "Nada aquí es como se imagina —escribió en su primera carta a la hermana Ambrose—. Todo es mucho más sencillo".

—Ah, gracias —dijo su marido cuando Ellie llegó a su lado, y alargó la mano para coger la bebida.

Dijo que solo estaba haciendo algunas reparaciones; en dos sitios se había soltado el alambre, pero no era como junto al río. Esas semanas del año iba todos los días para dar la vuelta al heno tan pronto como lo segaba. Y ya que estaba allí, arreglaba el cercado.

—Gracias —repitió, guardándose la botella mientras reanudaba su tarea de tensar y sujetar trozos de alambre con los alicates.

Cuando la hubieron saludado, los dos perros volvieron a tumbarse en el suelo.

—Ha venido la señora Hadden —dijo Ellie.

Dillahan trabajó un par de horas más y al terminar fue a buscar a Gahagan. Ya le había hecho una oferta por el prado, y el hombre había prometido que lo pensaría. Pero la furgoneta no estaba en el corral y cuando lo llamó no obtuvo respuesta. Viudo desde hacía quince años, Gahagan vivía solo; nadie lo ayudaba con la granja, y a menudo costaba encontrarlo.

Dillahan siguió su camino. Se detuvo para abrir una verja y dejar pasar a los perros. Ahora, todas las tardes llevaban las vacas a la granja ellos solos.

7

En la despensa que había convertido en cuarto oscuro, Florian Kilderry reveló las fotografías de Rathmoye y luego las llevó a la sala, vacía salvo por una mesa de caballete y la radiogramola, que nadie había querido comprar cuando su padre intentó venderla. Sujetas a las paredes con chinchetas había acuarelas que llevaban años en el mismo sitio: estudios del vuelo de un halcón, una merienda en una playa con bañistas, un partido de tenis en un jardín. Cerca, dos actores conversaban en un teatro vacío. Las hojas de un magnolio oscurecían media fachada azul de una casa; una chica recogía la ropa de un tendedero. En una esquina jugaban al juego del monte sobre un paraguas abierto.

Las acuarelas no se veían frescas ni brillantes como antaño. El papel se había abarquillado, sucio de excrementos de mosca, descolorido por el sol y manchado de la herrumbre de las chinchetas. Pero aun así, con sus colores desvaídos, hacían sombra a las fotografías extendidas en la mesa. Pronto confirmó que la cámara no había logrado inmortalizar de un modo convincente la tristeza de otra tragedia, y casi con alivio, Florian añadió esas fotografías a la pila que había formado con las demás.

Mientras llevaba las fotos a la hoguera del jardín, oyó el timbre y enseguida supo quién era. Había dejado los libros amontonados junto a la pared del vestíbulo, preparados para que se los llevara el anticuario, que llegaba a la hora prevista. Florian no lo conocía; era un hombre inquieto, con traje marrón a rayas, un fino bigote oscuro y un sombrero que no se quitó. Inspeccionó los libros deprisa sin dejar de negar con la cabeza.

—*El filo de la navaja* —se limitó a observar—. Hoy día casi nadie la leería.

—Yo sí —protestó Florian tímidamente.

No era capaz de quemar aquellos libros; no podría destruir sin más las páginas donde había conocido a la señorita Havisham y al señor Verloc, y a Gabriel Conroy, Edward Ashburnham y Heathcliff, donde había entrevisto por primera vez Netherfield Park y Barchester.

—Soy un lector sentimental —admitió ante su visitante.

—Los vende todos, ¿verdad?

—Sí. Le ayudaré a llevarlos al coche.

Se había guardado unos pocos para releerlos mientras esperaba a que se vendiera la casa; suponía que tardaría todo el verano.

—Vaciar una casa es una tarea muy ingrata —señaló el hombre.

—Ya.

El anticuario le pagó una suma modesta. Al quedarse solo de nuevo, Florian puso un disco en la radiogramola. Cuando se deslizó la aguja, sonó una melodía bailable, así como la voz ronca de una mujer. Subió el volumen y abrió una ventana de la sala, cogió el ejemplar de *Hermosos y malditos* de la mesa. *Jessie* lo siguió al jardín.

Falling in love again, cantaba la mujer del disco. Florian se tumbó en el césped y la perra se acurrucó a su lado. Matas de guisantes de olor habían invadido los agracejos y las fucsias; entre la maleza asomaban peonías de oscuro escarlata. Encendió un cigarrillo, y mientras escuchaba el empalagoso fraseo se preguntó si se exiliaría en Escandinavia.

No era la primera vez que se lo planteaba. Había imaginado Escandinavia con anterioridad; la arquitectura sobria y ordenada de Suecia, el paisaje noruego, Finlandia en invierno. Se había visto, como ahora volvía a verse, en una aldea remota: unas cuantas casas dispuestas alrededor de una plaza impecable, el chapitel de madera de una iglesia. Se imaginaba viviendo en una habitación de un austero y viejo hotel.

La música cesó; el chirrido de la aguja girando en el centro del disco era tan leve que apenas se advertía. Pensando en su exilio, Florian apuró el cigarrillo y lo apagó en la hierba. El sol se escondía; las sombras barrían las luces vespertinas. Cuando se levantó, *Jessie* lo siguió hasta la sala. Alzó la aguja y entró en la cocina, donde puso a freír unas salchichas.

Se había dirigido a la chica de Rathmoye porque, al verla otra vez, le había apetecido hablar con ella. Cuando la joven lo acompañó hasta el estante que él estaba buscando, su voz sonó suave y tímida, de campo. Primero se fijó en sus ojos azul grisáceo, y mientras hablaban descubrió que cada vez le gustaban más sus facciones sencillas.

Cuando las salchichas estuvieron hechas, volvió al jardín con su comida y la de *Jessie*. Ahora el aire estaba perfumado, como a menudo ocurría a esa hora. Los pájaros aún no habían enmudecido, pero sus trinos eran más suaves. Alguna noche de verano se quedaba dormido en el jardín y se despertaba por la humedad del rocío. Pero estaba seguro de que ese día no le pasaría.

"Se puso un abrigo de entretiempo y un gracioso y pintoresco sombrero Napoleón azul pálido —leyó, tumbado en la cama—, y luego pasearon por la avenida y entraron en el zoo, donde admiraron como es debido la majestuosidad del elefante y el largo cuello de la jirafa, pero no visitaron la jaula de los monos, porque Gloria dijo que apestaban".

Horas después, Florian soñó con el zoo, con la majestuosidad del elefante y el sombrero de Gloria. Pero Gloria no era Gloria, sino Isabella, su prima italiana, y luego era la chica de Rathmoye. "Bella como una orquídea", había dicho su padre la primera vez que Isabella fue a Shelhanagh, pero, cuando repitió esas palabras en el sueño de Florian, se refería a la chica de Rathmoye.

Tuvo otros sueños, pero se tundieron con la oscuridad, más allá de la memoria, y cuando despertó, poco después del alba, todavía recordaba la voz de su padre diciendo que se refería a la chica. Y la madre de Florian, con la delicadeza que la caracterizaba, dijo que el

pájaro que aparecía por la mañana en el lago era una gracilla cangrejera. Y en algún lugar sonaba una pieza para piano de Schubert.

Florian intentó dormirse otra vez a fin de retomar ese sueño, como hacía de niño, siempre sin éxito. La perra dormitaba tranquilamente en el rellano que daba a su dormitorio. Los detalles del sueño fueron desvaneciéndose, hasta borrarse por completo.

La única que tocaba el piano era Isabella; hacía una semana que se lo habían llevado. Todos los veranos la enviaban desde Génova para perfeccionar su inglés, si bien en Shelhanagh consideraban su inglés tan bueno como el de cualquiera. Siempre llegaba en julio; al principio era una niña, más pequeña que Florian pero no mucho. Esa invasión de su intimidad le despertaba animosidad y recelo, pero al crecer fueron estrechando lazos y con el tiempo ambos descubrieron en el otro la camaradería que nunca habían tenido. Su prima era una chica muy segura de sí misma y sabía muchas cosas que él ignoraba; a veces se burlaba de Florian: *"Nella sua mente c'è una gran confusione"*, decía como para sí misma, y Florian se encogía de hombros cuando ella le traducía la frase y se oía tildar de "confuso". Era verdad y él lo sabía, y si también lo sabía Isabella era porque en esa época Florian se lo contaba todo. Su prima lo sacaba de su soledad, y los secretos que antaño había protegido de la curiosidad de ella ahora pertenecían a ambos. *"Meraviglioso!"*, exclamó cuando él le confió que en las oscuras noches de invierno se escapaba sigilosamente de su internado de entonces para seguir a gente por la calle, y transformar esas sombras escurridizas a su antojo. Sobresaltadas, sus presas se apresuraban a escapar de la escena de sus crímenes: el carterista con billeteras y monederos, el empleado del banco con el fruto del desfalco bajo la ropa, el ratero vulgar, el ladrón silencioso. Al amparo de la noche, se detenían ante una puerta oscura, sacaban la llave y poco después, tras las cortinas echadas, se encendía una luz. El chantajista escribía sus cartas, el atracador cocinaba la cena robada. Salvadora de jóvenes desesperadas, una enfermera limpiaba su instrumental. Un

comerciante empaquetaba sueños, un asesino se lavaba las manos. *"Magnifico!"*, exclamaba Isabella.

Todos los años, ella traía consigo un mundo real: Cesare y Enrico, Bartolomeo, Giovanni; una fotografía diferente en cada ocasión. Y Pietro Pallotta en traje de noche, venerado en la distancia, y el signor Canepaci del Crédito Italiano. Le habían roto el corazón, o ella a ellos. Florian era y siempre sería su amigo. "Porque contigo puedo ser yo misma", le decía halagadora. Solía afirmar que eran dos mitades de la misma cosa, y al traducirla, la precisa expresión italiana perdía su elegancia. Florian sabía que era verdad: se complementaban a la perfección.

Despuntaban las primeras luces del día. Volvió a dormirse y soñó de nuevo, pero después no recordó nada. No sabía cuándo había empezado a amar a Isabella, y a menudo pensaba que probablemente la había amado siempre. "Podríamos vivir aquí", solía decirle a su prima, refiriéndose a Shelhanagh y al futuro. Pero el amor no entraba en los planes de Isabella, y por ello habían aparecido otras chicas: la bonita Rose Mary Darty, que vivía cerca, y la hija del farmacéutico de Castledrummond, la del jefe de estación Noeleen Fahy, Ingrid Bergman en *Por quién doblan las campanas*. Nada importante, pero en todos los casos tenían que ver con Isabella, con el enésimo desesperado intento por olvidarla. Cuando se decidió a vender la casa, le escribió para contárselo, pero ninguna carta con su fina e insegura caligrafía lo esperaba nunca entre los sobres caídos en el suelo del vestíbulo.

Tampoco esa mañana. La agencia inmobiliaria había escrito para comunicarle las citas concertadas con posibles compradores; ese día a las dos y media, a las cuatro en punto, a las cinco. "Estamos encantados por la rápida respuesta —finalizaba la misiva—, y confiamos en contar pronto con una oferta".

Después de desayunar, reavivó los rescoldos de la hoguera echando otras fotografías que había encontrado, sus tristes boletines escolares, los diarios de su padre, revistas y barajas de cartas. Contempló cómo las fotos se convertían en volutas de ceniza negra

que se elevaban para engalanar los árboles y las mahonias. Sobre una fogata hecha de sillas sin alguna pata o con el respaldo roto esparció las postales de arte italiano coleccionadas por su madre: cinco cajas de zapatos repletas de imágenes de obras maestras en blanco y negro, cada una con un saludo escrito en una caligrafía distinta, todas con el franqueo y el sello correspondiente, encontradas a saber dónde. Unas cuantas se deslizaron hasta sus pies, y volvió a tirarlas al fuego. Más tarde, a pocos metros sobre la hierba, descubrió una que le había pasado inadvertida. Un monje le rezaba a una santa apuñalada, que aún tenía la daga clavada en la garganta. La herida no sangraba y el sagrado rostro parecía indiferente al suplicio. "Santa Lucía", leyó, y se dijo que el hecho de que le recordara a la chica con quien había hablado en Rathmoye era fruto de su imaginación.

8

Pasaron unos días, y después una semana. A un junio caluroso lo siguió un julio tórrido. La tierra ya estaba agostada, la hierba había perdido su verdor. El polvo se acumulaba en las calles de Rathmoye, los desaguaderos se llenaban de basura por la falta de lluvia.

Un miércoles por la mañana, cuando el nuevo mes no estaba muy adelantado, Joseph Paul Connulty atravesó la ciudad con un ramo de dalias y hojas de esparraguera. Desde el fallecimiento de su madre, visitaba el cementerio todas las semanas; no quería que el ramo que dejaba sobre la tumba se viera seco o mustio. Nunca faltaban las hojas de esparraguera, mientras que la elección de las flores dependía de lo que hubiera en la floristería Cadogan.

En el cementerio cambió el agua del jarro de cristal y tiró las flores marchitas al cubo de malla metálica pertinente. Aún podrían haber durado unos días más, incluso una semana, pero como la idea de que su madre lo veía comprar flores en Cadogan, cruzar la población a pie, cambiar el agua del jarro y colocar el nuevo ramo no le parecía del todo descabellada, prefería no arriesgarse. En una de esas visitas al cementerio le había parecido oír murmurar quedamente a su madre unas palabras de gratitud. Sin embargo, como hombre de negocios pragmático que era, dueño de un pub y comerciante de carbón, que saldaba sus deudas y se hacía pagar lo que le debían, después imaginó que no había sido más que un sonido errante que su mente había transformado hasta parecer, por un momento, lo que no era; la certeza de su fe y sus convicciones al respecto nunca sobrepasaban los límites de verosimilitud que él mismo se imponía.

Abandonó el cementerio y volvió al pub, que constituía su despacho. Media hora después, Bernadette O'Keeffe llegaría desde la oficina del almacén de carbón con los talones para firmar, copias de las facturas que habían expedido dos o tres veces y seguían sin saldarse, y la correspondencia importante que hubiera llegado en el correo de la mañana. Todas las facturas relativas a la pensión Número 4 estaban registradas en los libros de contabilidad y se saldaban de inmediato. Una vez a la semana, los viernes por la noche, Joseph Paul sacaba de la caja la suma convenida con su madre mientras vivía, y que ahora entregaba a su hermana. Dejaba los billetes y monedas en el alféizar de la ventana de la cocina, como había hecho siempre.

Mientras esperaba, siguió con la mirada una mosca que recorría el techo. Nunca había matado una; se veía incapaz. Se sirvió un vaso de Seven Up, que a esa hora del día le resultaba tonificante. Continuó observando al insecto, que estaba concentrado en sus cosas, cualesquiera que fueran.

Esa mañana, Bernadette O'Keeffe llegaba tarde. Salió del almacén de carbón con unos minutos de retraso y después la entretuvo Orpen Wren, que estaba esperándola a la puerta de la joyería Kissane.

—¿De qué carbón estamos hablando, señor Wren? —preguntó, a sabiendas de que no hablaban de nada.

—Es el mismo pedido de siempre. ¿Ha llegado ya la provisión del invierno al almacén?

—Si estamos a principios de julio, señor Wren…

—En septiembre ya encienden las estufas.

—¿Quiénes? —inquirió Bernadette, a pesar de que también conocía la respuesta.

—George Anthony ha regresado. Lisquin está abierta como en los viejos tiempos. Sabía que George Anthony ha vuelto, ¿verdad?

—La verdad es que no.

—Sírvales el pedido de carbón.

—Muy bien, señor Wren.

Elegante, rubia, con un traje de chaqueta moteado en rojo cereza, Bernadette siguió su camino. Tenía cuarenta y seis años, era más joven que el patrón y su hermana, que la trataba con prepotencia cuando se encontraban, lo que ocurría demasiado a menudo. Esa prepotencia le venía de su madre, aunque la hija no lo sabía, de lo contrario habría cambiado de actitud. En opinión de Bernadette, la hermana del patrón era una mujer siniestra.

Entró en el pub y pasó al otro lado de la larga barra, que en ese momento no atendía nadie. En el extremo había un par de parroquianos, hombres que siempre estaban allí por las mañanas, que jamás la saludaban ni le dirigían la palabra cuando pasaba por su lado; no sabía cómo se llamaban y tampoco quería saberlo.

—Buenos días —saludó al llegar al fondo del local.

El patrón se hallaba sentado a la mesita redonda donde despachaban la contabilidad; se levantó, y ella tomó asiento. Él le sirvió un Seven Up.

Estaban solos. Cuando ella llegaba, o incluso más tarde, allí no había nadie más, y ni siquiera por la noche, pues los parroquianos preferían la parte del local que daba a la calle. A esa hora, los sacerdotes frecuentaban la sala posterior, así como el señor McGovern, ya que le resultaba cómoda, y Fogarty, del juzgado, que iba para jugar a las cartas si encontraba con quién.

Bernadette extendió sobre la mesa los papeles, dejando a un lado los talones para firmar. Era un ritual que se repetía todas las mañanas desde hacía mucho tiempo: el Seven Up, observar cómo el patrón quitaba la tapa del bolígrafo y firmaba. Esa declaración de identidad era meticulosa y pulcra como él mismo, un hombre que respetaba la discreción, que nunca alzaba la voz ni mostraba enfado, que no perdía nada porque no podría permitírselo. Bernadette lo amaba.

—Queda muy poco coñac Hennessy —señaló Joseph Paul.

—Los telefonearé.

No hacía falta que lo apuntara; Bernadette jamás se olvidaba de nada. A continuación, él comentó que el padre Millane había estado allí la noche anterior. Había surgido una dificultad en relación con el jardín conmemorativo: un antiguo derecho de paso ligado al terreno en cuestión dificultaría su compra.

—Me parece haber oído algo —asintió ella.

—El padre Millane prefiere la vidriera de colores en vez del jardín. Al parecer, su intención es encargar una Anunciación para las tres ventanas vacías de la pared norte.

—Pero ¿qué opina la señorita Connulty?

—No le gusta la idea.

—Una Anunciación sería preciosa.

—En la valla del cementerio hay una brecha por donde se cuelan los bueyes de Magourtey. Mi hermana sugiere que podríamos arreglarla.

—¿En memoria de su madre? ¿De verdad?

—A veces mi hermana habla por hablar.

—Así y todo, una valla no es gran cosa. ¿Qué es? Una alambrada, ¿no? No me he fijado.

—Una valla de alambre y postes de hormigón.

—Su madre tenía un gran sentido práctico. Seguramente la señorita Connulty habrá pensado en eso.

—Claro, no está bien que los bueyes pisoteen las tumbas de la gente. Habrá que arreglar la verja, por supuesto. Pero, según parece, al obispo le gustaría dar mayor relevancia al muro norte de la iglesia. Así que el padre Millane tendrá que hablar con mi hermana.

Bernadette estuvo de acuerdo en que el sacerdote la convencería sin dificultades.

—Lo último que se le ha metido en la cabeza —continuó Joseph Paul— es que había un tipo haciendo fotografías en el funeral.

Bernadette, que lo había visto, más tarde había oído comentar el tema con desaprobación y después se había enterado de que el mismo individuo había acudido al almacén de carbón en su ausencia

(donde le habían dado las llaves del Coliseum para que pudiera tomar más fotos), confirmó que era muy probable que la señorita Connulty se lo hubiera imaginado. Contempló a su jefe leer las referencias de un hombre que solicitaba un trabajo en el almacén, una carta que había llegado esa mañana. Joseph Paul asintió con satisfacción cuando dobló el papel para introducirlo en el sobre. Le pidió a Bernadette que escribiera para dar las gracias al remitente, quienquiera que fuera, de aquella atenta carta.

—Ya lo he hecho —dijo ella, y le acercó la hoja que había escrito para que la firmara.

Al cambiar Joseph Paul de postura para coger la misiva, Bernadette notó el roce de su pantalón en la pantorrilla, pero no le cupo duda de que no había sido intencionado.

—Bueno, todo en orden —dijo el patrón, palabras con las que siempre daba por concluida su reunión matinal.

Después de hablar de nuevo un momento con Bernadette O'Keeffe, que regresaba al almacén de carbón, Orpen Wren se quedó un rato más ante la puerta de la joyería Kissane; luego se dirigió a la estafeta de correos, donde preguntó por George Anthony Saint John, quería saber si había pasado por allí desde que había vuelto. La empleada negó con la cabeza, y Orpen fue al barbero de Cashel Street y a la peluquería Mac en Irish Street a consultar lo mismo. Preguntó en el McGovern's. A continuación, se sentó en la plaza.

Extendió en el banco los papeles que siempre llevaba con él, los alisó y se puso a leerlos. Durante todos los años de viajes continuos los había leído a diario sin dejar de asentir con aprobación, tranquilizado por sus previsiones. Y esa mañana volvió a tranquilizarse.

George Anthony debía de estar ocupado en Lisquin. Y era natural que así fuera. Toda la familia debía de estar igual, no podría esperarse otra cosa. Seguro que en las chimeneas habían anidado los grajos, las ventanas estarían atrancadas, los cerrojos oxidados.

Hacía falta más de un mes, más de dos, incluso tres para rehabilitar una gran casa, y lo único que podía hacer él era tener los papeles preparados. Tarde o temprano, cuando las habitaciones estuvieran ventiladas y se hubieran sustituido las rejas flojas de las ventanas, deshollinado las chimeneas y mandado llamar a los pintores, el período de intensa actividad concluiría y George Anthony tendría un momento para recoger los documentos y guardarlos donde correspondía. Tarde o temprano, acudiría a Rathmoye para hacer alguna gestión, consultar a un abogado, arrancarse una muela, cortarse el pelo. Quizá tendría que tomarse las medidas para un traje, o debería sacar objetos de valor de la caja de caudales, o realizar algún pedido. A Orpen Wren no le importaba esperar.

9

Más tarde, ese mismo día, la señorita Connulty preparó la carne para un estofado de ternera: la cortó en pedazos oblongos que espolvoreó con harina después de quitar la grasa y los nervios, y luego la colocó en un plato llano mientras troceaba zanahorias y cebollas. Puso la carne al fuego hasta que se doró, entonces la pasó a la cacerola con las verduras. Echó agua hirviendo, añadió sal, una pastilla de caldo, y la tapó. Limpió el tajo y fregó los cuencos y cuchillos. Cuando la tapa de la cacerola empezó a tamborilear, bajó el fuego.

Eran las cuatro y media. La carne estaría tierna, o al menos suficientemente tierna, a las siete, momento en que se servía la cena, ahora que la casa había vuelto a la normalidad tras el deceso. Un cambio respecto a la época anterior era que la señorita Connulty comía en la cocina con la camarera, y servía a su hermano, que cenaba solo o con los huéspedes de la pensión en el comedor. Antes siempre había una mesa puesta para tres en lo que su madre llamaba la salita, una estancia contigua a la cocina, tan angosta y pequeña que apenas podría bordearse la mesa para poner o quitar los platos. Ahora se usaba como despensa, y ya había latas apiladas sobre la repisa de la chimenea y la mesa. Era una solución más inteligente, como la señorita Connulty había sugerido muchas veces, sin que nadie le hiciera el menor caso.

Preparó los platos y fuentes para calentarlos en el horno más tarde. Mezcló la mostaza y llenó los saleros. Gohery seguía de vacaciones. Ese día esperaban al viajante de comercio de carnes Clover, y al representante de semillas Drummond. Dudaba que

hubiera nadie más. Contó los cuchillos y tenedores y los dejó listos junto a una jarra de agua y vasos. Acto seguido, salió de la cocina y subió la escalera, como hacía todas las tardes a esa hora, hasta la habitación que ahora era la suya, la más espaciosa y ventilada de la casa, y mejor orientada al sol de la mañana.

Se echó unas gotas de colonia por si el olor de la cebolla le había impregnado la ropa; ante el espejo del tocador se recogió el pelo con horquillas y se empolvó ligeramente la nariz y las mejillas. Pocos días después del fallecimiento de su madre, se había trasladado a ese dormitorio desde el cuarto más pequeño, en el que la había visitado Arthur Tetlow. Representante de una empresa veterinaria, atrapado en un matrimonio en Sheffield, Arthur Tetlow había ido a combatir en la guerra que ya amenazaba con estallar la última vez que había estado en la pensión. Más adelante, ella se había enterado de estos hechos, así que cuando por fin llegó la paz había albergado la esperanza de ver reaparecer a Arthur en la plaza, en el mismo Ford verde con matrícula inglesa y la ventanilla posterior de celuloide pegado con cinta adhesiva; él alzaría los ojos, la vería y se apresuraría a entrar en la casa. Sin embargo, la guerra se había tragado a Arthur Tetlow, junto con las promesas que este le había hecho de buena fe y el futuro que habían planeado. Ningún hombre podría evitar verse atrapado en medio de una guerra.

En honor de aquellos tiempos, la señorita Connulty sacó del diminuto joyero acolchado y forrado de terciopelo los pendientes de zafiro que había elegido para ese día. Se quitó los aretes y los sustituyó por los racimos de rutilante azul. La ceremonia de acicalamiento vespertino se había iniciado ese verano, y nunca la daba por terminada hasta echarse unas gotas de agua de colonia más y darse otro toque de vaselina en los labios. Cuando terminó, permaneció contemplando impasible su imagen en el espejo. Entonces lo guardó todo en el tocador; las joyas en el cajón superior, poco profundo.

Al bajar, contempló la plaza desde la ventana en la que él la habría visto si hubiera vuelto en lugar de tener que luchar por su

país. "No digas tonterías", se había burlado su madre: con quien había vuelto era con la furcia de su mujer; un hombre como aquel solo podía tener una furcia por esposa.

Su madre había quemado las sábanas: las había arrancado de la cama y, después de ordenarle a la camarera que saliera a barrer el patio, las había metido en la estufa de la planta baja. Su madre había reaccionado con desprecio a las súplicas y lágrimas, a la fe que ella tenía en las promesas de Arthur Tetlow, en lo que le había contado de Sheffield y su regreso. Para la señora Connulty, todo resultaba de lo más patético: ambos pagarían con creces sus aviesos deseos y sufrirían el resto de su vida. Y predijo que nunca se librarían de la horrible desgracia que se había abatido sobre la familia, otra consecuencia igualmente horrible.

—Tu hija es una puta dijo, a modo de saludo, cuando su marido llegó de trabajar en el pub, con el hedor de las sábanas quemadas todavía en el aire.

Cuando hubo oído cuanto tenía que oír, el padre juró que iría a Sheffield en busca de Arthur Tetlow y lo mataría con sus propias manos.

Aun así, acompañó a su hija a Dublín en autobús y no le soltó la mano durante todo el trayecto, mientras pasaban Roscrea y Monasterevin, y dejaban atrás el hipódromo de Curragh. Cuando el autobús se detuvo en Naas, la joven tuvo que apearse porque estaba mareada. Un hombre se acercó a su padre en el puente O'Connell y le preguntó cómo estaba y él contesto que muy bien, aunque no era cierto. Le dio una moneda, pues acostumbraba a dar limosnas a los mendigos. Le dijo a su hija que rezara en cuanto estuviera tumbada, antes de que le hicieran nada.

La llevó a una farmacia, que echó el cierre antes de empezar: dieron la vuelta al letrero de la puerta y bajaron la persiana. Le pidieron al padre que esperara allí. Cuando finalmente ella salió de la trastienda, él le propuso que tomaran una taza de té y se dirigieron a la cafetería del cine Adolphi. Buscaron un coche para que los llevara al puerto y allí subieron de nuevo al autobús. De vuelta en

casa, sobre las diez y media, la señora Connulty lo llamó asesino. Le habían preparado la cama en un desván, y a partir de esa noche él siempre durmió allí. Sus padres no volvieron a dirigirse la palabra el resto de su vida.

Para la señorita Connulty, los acontecimientos de aquel día no pertenecían al pasado. La crueldad en relación con los muertos era su forma ceremonial de preservación: el tiempo del dolor había concluido, no obstante, deseaba que no fuera así, que siempre quedara algo: un escalofrío, un temblor, una parte de su rabia insatisfecha.

10

Siempre formulaban las mismas preguntas. Querían conocer el estado de los desagües, curioseaban en los desvanes. Preguntaban si la tierra era alcalina, se interesaban por la instalación eléctrica, reparaban en las ventanas que cerraban mal. A algunos los asustaban los ratones; otros, nada más ver la casa, daban media vuelta y se marchaban en su coche.

Florian había apoyado en un alféizar de la cocina la postal que no arrojó a las llamas. Reproducía una obra menor de Ghirlandaio; la destinataria de la postal era la señorita Mabel Thynne, de The Paddocks, 21, Cheltenham. "Un tiempo magnífico —ponía—, por no hablar del pueblo". Reducida a tonos sepia, la inocencia que retrató Ghirlandaio no se había perdido del todo, y Florian volvió a apreciar el parecido que días antes creyó haber imaginado. Harto de que la gente se sorprendiera del estado de abandono del salón e hiciera preguntas que él se veía incapaz de contestar, una mañana volvió a Rathmoye.

—Están listas —anunció el señor Clancy, un hombre enjuto que siempre estaba atareado y hablaba por los codos—. Espere, voy a buscarlas.

Las botas y los zapatos reparados —con media suela o tacón, o ambos, sustituidos, con nuevos cordones y lustrados— estaban alineados en el estante que había sobre el montón de pares por reparar. No había etiquetas, ni notas con el importe que debía pagarse. El señor Clancy lo tenía todo en la cabeza.

—Y su marido, ¿está bien? —preguntó, tras encontrar los zapatos negros de domingo de Dillahan, con los tacones nuevos.

—Sí, está bien —respondió Ellie.

—¿Y usted, señora Dillahan?

—También, gracias.

Todos esperaban que se quedara embarazada. En las tiendas, en la parroquia, la anciana señora Connulty cuando vivía, ahora su hija. La señorita Burke, de la mercería, la miraba mucho. Algunos ya habían desistido, como la propia Ellie.

Pagó los arreglos. El señor Clancy comento que los zapatos estaban tan poco gastados que durarían más que él. Ya no los fabricaban así, añadió, abrillantándolos antes de dejarlos en el mostrador.

—Voy a buscar cambio, espere.

Pero no tenía, así que Ellie salió de la tienda con el billete de diez chelines para probar suerte en las tiendas de Matthew Street.

Sin saber cómo había llegado a sus manos, Florian miró el ordenado fajo de documentos. "Estando la balandra de Su Majestad, *La Serpiente*, a punto de partir para un viaje al extranjero —leyó—, el consejo directivo os encarga dotar el barco de los pertrechos apropiados a tal fin".

—Muy interesante —comentó.

La menuda figura lo había cogido por sorpresa en la calle.

—Los he guardado mucho tiempo —explicó Orpen Wren—. Me han acompañado muchos años.

Florian intentó devolverle los papeles, pero el anciano bibliotecario se resistía a cogerlos, y repitió que los había custodiado. Añadió que el marino era el tercer George de la familia.

—Pero claro, usted ya lo sabía, señor.

Florian no lo desmintió, consciente de que era inútil llevarle la contraria.

—Pasó dos años y pico en Pertrechos, señor, antes de que se le encomendara esta misión. Los Saint John nunca hicieron carrera en la Marina.

—Desde luego que no.

—Hace un rato, he dejado dicho en McGovern's que usted pasaría a hacer un pedido. Me he tomado esa libertad. Cuando entre en la tienda, los encontrará esperándolo, señor.

—Bien.

—La familia siempre iba a McGovern's.

—Sí, claro.

Florian observó el rostro arrugado y flácido, los ojos cansados, en los que vio un brillo de indecisión, un instante de duda y desconcierto, antes de que el anciano retomara el hilo de la conversación.

—He hecho el pedido de carbón —informó.

—Claro, pero de todas formas sería mejor que siguiera al cuidado de estos documentos.

—Los papeles siempre estaban en la mesita que hay debajo del retrato de lady Eliza. La mesita que se abre. Bueno, usted lo sabe mejor que yo.

—Pero quizá no le importaría seguir guardándolos por el momento, ¿verdad?

—El momento pasó, señor. El momento más largo del que se tiene noticia en Irlanda.

Fue entonces cuando Florian vio a la chica: pedaleaba lentamente al otro extremo de la plaza. Le llamó la atención su vestido azul, el mismo que llevaba la última vez, y cuando había soñado con ella. Pasó con la bicicleta por delante del pub Bodell y giró en una calle a pocos metros.

—Si no le importa —dijo—, preferiría llevarme los documentos otro día.

Florian se los tendió y esta vez el anciano los aceptó.

—Los he prestado unas pocas veces, señor, debido al interés que suscita la familia. Pero seguiré sus instrucciones y a partir de ahora

los guardaré yo. Actualmente, vivo en Morpeth Terrace, la segunda casa de la calle. Allí me encuentro a gusto.

Florian asintió. En el cajón de la misma mesa, le recordó Orpen Wren, se hallaba el catálogo de la biblioteca, completo y anotado con cuidado, dos mil cincuenta y nueve volúmenes. En caso de que se extraviara, había una copia en el más pequeño de los dos salones del primer piso, en el escritorio de Limerick.

—Ese escritorio lo llevó a la casa el señor Macready en persona, señor, y ordenó que se colocara lejos de la chimenea. También dijo que si lo deseaban podrían poner cajones secretos, pero la institutriz no los quería. Cuando William se rompió la pierna, montaron un aula provisional en el salón pequeño. La institutriz era la señorita Batesriff.

—Lo siento, pero he de marcharme.

—Su regreso, señor, es lo mejor que ha ocurrido en Irlanda jamás.

* * *

Ellie puso el cambio que acababan de darle en el mostrador. El señor Clancy le devolvió su parte.

—Dele recuerdos a su marido, señora Dillahan, aunque no lo conozco personalmente. Antes, la que me traía sus botas era su madre, después su mujer. Y ahora usted.

—Se los daré, gracias, señor Clancy.

La campanita de la puerta tintineó al salir la joven.

—Hola —saludó una voz en la calle.

Antes de volverse a mirar, supo quién era. Tenía los zapatos, sin envolver, todavía en la mano, a punto de meterlos en la cesta de la bicicleta.

—Soy Florian Kilderry. ¿Te acuerdas de mí?

Estaba ante el escaparate del local cerrado contiguo al zapatero, con la bicicleta a un lado. Llevaba sombrero. Le sonrió.

—Me has olvidado —afirmó.

A Ellie le ardieron las mejillas, igual que la vez anterior. Los pensamientos acudían en desorden a su mente, también como la vez anterior, insistentes y separados de ella, como si no le pertenecieran. Habría querido decirle que por supuesto que lo recordaba. Que había estado pensando en él y se había esforzado por no hacerlo, pues sabía que no debía. Habría querido decirle que había sabido quién era en el instante en que oyó su voz.

—¿Tomamos un café? —propuso él.

—No —respondió, con mayor brusquedad de lo que pretendía, y negó con la cabeza.

—Había pensado que quizá te apetecería.

Ellie echó a andar, y él empujó la bicicleta y caminó a su lado.

—Creía que te apetecería —insistió.

Hubo un silencio durante el cual ella deseó explicarle que no era su intención sonar demasiado dura, pero no dijo nada.

—Vivo cerca de Castledrummond. Mi padre murió hace un tiempo y me dejó una casa a unos kilómetros de la población.

—He oído hablar de Castledrummond.

—¿Te gusta Rathmoye, Ellie?

—Al final te acostumbras a cualquier lugar.

—Me figuro que no pasarán muchas cosas.

—Está la Feria de la Fresa, y viene gente de fuera.

Mientras andaban, Florian miraba al suelo como si hubiera perdido algo. Se detuvo un momento para recoger una cosa, pero la tiró enseguida.

—Me he encontrado a un anciano por la calle que me ha tomado por otra persona —comentó el joven.

—Orpen Wren. Y te ha hablado de Lisquin, ¿no?

—¿Lisquin? ¿Qué es eso?

—Los Saint John vivían allí en otros tiempos. Hace años que se fueron.

—Me parece que al señor Wren se le ha metido en la cabeza que soy uno de la familia que ha vuelto.

—Lisquin ya no existe. —Solo quedaba en pie la caseta del guarda en un extremo de la propiedad, añadió, en un estado ruinoso; estaba en la vieja carretera de Kilaney. De vez en cuando, ella iba allí a recoger lavanda.

Se encontraban en la zona más pobre de Rathmoye. Habían desalojado las casuchas, y el del zapatero era el último pequeño negocio que seguía abierto. Una vez, el señor Clancy le había contado a Ellie que le habían permitido quedarse, y allí seguiría hasta que fuera demasiado viejo para trabajar. Y ahora ella se lo repitió a Florian para explicar las ventanas entabladas que se veían por todas partes.

—Tú no vives por aquí, ¿verdad?

—No, en una granja a las afueras de Cnocrea. En las colinas de Crilly.

Nada había cambiado respecto a él. Ellie no podía evitar mirarlo con cautela, y una vez Florian se percató. Le sonrió y ella se preguntó si habría adivinado lo que sentía por él. No quería que se enterase.

—Si hay lavanda debe de haber mariposas —comentó Florian.

—Ah, sí, hay mariposas.

—¿Adónde se marcharon los Saint John?

—Fuera de Irlanda. Pero no sé por qué.

—El hombre era un criado de la casa, ¿verdad?

—No estoy segura; la gente dice que se encargaba de la biblioteca.

—Es probable.

Florian le propinó un puntapié a un tapón de botella, que rodó por la acera hasta el arroyo. A Ellie la asustaba que fueran caminando juntos con las bicicletas, y ni siquiera en dirección a Hearn, donde tenía que comprar la carne. Debería haberle dicho que estaba ocupada. Debería decírselo ahora, que tenía que comprar la carne. Pero no lo hizo.

—El señor Wren quería darme unos documentos.

—Sí, siempre los lleva encima.

Él le ofreció un cigarrillo, tendiéndole el paquete con el papel de plata doblado. Ella negó con la cabeza.

—¿No fumas?

—Nunca he fumado.

Florian recogió una moneda de la acera.

—No vale nada —dijo, al tiempo que se la daba—. Es de las que algunos negocios acuñaban en los viejos tiempos.

—"Boyce" —leyó Ellie, y Florian comentó que seguramente era el nombre de un comerciante.

—Los Boyce eran oriundos de Wexford.

Cuando llegaron a Magennis Street, Ellie dijo que debía entrar en la mercería de Corbally: incluso podía mencionar lo que necesitaba comprar, pues lo había preparado. Corchetes y agujas, diría.

—Vivo solo en la casa que me dejaron —declaró Florian—. Solo con una perra negra.

De ese encuentro, Florian no esperaba más que de otras relaciones casuales nacidas del mismo modo y por la misma razón. Ese inicio no era distinto de los precedentes, y el entretenimiento de por sí le bastaba. Isabella nunca sería solo una sombra, pero esa mañana, una sencilla joven campesina le había despertado ternura y la voz de su prima ya no sonaba tan segura, su sonrisa se había difuminado un poco y su tacto era menos intenso de como lo recordaba el día anterior. Mientras conversaban, podría haber comentado los encantos de su acompañante, pero intuía que quizá sería preferible no enumerarlos nunca.

—La casa se llama Shelhanagh —dijo en cambio.

Ellie le preguntó por la perra, y él le habló de *Jessie*, y del lago, y del jardín por la noche, que era cuando más le gustaba. No había vivido en ninguna otra parte, añadió. Nunca lo había deseado, como tampoco lo habían querido sus padres desde que fueron a Irlanda. Aclaró que su madre era italiana.

—Cuando murió, mi padre perdió las ganas de vivir. Pero fue tirando. Era lo que sabía hacer mejor.

—¿Naciste en esa casa?

—Sí. Fui una sorpresa para mis padres, que ya habían renunciado a tener hijos, pues eran un poco mayores.

—¿Es grande la casa?

—Tiene dieciocho habitaciones en estado ruinoso.

* * *

Ellie las imaginó en su esplendor: estancias confortables, con la chimenea encendida y jarrones con flores, dos personas, su padre y su madre, y el niño llegado inesperadamente. Ahora lo vio solo, con la perra negra, las dieciocho habitaciones, que tras las muertes eran demasiadas. Y el agua inmóvil del lago. Y la fragancia del jardín y el agradable aire del crepúsculo.

Llevaba la moneda apretada entre la palma y el mango de goma del manillar. Nunca había visto una moneda así; quería conservarla y lo haría.

Al llegar a Hurley Lane, sortearon a unos niños que jugaban a la rayuela. Florian sostenía el cigarrillo aún sin encender, como si se hubiera olvidado de fumar; pero no era así, pues en ese momento se detuvo para prenderlo.

Mientras encendía una cerilla, Florian recordó haber visto cómo la chica hacía sitio en el cesto de la bicicleta para meter unos zapatos. Quizá en ese instante había deducido, aunque no fuera consciente, que eran del padre, o de un hermano, que probablemente tuviera varios hermanos; no lo recordaba. No había advertido el anillo hasta ese momento: era tan poca cosa, tan poco visible en su dedo, que podía haberlo encontrado en un *barnbrack*, el pan de pasas típico del Halloween irlandés.

—No lo sabía —dijo, señalándolo.

—Llevo algún tiempo casada.

Pasaron por delante de la tienda de Corbally. Ellie se preguntó si, sin darse cuenta, habría escondido la alianza cuando habían coincidido en Cash and Carry, y si la habría ocultado también esa misma mañana. "Ten cuidado con lo que haces sin saber que estás haciéndolo —le decían las monjas—: sea como sea, lo haces tú".

Llegaron a la plaza y se detuvieron en silencio. La gente podía verlos, pero a ella no le importaba.

—Un día de estos iré a ver esa caseta del guardia en ruinas —dijo al fin Florian—, ya que es cuanto queda de la casa sobre la que ese anciano me ha hablado tanto. Quizá vaya.

—Está en el kilómetro cinco de la vieja carretera de Kilaney. No tiene pérdida.

—Soñé contigo —declaró Florian.

11

Mientras descansaba tras el trabajo matinal, mirando por la ventana desde la que a menudo observaba la plaza, la señorita Connulty había reparado en la aparición de la pareja desde Magennis Street. Había visto cómo vacilaban antes de proseguir, cómo se detenían una vez más, y al final cómo Ellie Dillahan se escabullía. Pensó en la palabra "escabullir", pues la abrupta marcha de la joven no se le había antojado sino eso, un movimiento repentino y forzado, que parecía hacer muy a su pesar pero con suma urgencia. La joven no se había montado en la bicicleta, sino que había seguido empujándola, al tiempo que el hombre que había sacado las fotografías en el funeral permanecía inmóvil, desconcertado ante la apresurada marcha de ella. Después, él había cruzado la plaza pedaleando y había desaparecido por Castledrummond Road.

Había algo en el modo de estar juntos, algo que la señorita Connulty quizá no habría notado —y en todo caso no habría considerado significativo— si Ellie Dillahan hubiera sido una extraña para ella. Era evidente que ambos jóvenes se conocían mejor ahora que cuando Ellie le contó que él le había preguntado por la dirección del cine.

Un coche con remolque avanzaba marcha atrás con grandes dificultades. Uno de los camiones de Joseph Paul cargado de turba enfiló por Matthew Street. La señorita Connulty estaba perpleja por lo que acababa de presenciar, y escandalizada. Le resultaba imposible no sentirse protectora hacia la pobre chica, dada la vida que había tenido. Su marido era un hombre decente, respetado y serio, y era comprensible que atravesara momentos difíciles desde la

tragedia que había sufrido. Pero quizá para Ellie no tuviera ninguna gracia vivir en las colinas, ni pasarse los días sin hablar con nadie salvo con su esposo, un hombre incapaz de perdonarse un error. No era fácil culpar a Ellie; nadie deseaba hacerlo, y tampoco resultaba natural. Crecida en un orfanato, hija de la necesidad y la pobreza, nacida de la nada, sin esperanzas, Ellie Dillahan ya era bastante víctima sin las atenciones de un ladino fotógrafo. No importaba quién fuera ese joven o de dónde procediera: en la crispada imaginación de la señorita Connulty solo era un saqueador. Le asaltó este pensamiento mientras seguía observando la maniobra del remolque, y su indignación se convirtió en una ira que le encendió las mejillas.

La casa estaba en silencio, la camarera se había marchado pronto pues ese era el día de la semana que trabajaba menos horas. La señorita Connulty permaneció junto a la ventana un par de minutos más, antes de bajar a preparar los bocadillos del almuerzo de su hermano. Su furia se había aplacado, pero estaba viva en su interior, como los días muertos de un tiempo pasado, como las lágrimas no derramadas. Sintió una punzada de pena por Ellie Dillahan, la misma que antaño, y con tanta desesperación, había sentido por sí misma.

Era raro que su hermana se sentara frente a él en el comedor cuando le llevaba los bocadillos y la taza de caldo concentrado con el que a Joseph Paul le gustaba acompañarlos. Tenía algo que decirle y él lo sabía, pero cuando ella empezó a hablar, no la escuchó, limitándose a asentir con la cabeza de vez en cuando.

El día que su padre se la había llevado a Dublín, su madre había deseado que no volvieran jamás. Ninguno de los dos, había sentenciado, nunca más. Pero Joseph Paul sí quería que regresaran; por muy horrible que fuera la deshonra, esperó que tomaran el autobús vespertino, o el del día siguiente, que volvieran algún día. Confiando, aunque no lo sabía, en que el letrero de la planta baja

avisara de que la pensión estaba completa, pese a que no fuera así, pensó que su madre lloraría, pero no lo hizo; nunca la había visto llorar. Por la tarde, le llevó una taza de té y una tostada, pero su madre no probó bocado. Más tarde, cuando él se ofreció a ir a ver si bajaban del autobús, ella no lo oyó. La segunda vez que se lo preguntó, su madre respondió que no le cabía la menor duda; y cuando padre e hija volvieron a casa con él, la señora Connulty declaró que ese era el peor día de su vida. Él le llevó a su hermana una taza de chocolate caliente. Cualquier madre estaría disgustada, le comentó él, pero su hermana guardó silencio; esa fue la primera vez en su vida que no respondió al dirigirle él la palabra. Ahora ambos lo hacían con frecuencia.

—Le preguntó a Ellie Dillahan dónde estaba el cine —explicó la señorita Connulty en el comedor, y su hermano quiso saber de qué estaba hablando—. Ya te lo he dicho.

—Lo sé, lo sé. Pero no es fácil seguirte.

—Merodea por la ciudad. Me dijeron que entró en el cine. Nadie sabe quién es.

—Las llaves del cine están en la oficina del almacén. Sin las llaves no hay forma de entrar. No conozco a ese hombre.

—Lleva un traje de tweed claro, y sombrero. Viene de Castledrummond.

—No lo conozco de nada.

El tono de Joseph Paul traslucía su falta de interés. Pensó que nadie merecía tener que escuchar ese tipo de cosas, y comentó que Bernadette O'Keeffe había ido a hablar con Dempsey para pedirle que pintara los dormitorios traseros de la casa.

—Los dormitorios no tienen nada que ver con eso. Eres el único que no ha visto a ese hombre. Podría ponerse a gritar desde las azoteas y tú seguirías sin verlo.

Joseph Paul no replicó. Siempre era mejor callarse. Acabó los bocadillos y apuró el caldo. Esperó a que ella saliera del comedor.

La señorita Connulty recogió la bandeja del montaplatos, donde la había dejado. Colocó en ella el plato y la taza con el platito, y la sal y la pimienta que también le llevaba siempre. Limpió las migas con un trapo de cocina.

—Te diré algo más —prosiguió, fría como el hielo, algo que sabía ser cuando quería.

Mientras hablaba, Joseph Paul siguió dándole la espalda, sin volver la cabeza. Antes de que nadie pudiese impedirlo, aquel hombre se largaría con Ellie Dillahan, dijo ella, y a continuación salió de la habitación.

12

Ellie sujetó la palanca con firmeza, según le había indicado él. Unos diez centímetros de neumático se habían separado de la rueda, asegurado por otras dos palancas. Él apretó una con el pie e intentó retirar la cámara poco a poco. Como no lo consiguió, deslizó la otra palanca más cerca de la que ella sostenía. El neumático se abrió unos centímetros más.

—Ya casi está —dijo él.

Retiró la palanca y sacó la cámara. Había levantado el Vauxhall con el gato y quitado la rueda sin la ayuda de Ellie, a la que había llamado hacía apenas unos minutos. También había llenado de agua una palangana. La joven observó cómo su marido hinchaba la cámara de aire y encontraba el pinchazo.

—Esto puedo hacerlo solo.

Ellie esparció grano en el manzanal y las gallinas se precipitaron hacia ella. Ignoraba que no amaba a su marido. Nunca había sido amor, aunque tampoco había empezado de un modo distinto del amor al que a menudo se referían las monjas de Cloonhill, cuya señal visible parecía arder incesantemente sobre la puerta de la cocina, como ya ardía para la mujer que antes fregaba las ollas que ahora eran suyas, y para otras mujeres antes. Encerró las gallinas y, antes de volver al patio, cogió un par de lechugas. Escogió los mejores cebollinos.

Su marido había terminado de cambiar la rueda y bajado el gato.

—Gracias por ayudarme —le dijo al verla.

Siempre le daba las gracias. Había sido muy amable —así se lo pareció entonces, y también ahora— al ofrecerle matrimonio; y por

su parte, hubiera sido descortés rechazarlo. Aquella granja se había convertido en su hogar, donde, en una muestra más de amabilidad, él la había llamado ama de llaves, no criada. Ella siempre lo había considerado más mayor de lo que era, incluso ahora, pues era viudo y sabía mucho más que ella. El matrimonio era lo más conveniente, aunque él no lo había expresado así. Más tarde, en Lahinch, había dicho que se sentía unido a ella y que era un hombre con suerte. "Yo también tengo suerte", había respondido Ellie, y eso pensaba, pues no sabía mentir. "Lo siento", se había disculpado tiempo después, cuando no pudo darle hijos, y él respondió que no importaba. "Ya me has dado bastante".

Puso la mesa. Lavó la lechuga y la secó con un trapo. Cortó la carne de cordero que quedaba del domingo. Picó los cebollinos y troceó los tomates.

Él se quitó las botas de goma en el umbral y se lavó las manos en el fregadero. A veces se lavaba arriba y se cambiaba de camisa, pero esa noche no lo hizo. Notó que estaba cansado.

—Una brizna de nada —dijo, refiriéndose al pinchazo—. Pero cortaba como un cuchillo.

Había transcurrido otro día, el quinto desde que se encontraron delante del zapatero. Nada había cambiado en ella, pese a que había supuesto que a esas alturas no sería igual. Estaba arrepentida y avergonzada, pero seguía sintiendo lo mismo que aquella mañana e incluso antes.

—He visto que ha llegado el pigmento ocre. —Se sirvió una buena ración de ensalada. La llamaba "el plato del verano" y no le importaba comerla a diario.

—Me olvidé de decírtelo.

—No importa. ¿Has visto si hay alicates en la ferretería? ¿Sabes si tienen?

—Lo preguntaré.

Ellie le sirvió té y añadió un poco de leche. Le acercó el azucarero. Se esforzó por pensar que decir a continuación, pues hablar la ayudaba. "Este hombre hará cualquier cosa por ti", le había

dicho una mujer a la que no conocía el día de la boda, como si hubiera que decir algo así, como si resultara claro como el agua. El doble de De Valera, el hombre de McGovern's, volvía a tener cachorros terrier para vender, dijo Ellie.

—Sí, creo que ya me lo dijiste.

—Perdona.

—No, que va.

Aquella mujer de la boda le había dicho que era muy afortunada. Más tarde, cuando se habían marchado en el Vauxhall, no se había sentido infeliz. No se había arrepentido de nada, ni entonces ni en los pocos días que pasaron fuera. Tampoco cuando regresaron a la granja. Le encantaba que la gente de Rathmoye la llamara señora Dillahan. Eso y compartir el dormitorio con él fueron los únicos cambios. El cuartito en el que dormía antes de casarse debía de haber sido el del niño: estaba pintado con colores vivos y un empapelado de juguetes. Ellie no había querido cambiarlo. Cuando se quedó de nuevo vacío, él había dicho que lo dejarían tal cual, y ella había sabido en qué estaba pensando su marido.

Él añadió azúcar en el té que Ellie le había servido y lo removió. El silencio no era un problema; siempre decía que no le molestaba.

—Hemos segado el campo de al lado de la carretera —comentó cuando se hubo acabado el plato—. Llamé a los muchachos de Corrigan.

Ellie lo observó retirar el papel de aluminio de un quesito, doblándolo con cuidado, y a continuación sacar el queso con el cuchillo. Le gustaba hacer las cosas bien, incluso algo tan insignificante. Parecía imposible imaginarlo descuidado o despreocupado. Y sin embargo, lo había sido en una ocasión trágica.

—Comes muy poco, Ellie.

—No tengo demasiado apetito.

—Ya lo veo.

Ella le cortó más pan, y alargó el brazo por encima de la mesa para rellenarle la taza. Gahagan estaba a punto de venderle el prado, anunció Dillahan.

—Con lo que le gusta llevar la contraria, y casi está convencido de cedérmelo.

Ella intentó concentrarse en que el prado cambiaría de dueño, y en el cambio que ello supondría, y en que Gahagan quizá también se planteara vender el bosque.

—Será un gran día, Ellie —aseguró él, acompañando sus palabras con una inclinación de cabeza.

Apartó la silla hacia atrás. Cuando estaba cansado por la noche, se sentaba en el sofá desfondado delante de la ventana, la ancha espalda inclinada sobre el periódico, con la radio encendida si emitían algún programa que le gustara. Ahí se sentó ahora, mientras Ellie recogía la mesa y llevaba los platos al fregadero. Al principio, en la otra habitación había una foto de su esposa: una mujer sonriente, con la criatura en brazos. Pero después él la había guardado en un cajón.

Abrió el grifo y dejó correr agua caliente sobre los platos y cubiertos; una vez sumergidos, echó un chorrito de lavavajillas. En la radio emitían el programa de música bailable antigua que le gustaba a su marido. "Solo hay debilidad en mí": volvió a ver su caligrafía, anticuada, inclinada, influida por las críticas de la hermana Ambrose, que ponderaba las virtudes de la claridad por encima de la vistosidad. "Siempre que nos necesites, escríbenos —le había recomendado la hermana—. Tennos informadas de lo que te pasa". El Señor es tu fortaleza; con cuánta frecuencia habían pronunciado esas palabras los labios de las monjas.

Pasaría el tiempo y un día parecería que aquello no había sucedido. Contrita, admitiría sus errores, la traición que había cometido incluso contra sí misma, y estaría en paz, y, gracias al arrepentimiento, sería perdonada. El tiempo no podía sino transcurrir, y cada minuto sería curativo.

—Antes solía ir a bailar —dijo su marido, y Ellie pensó que habría ido con su anterior esposa y ya no querría volver después de lo que había sucedido.

Él añadió algo, tamborileando en el brazo del sofá con los dedos, pero de pronto la música sonaba muy fuerte y Ellie no logró entenderlo.

—Iré a ver a las gallinas.

Uno de los perros había ladrado y últimamente un zorro merodeaba por los alrededores. Pero cuando salió todo estaba tranquilo. En esa época del año nunca oscurecía del todo; aún se distinguía el verde del tractor y el marrón grisáceo del Vauxhall. Los perros la acompañaron a dar una vuelta y se detuvieron a su lado, obedientes, cuando llegó a la verja y aguzó el oído. Seguramente la madre italiana del chico fumaba cigarrillos; una mujer alta y hermosa pese a la edad. No sabía de dónde había sacado esa imagen. Al llegar al manzanal cerró con pestillo el corral de las gallinas.

—Siéntate y descansa —le dijo su marido—. Siéntate y escucha esto.

—Es que tengo que repasar unas facturas.

Fue a la otra habitación. Allí guardaba los recibos, que registraba en un cuaderno gris con los talones ingresados en el banco. Encendió la luz y sacó el cuaderno del cajón de la mesa que había delante de la ventana.

Las cuentas estaban al día; no tenía dudas. Pero en el mismo cajón guardaba las tarjetas navideñas de la hermana Ambrose, la monja de Cloonhill con quien había hecho más amistad. En una leyó: "La noticia de tu matrimonio nos llena de alegría y damos gracias al cielo de que estés a gusto en la granja". En otra contaba un viaje a Lough Derg, y el retiro de Fermony. Ellie recordó que el día que habían escogido para celebrar su cumpleaños, la hermana Ambrose le había dicho por la noche: "Si alguna vez sientes la llamada y deseas unirte a nosotras, ya sabes dónde estamos. —Y había añadido—: Y nunca olvides que nos tienes aquí para lo que necesites". Entonces contaba once años.

Metió las postales en los sobres. Algunas representaban un texto sagrado, una estampa que ilustraba un episodio de la Pasión de

Cristo. "Nuestros pecados son Sus heridas —rezaba en letra cursiva negra al pie de la figura sangrante—. Murió por nosotros".

Oyó a su marido subir la escalera y luego moverse por la habitación del piso de arriba. Arrancó una hoja del cuaderno y sacó el bolígrafo del cajón donde siempre lo guardaba. Escribió a la hermana Ambrose, excusándose por no haberlo hecho en Navidad; aunque le decía que estaba bien, le pidió que rezara por ella. Había pensado lo que escribió, pero las palabras no tenían pies ni cabeza. Al releerlas, supo que no cobrarían sentido a menos que revelara por qué las había escrito, a menos que admitiera que las monjas, que la conocían tan bien, ahora no la reconocerían, tanto había cambiado por las mentiras del silencio y la traición, y por la vergüenza. Cuando probó a escribir otra carta, no encontró palabras, ni otro modo de expresarse, que contar muy poco de la desolación que sentía. E incluso con tan poco sembraría el desconcierto y la inquietud.

Permaneció sentada otra hora en la habitación silenciosa, e incluso un rato más. No lloró, aunque le habría gustado. La compasión que buscaba estaba allí, sin duda; sin embargo, se resistía a pedirla.

Quitó el cerrojo de la puerta trasera y volvió a salir. Anduvo por la carretera y el fresco aire nocturno la alivió. Caminó para cansarse, con los perros pastores a su espalda. Cuando regresó a la cocina, abrió el fogón y arrojó sobre la antracita negra y opaca las hojas arrancadas del cuaderno. Tiró de los reguladores y oyó el crepitar de las llamas.

13

La señorita Connulty comentó que aquel hombre traería problemas. Lo dijo mientras cogía los huevos, sin mirar a Ellie. La gente se preguntaba quién sería, añadió, al tiempo que contaba el dinero que acababa de sacar del monedero. La señorita Connulty lo sabía.

Añadió un poco más de calderilla y cerró el monedero.

—No te importa que te lo diga, ¿verdad? —inquirió.

—Solo lo conozco porque ese día me preguntó cómo se iba al cine.

No, no traería problemas. Mientras se alejaba en bicicleta, Ellie pensó que debería haberlo dicho. ¿Cómo se podía hablar así de una persona sin saber nada de ella? Eso también debería habérselo dicho. "Se llama Florian Kilderry —tendría que haber dicho—. Es medio italiano".

Para regresar a la granja, tomó la vieja carretera de Kilaney, el recorrido más largo. Cuando él se había interesado por la caseta del guarda de Lisquin, ella había fingido no darse cuenta. No le había contado que le gustaba el silencio del lugar, que lo visitaba más a menudo de lo que había dado a entender. Se preguntó si él habría notado aquella omisión y le habría dolido, y si también le habría dolido su brusca marcha, sin despedirse. ¿Tanto habría importado que fuera al café Meagher con él? El hecho de que dijeran que traería problemas cambiaba las cosas. ¿Y cómo podrían entenderlo las monjas? ¿Cómo? ¿Y qué había de malo en hablar con una persona cuando no se decía nada inconveniente?

En la vieja carretera de Kilaney, que ya nadie tomaba, le pareció percibir el aroma de los cigarrillos del joven. Se detuvo un momento,

pero se había equivocado. Pedaleando lentamente, cruzó las altas verjas de hierro del paseo de Lisquin, y lanzó una mirada a la ruinosa caseta del guarda. Allí no había un alma.

—Voy a la montaña —anunció Dillahan—. Se han escapado dos.

Ellie no contestó, como si no lo hubiera oído.

—Ellie, si te preocupara algo, ¿me lo dirías?

Respondió que estaba bien.

—De verdad —añadió.

Dillahan salió del patio en coche. Gahagan le había avisado de que se habían extraviado dos ovejas. Gahagan iba a las montañas de vez en cuando, aunque no tuviera ganado allí. Le contó que había visto dos ovejas con una marca azul, aunque no estaba muy seguro, ya que su vista no era la de antes. Pero si no iba a comprobarlo con sus propios ojos, dijo Dillahan, al final resultaría que las dos ovejas eran suyas.

Cogió un camino diferente del acostumbrado, y al llegar al negro cobertizo de los Corrigan dobló a la derecha. Dejó atrás Doole y empezó la ascensión; el Vauxhall avanzaba a duras penas. Si las ovejas se habían escapado, debían de haber ido por ese lado de Crilly.

Los perros dormitaban a su lado. Por la ventanilla bajada entraba el aire fresco, casi frío. Algo le pasaba, pensó. Quizá solo fuera mal humor, pero estar de mal humor no era propio de ella, nunca lo había sido. Y en el desayuno apenas había probado bocado.

Se detuvo en un ensanchamiento de la carretera y continuó a pie por un terreno pantanoso. Vio dos motas blancas y pese a la distancia supo que eran las dos ovejas. Mandó a los perros mientras buscaba la brecha en el alambre, hundiendo las botas en el agua. Solía ser tímida en las cosas de las mujeres y él nunca insistía, pues tampoco era propio de su carácter. Pero no se mostraba evasiva; en todos los años que llevaba en la casa jamás lo había sido. Cuando llegó, no tenía ni idea de las tareas de una granja y no fingió lo

contrario. Dillahan no había esperado que supiera, pero ahora ella era más experta que él en cuidar las gallinas, ocuparse del huerto y la lechería y llevar las cuentas. Nunca había querido compararla con su primera mujer, se negaba a pensar en ambas a la vez. Sin embargo, debía reconocer que había tenido suerte en sus dos matrimonios.

Al pasar cerca de su turbera advirtió que no quedaba mucha. No obstante, cerca de las lindes de sus tierras había una larga franja de turba bastante grande para que valiera la pena excavarla. Sería complicado transportar la turba por el terreno pantanoso, pero podía esperar a una estación seca. A principios del verano siguiente lo decidiría.

Del brezo alzaban el vuelo algunas alondras y de vez en cuando una agachadiza. Dio con el sitio donde se había partido el alambre y silbó a los perros. Estos no se apresuraron en volver, pues sabían que no era necesario. Había llegado a pensar que su mujer estaba decepcionada porque las gallinas ponían menos huevos. Cuando se lo había preguntado, notó que ella se esforzaba por sonreír. Todo iba bien, le había asegurado también en esa ocasión. Y él se dijo que no sería nada.

* * *

Ellie extendió la tela sobre la mesa de la cocina, aún con el patrón sujeto con alfileres. Los quitó y plegó el finísimo papel por sus dobleces. El vestido estaba a medio coser, pequeños capullos de rosa escarlata sobre un fondo pálido. No lo acabaría ese día, quizá al siguiente.

Que su marido recordara, la máquina de coser había estado en la casa toda la vida; había pertenecido a su madre, que también la había heredado. Tirarla y comprar otra habría sido un derroche, aunque a Ellie se lo habían propuesto. Siempre se había usado encima de la mesa de la cocina, que tenía sólidas patas y suficiente superficie.

Cambió el carrete y enhebró el hilo; a continuación, giró la palanca para empezar a coser el dobladillo. A su llegada a la granja ya sabía usar la máquina de coser; ella misma se confeccionaba los vestidos; sabía dar la vuelta al cuello de las camisas y coser un bolsillo. Pero no necesitaba aquel vestido. Había comprado la tela y el patrón en Corbally casi sin fijarse en si le gustaban.

La máquina de coser repiqueteaba exigiendo toda su atención, como de costumbre. Con perseverancia, introdujo el dobladillo debajo del prensatelas, manteniéndolo recto. La tarde era el peor momento. Durante la mañana estaba ocupada con las gallinas, con el *Disco del día* en la radio (y entre canción y canción hablaban mucho). Pero la tarde en que no pasaba la señora Hadden, ni la tímida y pequeña Tomasina Flynn se acercaba a buscar los escasos huevos de pato que tenían, necesitaba algo. Había cambiado el día de ir a Rathmoye al martes porque él sabía que iba los viernes. La tarde del martes no era tan apropiada como la mañana del viernes, ni para ella ni para la casa parroquial, pero aun así lo había cambiado, porque sabía que tenía que hacerlo.

Cuando terminó el dobladillo, cortó el hilo y cogió la otra manga. Pero ya no le apetecía seguir cosiendo. Y se quedó sentada un rato ante la máquina silenciosa, con el indeseado vestido a medio coser. Oyó el tractor en el patio y temió la larga noche que la esperaba.

14

En la pensión de la señorita Connulty los huéspedes fueron despabilándose uno tras otro al oír los despertadores distribuidos por todas las habitaciones. Y cada uno de ellos acalló esa perentoria llamada, se desperezó y bostezó, abandonó la cama, descorrió las cortinas y luego fue a comprobar si el aseo y el baño estaban ocupados. Veinte minutos después, tres hombres con traje oscuro, camisa y corbata, y con los zapatos que la señorita Connulty había recogido la noche anterior de la puerta de su dormitorio y abrillantado, bajaron la escalera y entraron en el comedor. Un cuarto hombre, el señor Buckley, aún estaba vistiéndose. Gohery, el profesor de metalurgia, que había regresado de sus vacaciones estivales, estaba terminando de desayunar. Joseph Paul todavía no había vuelto de la misa matinal.

—¿Cómo quieren los huevos? —preguntó la señorita Connulty tras abrir la ventanilla que comunicaba la cocina y el comedor en cuanto oyó murmullo de voces— ¿Cómo se los preparo?

Dos los pidieron fritos, como de costumbre. El viajante de Horton los quería revueltos, también como de costumbre. Cuando la señorita Connulty les preguntó si querían tomate y salchicha, los tres asintieron. No hacía falta decir que todos los platos llevarían beicon. El hombre de la compañía Wolsey de Irlanda preguntó si esa mañana tenían morcilla, a lo cual la señorita Connulty respondió que había de sobra.

Gohery aprovechó una pausa para levantarse de la mesa. No dijo nada, pero dirigió una inclinación de cabeza a los tres hombres, lo mismo que había hecho cuando estos entraron en el comedor. En la

escalera saludó con otra inclinación al señor Buckley, que se encaminaba parsimoniosamente hacia el vestíbulo, donde todas las mañanas de sus estancias en el Número 4, durante casi treinta y cinco años, se detenía a dar golpecitos con el dedo al cristal del barómetro colgado al lado del perchero. En la cocina, la señorita Connulty oyó que lo saludaban y le presentaban al nuevo. No le hacía falta abrir la ventanilla; últimamente, el señor Buckley solo tomaba cereales.

El viajante de Horton se interesó por la salud del señor Buckley, que le respondió que era perfecta, cosa que el hombre de Horton sabía que no era cierta: el señor Buckley, un hombre corpulento, encorvado, de una palidez cerúlea y aspecto comatoso, fingía ante los demás y ante sí mismo no sufrir ningún achaque y rebosar de energía. Pero últimamente, en las tiendas de las ciudades que visitaba, se decía que a menudo cometía errores en los pedidos, y que los bondadosos tenderos que lo conocían lo corregían y protegían para que, cuando llegara el momento, pudiera retirarse y cobrar la pensión que en el fondo anhelaba. Se dedicaba a la venta de artículos de regalo y papelería; en su declive, como en sus buenos tiempos, era una persona respetada y querida.

La puerta de la cocina se abrió de nuevo y un instante después la señorita Connulty entró en el comedor con tostadas y mantequilla. Cogió los platos que había dejado en la ventanilla, y le pregunto al huésped recién llegado si el pan estaba lo bastante tostado para su gusto. El hombre contestó que sí.

—En Rathmoye no se me ocurriría alojarme en ningún otro sitio —le informó el hombre de Horton cuando la mujer salió—. ¿Está de acuerdo conmigo, señor Buckley?

Buckley era del mismo parecer y el hombre de Wolsey dijo que uno podía viajar más lejos y encontrarse con algo peor. Intercambiaron historias sobre sus experiencias desafortunadas en este sentido; lechos húmedos, comida repugnante, problemas con los desagües. El hombre de Horton afirmó que, en cambio, nunca había entrado en un baño del Número 4 que no tuviera pastilla de

jabón. Y cuando añadió que en el lavabo siempre había un rollo de papel higiénico de más, todos asintieron.

Se sirvieron el té ellos mismos; la tetera fue pasando de mano en mano en la mesa. Entre un bocado y otro, el hombre de Horton sacó un Gold Flake, que dejó sobre el mantel junto a las cerillas, para encenderlo cuando hubiera acabado de desayunar. Lo que más vendía eran camisas, le confió al nuevo huésped; pero en general su sector era la ropa masculina. El nuevo explicó que estaba en el negocio del cemento.

En la cocina, acababa de llegar la camarera, no más tarde de lo previsto. Se oyó la puerta principal al cerrarse, y la señorita Connulty pensó que sería Joseph Paul, que regresaba de misa. Hacía tiempo que su hermano no mencionaba el asunto de las vidrieras, pero ella sabía que unos minutos antes él debía de haber alzado la vista a aquellos cristales mugrientos y vuelto a recrearse con la Anunciación propuesta por el padre Millane. Con el tiempo, colocarían debajo una placa de bronce que pediría una oración por el alma de Eileen Brigid Connulty.

A la señorita Connulty ya no le importaba. Que hiciesen lo que quisieran: la deliciosa muerte había sido una compensación mayor de la que hubiera soñado jamás. Ahora estaba a cargo de todo y ese día lucía las perlas.

—Ocúpate del señor —ordenó a la camarera, y fue a poner los pies en alto, pues llevaba levantada desde las seis.

Se sentó en el gran salón, bajo la mirada de Daniel O'Connell, y por un instante se preguntó cómo habría sido aquel hombre, pero no llegó a ninguna conclusión. Se quedó dormida, aunque no era su intención, y se despertó cuando los hombres se retiraban a sus habitaciones; sus andares pesados se oían en la escalera, así como al hombre de Horton, que aseguraba que después del desayuno uno se encontraba mejor.

Sentada a su escritorio, la señorita Connulty preparó las facturas de todos y al bajar las dejó en el estante contiguo a la puerta de entrada, un lugar más apropiado que el perchero con espejo, donde

se dejaban en vida de su madre. Los hombres recogerían la suya, tocarían la campanita que ella había trasladado del perchero al estante y, al oírla, acudiría.

—¿Has hablado con él? —le preguntó a su hermano después de que la camarera le hubiera llevado a este el desayuno.

Joseph Paul pinchó con el tenedor un poco de huevo, beicon y pan tostado, y se lo llevó a la boca antes de responder.

—Lo hemos fijado para noviembre —dijo entonces.

—No lo entiendo.

—Bernadette O'Keeffe ha quedado con Dempsey para noviembre.

—¿Quedado para qué? ¿Qué quieres decir? No estoy hablándote de Dempsey.

—¿No me dijiste que lo llamara para pintar las habitaciones traseras?

—No estoy hablando de eso. Sabes perfectamente a quién me refiero.

—Bernadette O'Keeffe ha contratado a Dempsey para pintar las habitaciones traseras —repitió Joseph Paul pausadamente—. En noviembre. Empezará el primer lunes de mes. Al parecer, está muy ocupado hasta entonces.

—Me refería a Ellie Dillahan.

—¿Qué le pasa?

—Sabes muy bien lo que le pasa.

—Yo diría que no son más que conjeturas con poco fundamento.

—¡Por Dios bendito! ¡Piensa un poco!

—Ellie Dillahan es una mujer casada, ¿por qué iba a salir con un fotógrafo? Dillahan llevaba su turba al almacén. Lo conozco muy bien. Jamás permitiría algo así.

—Dillahan no está al tanto, ¿cómo quieres que lo sepa? Un don nadie asedia a su mujer, a quien, dado su carácter, no hay quien le arranque una palabra. El tipo ese de la bicicleta y el sombrero es la comidilla de la ciudad, ¿y tú quieres hacerme creer que no existe?

Qué extraño, se dijo Joseph Paul mientras se le enfriaba el desayuno. Casi le parecía estar oyendo a su madre, con aquellas expresiones que no oía desde la época del problema. Su hermana tenía las mejillas arreboladas, como de niña, pensó. Ahora cogería un puñado de cisco y se lo echaría a la cara.

—He hablado con Ellie —estaba diciendo—. No he podido callármelo.

—¿Qué le has dicho a la pobre chica?

—Lo que tenía que oír, ni más ni menos. ¿Qué mal haría que le dijeras lo mismo a él? Compramos huevos a los Dillahan desde que los repartían en un carro de caballos. Además, nos traen la turba.

—Pero ¿pretendes que aborde a ese hombre en plena calle?

—Podrías decirle que para nosotros esa muchacha huérfana es como una hija.

El tedio de la conversación se había aligerado para Joseph Paul al pensar que la influencia y obstinación de su madre no habían caído en saco roto, pero la idea de que una chica a quien creía no haberle dirigido nunca la palabra fuera su hija lo cogió desprevenido.

—¿Qué te pasa? —preguntó; hablaba con brusquedad, aunque no era su intención.

A menudo lo asaltaba el temor de que las rarezas que su hermana había adquirido con los años acabaran transformándose en un tipo de demencia progresiva. Había oído hablar de esa desgracia; la gente recordaba algún caso en la familia. Quizá llevar la pensión sola fuera demasiado para ella. Tal vez esas fantasías de que la gente se colaba en las ruinas del cine tuvieran algo que ver con el recuerdo del padre, abandonado en el local la noche de la tragedia. Ella había sido la preferida de su padre, como él lo había sido para su madre. Ninguno de los dos lo había desmentido nunca, y debía de haber sido terrible para ella ver las condiciones en que su padre llegaba a casa por la noche después del problema: los ojos inyectados de sangre, el cuello de la camisa y la corbata en el bolsillo, su tonto silbido al entrar en el vestíbulo, cómo tropezaba y se caía en la escalera, para a continuación sacar dinero de la cartera

y ofrecérselo a todos en señal de arrepentimiento. Antes del problema no había probado el alcohol más que un par de veces en su vida.

Su hermana continuaba allí de pie, junto a la mesa del desayuno, así que Joseph Paul la invitó a sentarse.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

—¿Por qué?

—He pensado que quizá tengas sed.

—Pregúntale quién es. Cuéntale lo que se rumorea. ¿Qué será de la chica cuando Dillahan la deje? ¿Adónde irá? ¿Vagará por las calles como el pobre Orpen Wren? Y si da a luz a un niño, ¿qué pasará entonces? Intenta mostrarte amable, procura no ofenderlo, no vaya a ser que te pegue. Lo único que te pido es que le expliques que nos interesamos por ella a causa del parentesco que nos une; que le preguntes sin tapujos qué pretende. Ellie siempre me ha despertado simpatía.

—En el pub no he oído comentar nada extraño.

—¿Cómo va a saberlo nadie del pub? ¿Acaso los curas no se deben al secreto de confesión? Lo que te estoy diciendo es que a una persona que se entromete en el funeral de otra habría que hablarle claro, por no mencionar su interés hacia un cine señalado por la tragedia, por no mencionar su acoso a una chica católica de las colinas.

Continuó perorando, repitiendo todas y cada una de las palabras ya pronunciadas. La grasa del plato de Joseph Paul había empezado a solidificarse, en la yema del huevo se había formado una película translúcida. La camarera se acercó para recoger la mesa.

—Me informaré —dijo él.

Así concluyó la conversación, pero más tarde, cuando se dirigía al trabajo, Joseph Paul pensó que, desde que en la casa reinaba un desbarajuste absoluto debido a la insensatez de su hermana, la había visto con frecuencia mirar la plaza desde la ventana; sabía lo

que estaba esperando. Al verla abrillantar el calzado de los clientes, había conjeturado que en su imaginación se convertían en los elegantes zapatos con cordones que llevaba Arthur Tetlow; seguramente era la única fantasía que le quedaba y de algún modo la sentía amenazada por lo que ahora se figuraba que estaba ocurriendo.

Cuando abrió la puerta del pub, aún seguía dándole vueltas al asunto; cada vez estaba más convencido de que el veneno que su hermana destilaba contra el forastero de la bicicleta tenía su origen en la traición que ella había sufrido por parte de un viajante de artículos veterinarios. Al cruzar la sala delantera del establecimiento, se convenció de la exactitud de esa conclusión, y por un momento compadeció a su hermana como en el pasado.

La interpretación que la señorita Connulty hizo de la discusión del desayuno fue diferente. Mientras cambiaba las sábanas de las habitaciones, no se arrepentía de su ira ni se preguntaba por qué se había mostrado tan insistente. Sus reflexiones eran prácticas y concisas; después de haber hablado se sentía mejor. Si mientras conversaban le hubiera leído el pensamiento a su hermano, podría haberle dicho que, dadas las circunstancias, era muy fácil hablar de demencia, pero que ella no sufría de nada parecido, y que era natural que se preocupara por la suerte de aquella chica que le vendía los huevos. Eso era todo.

Acabó con una habitación y empezó con la siguiente, quitando primero la sábana superior y luego la bajera, sacudiendo las almohadas para sacarles las fundas. Cuando se había entregado a Arthur Tedow, sabía lo que se hacía, y solo se arrepentía de haberse quedado en una casa donde no debería haber permanecido. En voz alta, y con firmeza, repitió su propósito de proteger a Ellie Dillahan en lo que hiciera falta. Recogió las sábanas usadas y vació el cenicero de la mesita de noche. Entornó la ventana y puso la

persiana correctamente: un poco más baja, para que se vieran los encajes.

Más tarde, esa misma mañana, después de revisar la correspondencia y firmar los talones que Bernadette le había llevado, a Joseph Paul se le ocurrió que el excéntrico comportamiento de su hermana posiblemente tuviera otra explicación. Dado que se imaginaba que ocurría algo entre Ellie Dillahan y el hombre de Castledrummond, quizá estuviera celosa y resentida, ya que ella había perdido su oportunidad y ahora debía contentarse con abrillantar los zapatos de otros hombres.

Mientras avanzaba la mañana, y se convencía de la probable certeza de esa hipótesis, Joseph Paul volvió a compadecerse de la hermana que antaño había sido su compañera. Y como si la telepatía, largo tiempo ausente entre ambos, hubiera entrado en juego de nuevo, la señorita Connulty pensó también en los celos mientras bajaba la escalera. Pero, antes de que la idea cobrara forma, la rechazó por absurda.

15

El pasaporte de Florian llegó una mañana. Habían pegado la fotografía que él mismo se había sacado, y añadido la firma y demás detalles. "Florian Kilderry, Lugar de nacimiento: Condado de Tipperary. Color de ojos: Azul. Lugar de residencia: Irlanda".

Lo firmaba un tal Kevin Greacen; Florian se preguntó quién sería. Era válido para todos los países. Se trataba de un documento valioso. Con un arpa dorada estampada en relieve en su tapa verde de piel sintética y "Eire", "Ireland" e "Irlanda" en todas las páginas, manifestaba claramente su importancia, al tiempo que solicitaba que al portador se le garantizara el libre acceso y se le ofreciera toda la ayuda y protección necesarias.

Florian lo depositó en la repisa de la chimenea de su habitación, para verlo y no olvidar dónde estaba. Limpió el moho de la maleta más pequeña que había encontrado. La lavó y la sacó por la puerta trasera para que se secara al sol.

Por la tarde, dos mujeres de una institución caritativa fueron a recoger la ropa. Ninguno de los dos fallecimientos era reciente, les dijo, no porque ellas se lo hubieran preguntado, pero pensó que debía comentar algo.

—¿Vives solo? —preguntó la que llevaba gafas, al encaminarse al piso superior.

—Es un lugar muy tranquilo —afirmó la otra.

Su cara le resultaba familiar, pero no la situaba.

—Sí, muy tranquilo.

A ojos de aquellas mujeres, era una pena que la casa se encontrara en tal estado de abandono, pensó Florian. Abrió el

armario ropero que sus padres habían compartido, y estuvo a punto de decir que no era tan extraño que hubiera conservado aquellas prendas tanto tiempo. Pero pensó que no habría sabido explicar la razón y decidió callarse.

—¿Los zapatos? ¿Las hormas? —preguntó la mujer de gafas, la mayor.

Con un ralo cabello grisáceo, era alta y andaba muy erguida, como si hubiera aprendido a mantener esa postura tras un obstinado esfuerzo.

—¿También las perchas? —preguntó la otra.

—Todo, si no les importa.

—Claro que no.

—¿Está vaciando la casa?

—La he puesto en venta.

La habían visto nuevos posibles compradores; últimamente, el interés había aumentado tanto que la agencia inmobiliaria confiaba en que pronto contarían con una oferta. Se había tranquilizado a los acreedores: habían fijado una fecha para la visita de un anticuario, que examinaría el mobiliario restante por si quedaba alguna pieza de valor. Habían puesto un contenedor sobre la gravilla, ante la entrada, que ya casi estaba medio lleno.

Todo podía aprovecharse, dijeron las mujeres al darle las gracias antes de marcharse. Mencionaron las instituciones benéficas a las que donarían las prendas, sin olvidarse de los pobres de la localidad, claro. Florian asintió en silencio mientras imaginaba los vestidos de su madre y los trajes y zapatos de su padre en otras personas. Cuando el coche partió, se despidió agitando la mano, y las mujeres le devolvieron el saludo.

Habían transcurrido más de quince días desde que Florian había dicho aquellas palabras inoportunas en la plaza de Rathmoye. Todavía lo atormentaba su torpeza, su falta de tacto —pues así lo veía él—, su estupidez. Además, qué descuidado había sido al no reparar en aquella alianza que cualquiera hubiera visto. Había

actuado como un frívolo, al final incluso se había puesto pesado, y los remordimientos lo instaban a desear el perdón, a pedir disculpas.

Llevó las raquetas de tenis y los paraguas al contenedor, luego cargó una estufa de parafina y cubos agujereados, latas de pintura, utensilios de chimenea. Después, desplegó en la mesa de la cocina uno de los viejos mapas del servicio nacional de cartografía de su padre —que había pensado quemar— y buscó las colinas Crilly y la localidad de Cnocrea. Encontró Lisquin, con sus dos avenidas, y la caseta del guarda en la carretera de Kilaney.

Dillahan se lavó las manos en el fregadero, frotándoselas bien para quitarse la suciedad de todo el día. El jabón le escoció en un corte junto a la uña del pulgar, pero no se quejó. Su madre usaba una pomada para esa clase de heridas, aunque no recordaba cómo se llamaba.

Le preguntó a Ellie si había ido a Rathmoye; quería saber si había comprado el gancho en la ferretería. No tenía prisa, añadió, no hacía falta que fuera solo para eso.

—Lo he pedido —respondió ella.

Él asintió. Preguntó si todavía había un zorro rondando por los alrededores y ella contestó que sí, el mismo de siempre.

—Los perros han estado husmeando alrededor del gallinero; no pudo entrar.

—Estás preocupada, Ellie.

—No, no.

Su marido sugirió que fuera a ver al doctor Riordan, pero ella negó con la cabeza. Dillahan no era un hombre curioso por naturaleza y cuando algo lo desconcertaba no solía preguntar, pues aceptaba su desconcierto como lo que era. Pero ahora, por primera vez lo asaltó la idea de que Ellie se aburría, de que sus días en la granja eran demasiado solitarios, de que los quehaceres domésticos y los huevos, y tener la lechería impecable, y encalar los depósitos

de la turba no era suficiente para ella. Aunque nunca hubiera deseado otra cosa.

—Esto es demasiado tranquilo para ti.

—Estoy bien. De verdad, estoy bien.

—Cuando quieras, te llevaré a Templeross a ver a las monjas. ¿No te gustaría?

Nadie había cortado la lavanda ni pisado la hierba. Mientras esperaba junto a la caseta del guarda, Florian leía *Los hermanos Karamazov*. Estuvo leyendo gran parte de la mañana, pero no vio a nadie, y cuando cruzó Rathmoye de regreso a su casa, ahora casi vacía del todo, se entretuvo a leer en el banco contiguo a la estatua de la plaza, donde se entretuvo un rato. Luego se paseó en bicicleta escudriñando el interior de las tiendas. Estaba a punto de desistir en su empeño cuando se le acercó Orpen Wren, que lo detuvo en medio de la calle alzando la mano.

—Les ha quitado un gran peso de encima a estos viejos hombros, señor.

Florian se bajó rápidamente de la bicicleta.

—¿A qué se refiere, señor Wren? —inquirió.

—Devolví los documentos a su sitio, señor, y eso es bueno y justo, señor.

Florian quiso recordarle al anciano que la primera vez que se habían visto él no se había llevado los papeles, pero en cambio dijo:

—En el cajón de la mesita.

—Ahora duermo bien por la noche, señor, sabiendo que los documentos vuelven a estar en el cajón. Se lo aseguro, señor. Créame.

Estaba tan convencido, sus cansados ojos brillaban tanto que la amable mentira de Florian podría haber sido fruto de una profunda piedad.

—No hay un libro en la biblioteca que no figure en los documentos, señor. Invertí dos años, y recuerdo cuando, estando a

mitad del trabajo, el obispo de Limerick encontró un bicho en su ensalada. El obispo no dijo esta boca es mía, señor. Lo apartó del plato como si tal cosa y no hizo ninguna observación al respecto. Yo nunca decía nada, intervenir en la conversación de la mesa no estaba entre mis atribuciones. Cuando venía la esposa del coronel Palfrey parecía fuera de sí; el coronel estaba preocupado por ella. Las señoritas Cavendish no querían que las sentasen separadas. Al pequeño Cavendish había que cortarle la carne. Pero yo nunca decía nada en la mesa.

Florian asentía con la cabeza cada vez que el hombre acababa una frase, sin interrumpirlo.

—El mayordomo de entonces se llamaba Standleby, señor, era un inglés de Norfolk. En la cocina, decían que lo buscaba la policía de su ciudad, pero jamás di crédito a tales rumores. La gente de la cocina le guardaba rencor al señor Standleby por sus maneras. Pensaban que era un engreído, pero un mayordomo puede permitírselo, decía yo cuando el friegaplatos Teague me importunaba con el tema. Al final, el señor Standleby fue sustituido, y llegó Franklin, que había estado con los Villiers-Stuart.

—Entiendo.

—Abusaba de la bebida, me refiero al señor Standleby, señor. Bueno, seguro que usted ya lo sabía. Un hombre agradable como pocos, pero se le iba la mano con la botella.

—Ya.

—En todas las casas grandes cuecen habas. Me lo confió la primera institutriz que conocí. Entró en la gran biblioteca buscando *Los ensayos* de Macaulay, y cuando le señalé dónde estaba el volumen, ella me hizo esa confidencia.

—Ajá.

—Desde lo alto de Hurley Lane, señor, se puede ver el humo de las chimeneas de Lisquin. Si no había humo, es que no habían repartido el carbón, señor.

—Sí.

—Hay humo de nuevo, señor.

—Sí, por supuesto.

En ese momento, Ellie Dillahan pasó por su lado y cruzó la calle. En medio había una furgoneta que repartía carne, y por eso Florian no la vio.

Pero ella sí lo vio a él. Se fijó en que escuchaba y luego extendía la mano, y Orpen Wren aceptaba con humildad el final de la conversación. Amaba a Florian Kilderry: lo dijo en silencio y lo repitió mientras él se alejaba en la bicicleta, dejaba la plaza y cogía Castledrummond Road.

16

Las ortigas crecían con vigor entre las pocas paredes que quedaban. Desde un rincón, se extendía un grupo de zarzas, la acedera florecía y el diente de león daba color. El marco de una puerta estaba podrido casi por completo y las vigas colgaban torcidas. La caseta del guarda de Lisquin nunca había tenido escalera.

Fuera, apoyada contra una bomba de agua, había una chapa de metal ondulado carcomida por la herrumbre. Las altas verjas que se abrían a una embarrada carretera secundaria estaban cerradas con una cadena, la barrera de un granjero para cercar una carretera que seguía hasta perderse en un prado donde pastaba un rebaño.

Florian iba allí a menudo, pero siempre veía la lavanda sin cortar y solo sus propias pisadas en la hierba. Había aceptado una oferta por la casa, así que ya no había más visitas. Ahora Florian disponía de todo el tiempo del mundo.

Una vez, había llegado hasta Cnocrea en bicicleta y pasado por delante de la granja, blanca e inmaculada, pero no había visto a nadie. A pesar de que había supuesto que era aquella, temiendo ser inoportuno de nuevo, había pasado de largo y vuelto a la caseta del guarda por otro camino. No le parecía que pretendiera algo imposible; solo quería tener la oportunidad de pedir perdón antes de marcharse de Irlanda para siempre, pero cada día que pasaba sus esperanzas menguaban. Encontró un trozo de hierro y excavó para arrancar la hiedra que asfixiaba la lavanda. Se preguntó si después de su marcha ella supondría que había sido él, pero, en realidad, ¿por qué habría de adivinarlo?

Tiempo después, una mañana que había esperado más rato del habitual y había decidido no volver, un rumor procedente de la carretera rompió el silencio. Hasta entonces, no había oído nada. No había habido nada ni nadie.

Unos hombres daban palmas mientras una mujer bailaba. La mujer reía, con los brazos extendidos, la falda escarlata agitándose con la danza y el rubio cabello despeinado: el libro estaba del revés sobre la hierba áspera y esa colorida tapa brillaba al sol. Él estaba acuclillado a su lado, cerca de la lavanda. Llevaba el mismo sombrero que la última vez.

—¡Hola! —saludó.

Ellie empujó su bicicleta por un hueco donde antaño se elevaba una verja. Él le cogió la bicicleta y la dejó al lado de la suya.

—Tu lavanda está muriéndose. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía.

—Intenté arrancarle las malas hierbas.

Llevaba un vestido diferente, verde y a rayas. En el cesto, atado al manillar de la bicicleta, había un bolso, con la superficie negra brillante pelada en algunos puntos. Tenía pecas en la nariz y la frente. Florian no se había dado cuenta hasta entonces.

—Aquel día no tenía intención de asustarte —explicó—. He venido aquí unas cuantas veces. Para pedirte perdón, en caso de que te encontrara.

—No debería haberme marchado de aquella manera.

—No tiene importancia.

—Pero no debería haberme ido así, sin decir nada.

Mientras hablaba, Florian se dio cuenta de que Ellie Dillahan lo amaba, y vaciló. Shelhanagh estaba prácticamente vendida, su pasaporte se encontraba en la repisa de la chimenea, la maleta estaba lista para llenarla. Buscó las palabras para explicar que quizá

sería mejor poner fin a aquello que ni siquiera había empezado; pero las palabras se le escapaban, y fue Isabella, su sonrisa, su voz, y ella misma en diferentes lugares, la que inundó sus pensamientos; no aquella chica que ahora le preguntaba si quería ver dónde estaba la casa de la que hablaba aquel anciano. De nuevo titubeó y el silencio se le hizo más largo de lo que en realidad era.

—Si tienes tiempo —respondió al fin.

Dejaron las bicicletas allí mismo. Sí, tenía tiempo, dijo Ellie mientras se alejaban, tiempo de sobra. No era como estar en Rathmoye, en la calle, entre la gente, asustada. Allí reinaba la paz y Ellie, como si estuviera sola, se sentía parte de ese silencio.

Florian sostuvo el alambre de púas para que pasara, y volvió a ayudarla donde había un árbol caído en medio del paseo: cuando le tendió la mano, se tocaron por primera vez, y la paz seguía allí.

—¿Siempre has vivido en las colinas? —preguntó Florian—. ¿Antes de vivir donde vives ahora?

—Fui a la granja a trabajar como criada. —Después de irse de Cloonhill, dijo, del orfanato.

—¿Eres huérfana?

—Nos llamaban expósitas. En Cloonhill todas lo éramos. Halladas en algún lugar.

Se sentaron ante la verja de un cercado que discurría a lo largo del paseo y apoyaron la espalda contra los tablones. Las ovejas que pastaban en los prados a ambos lados del paseo los miraban con curiosidad, empujando el alambre con la cabeza, para luego alejarse lentamente. Florian buscó un cigarrillo, pero no le quedaban.

—¿Era horrible el orfanato? ¿Lo odiabas?

—Estábamos allí desde siempre. Las monjas se inventaban el día de nuestro cumpleaños y nos daban un nombre. No sabían más de nosotras que nosotras mismas. No, no era horrible, y no lo odiaba.

Cloonhill había sido la residencia de un tratante en caballos, que la había legado al convento de Templeross para fines caritativos. La austeridad institucional había afeado aún más la fachada de hormigón, pintando de blanco los cristales inferiores de las ventanas, que no tenían cortinas. El salón de baile del tratante seguía llamándose así, y en las noches de invierno, las expósitas se apiñaban alrededor de la chimenea, o se sentaban de dos en dos en pupitres que les donaban cuando, por demasiado desvencijados o mugrientos, ya no podían usarse en otra parte. En el primer piso, los colchones también eran de segunda mano, así como la larga mesa de madera de pino del comedor, la ropa y los libros de texto gastados.

Florian penetró en ese mundo enclaustrado, donde resonaban los pasos en la escalera sin alfombrar, el murmullo del catecismo y los rezos antes de que despuntara el nuevo día; en el aire flotaba el olor de las gachas rancias. Recatadas, obedientes, quince niñas abandonadas, tantas como la casa podía acoger, permanecían en fila y en silencio, extendiendo las manos lavadas, con el pelo corto y vestidas lo mejor que podían. Y, al final del día, todas se arrodillaban junto a una cama de hierro, con una tira de linóleo estampada sujeta al suelo con tachuelas, un solo lavamanos compartido. La intimidad consistía en ponerse el camisón antes de quitarse las últimas prendas.

Recogían manzanas en el huerto del tratante y zarzamora en los prados. Cultivaban patatas y una granja les donaba leche. En Cloonhill no trabajaba ningún hombre; únicamente se reclamaba la ayuda masculina cuando fallaba el generador o había que deshollinar, cuando se helaban las cañerías en invierno o en verano anidaban las avispas.

La reverenda madre las visitaba en primavera; y luego en agosto iban de peregrinación y rezaban el rosario en el ambiente sacro de la abadía de la Santa Cruz. Encontraron a la monja de la carpintería muerta en su cobertizo; le faltaba poco para cumplir los ochenta y un años; un marco que se había quebrado seguía ceñido por la

abrazadera. Si decías palabrotas, te castigaban. Si hablabas con el repartidor o susurrabas la letra de *You are my Sunshine* o *Bésame mucho*, te castigaban. Si bailabas en la sala de baile, te castigaban. Te parecía bien. Eras afortunada.

Al final del paseo, el musgo alfombraba un terreno llano donde solo crecían algunos tréboles. Pasado un portillo, una senda desaparecía detrás de unos árboles, otro camino que llegaba a la casa demolida. Un segundo paseo, más cubierto de maleza, se desvanecía hasta borrarse. Entonces volvieron sobre sus pasos.

—Gracias por enseñármelo —dijo Florian antes de despedirse.

Cuando Ellie se marchó, la siguió con los ojos; las ruedas de la bicicleta levantaban polvo en la reseca superficie del camino. Ella no se volvió para mirarlo, como podría haber hecho; no era de ese tipo, Florian ya lo sabía. El estrecho camino vecinal se estrechó más, hasta que la joven desapareció de la vista.

17

La caseta del guarda de Lisquin se convirtió en su lugar de encuentro. En una de las paredes, tras una piedra suelta, había un hueco donde podían dejar una nota en caso de que no les fuera posible acudir a la cita. Se tumbaban en la hierba junto a las bicicletas, que, al haberse convertido en el medio que les permitía encontrarse, ya no eran tan corrientes. De nuevo caminaron por el paseo que no conducía a ninguna parte, sin aventurarse más allá de ese espacio vacío, pues, si hubieran seguido, habrían llegado a donde pasaban los coches y tractores y empezaban las casas de las afueras de Rathmoye. En ese paseo, cerca de los árboles caídos, se abrazaron por primera vez.

Más adelante, descubrieron el laberinto de los jardines de Mount Olery y el salón de té para turistas, no frecuentado por la gente de la localidad. Recorrieron en bicicleta caminos secundarios sin asfaltar hasta Enagh, donde había otra atracción turística, la Gran Cruz del Campo. Pasearon por el bosque de Lyre, visitaron las tumbas de los monjes de Ballyhayes, fueron a ver los monolitos de Gortalassa. Nunca más se los volvió a ver juntos en Rathmoye.

Aunque esperaban ver aparecer tarde o temprano a Orpen Wren en Lisquin, nunca fue allí. Tampoco vieron a nadie más, y aquella sensación de perderse en una paz ininterrumpida se convirtió en su refugio clandestino. Y el fluir de recuerdos de Ellie, adormecido largo tiempo, cobró vida.

—No hay mucho que contar —protestó, cuando Florian le pidió que le hablara de su llegada a la granja.

—Aun así, cuéntamelo.

—Era igual para todas cuando iban a enviarnos a algún sitio.

Las monjas hacían indagaciones y después llegaban a un acuerdo. El día señalado, las chicas esperaban en el vestíbulo para despedirse de la que se marchaba. Se consideraba que una chica era afortunada cuando le encontraban un lugar.

—No dejaban de repetirlo, así que cuando te encontraban una casa, siempre querías irte. No había nadie que no quisiera. Era maravilloso cuando todo quedaba arreglado, te sentías feliz. Nos preguntábamos adónde iríamos, todas deseábamos ir a una ciudad. Yo soñaba con Waterford, me encantaba cómo sonaba, pero me explicaron que iría a una granja.

Cuanto más le preguntaba acerca de su infancia en Cloonhill, más amaba Ellie a su interrogador. Aunque a veces todavía le parecía un extraño, sentía como si lo conociera de siempre. El pasado que él rememoraba se volvió parte de ella; los juegos solitarios, las habitaciones desordenadas de la casa, las fiestas, los cuadros. Pasear con él por los bosques de Lyre, donde el aire era frío y los árboles proyectaban lúgubres sombras, o andar entre las tumbas de los monjes, o estar en su compañía en cualquier sitio, hablando o escuchando, significaba más de lo que la amistad, o la vida, habían sido nunca para Ellie.

—Una granja —observó él en el salón de té de Mount Olery, y Ellie comentó que había sido la hermana Ambrose quien le explicó que trabajaría para un viudo.

—Dijo que las chicas bajaran al vestíbulo, que a las cinco y media o seis vendría el coche. Así que allí estábamos, mientras la lluvia repiqueteaba contra los cristales y el tragaluz. Al mirar por la ventana, alguien vio el coche, entonces el cable del timbre vibró antes de sonar, como siempre. La hermana Clare se apresuró a abrir la puerta principal y entró una mujer chorreando agua. "Ya está lista", dijo la hermana Clare, y me ordenó que diera un paso al frente. "Entonces, tú eres la chica, ¿no?", me preguntó la mujer, y la hermana Clare dijo: "Respóndele". Le dijo a la mujer que tenían que devolver la caja que contenía mis pertenencias, y ella respondió que

la llevaría en cuanto pudiera. "Meted la caja de Ellie en el coche", ordenó la hermana Clare, pues siempre hacíamos lo mismo cuando se iba una de nosotras; esa noche cargaron la caja Rose y Philomena. "Ya verás como estarás muy bien", me aseguró la mujer una vez en el coche y con los limpiaparabrisas en marcha. Era una de las hermanas del hombre; la otra nos esperaba en la granja, para conocerme. El hombre subió la caja al primer piso, y sus hermanas se la llevaron al marcharse. Estaba enterada del accidente en la granja; la hermana Ambrose me lo había contado. Dijo que una chica no debía ignorar algo así; tenía que saberlo por si el hombre había quedado marcado por la tragedia. No es que fuera una suerte que un hombre enviudara, pero, bien mirado, ¿no había en ello algo positivo, tal como estaban las cosas? No me desagradaba que fuera una granja, nunca me ha desagradado. Al final te acostumbras a vivir en una granja.

—¿Cómo fue el accidente?

—El remolque iba cargado y él no podía ver por encima de la carga. La puerta trasera del remolque estaba mal cerrada y su mujer, cuando intentó correr el cierre, llevaba el bebé en brazos.

El hombre había estado a punto de venderlo todo, le contó la hermana Ambrose, y quizá nunca mencionaría el accidente ni nada de lo ocurrido. Estaba tan destrozado que quizá jamás lo mencionara.

—¿Y te contó algo?

—La primera noche.

Dijo que tenía que explicárselo, sin saber que las monjas ya lo habían hecho. Desde la ventana de la cocina, enfocó con la linterna una mancha oscura en el cemento. Nunca se acercaba a ese lugar, añadió. Le enseñó dónde estaban las cosas: las jarras y las tazas, colgadas de los ganchos, el *Old Moore's Almanac*, dónde se guardaba el dinero del seguro, las llaves en el clavo junto a la escalera, el contenido de los cajones del tocador. Le mostró las habitaciones del primer piso, la sala de estar, el dormitorio que ocuparía. Le preguntó si sabía cocinar.

Pasaron así unos años, prosiguió Ellie, los dos solos en la granja. Entonces, un día le preguntó si quería casarse con él. Le dijo que lo pensara, que se tomara su tiempo.

—Me habría gustado que la hermana Ambrose asistiera a la boda, y también la hermana Clare. Pero no pudieron, por estar de nuevo de retiro en Fermoy.

Florian no le dijo lo que sentía: que nada de eso debería haber ocurrido, que no deberían haberla enviado a trabajar con un hombre atormentado. Pero sí lo pensó y, aunque intentó disimular, se preguntó si se le notaría.

—No es un lugar horrible —aseguró Ellie, como si le leyera el pensamiento—. Es solo que allí sucedió una tragedia.

18

Llegó la canícula de agosto; Rathmoye estaba tranquilo. Ocurrieron pequeños incidentes que fueron tema de conversación y luego se olvidaron. Cuando había carreras en la vecindad, los corredores de apuestas, J. R Ferris, Gangly, McGregor de Clonmel, se alojaban en el Número 4. Los sacerdotes de la parroquia atendían a los fieles, los oían en confesión, les daban la absolución y la comunión; los escasos y pertinaces feligreses de la Iglesia de Irlanda se reunían semanalmente para la misa. Las jóvenes gitanas llevaban a sus niños de pecho a las calles desde sus carromatos y tiendas en el descampado. Hasta ese momento del verano, en Rathmoye no se había cometido ningún crimen de gravedad; tampoco ahora. En total, habían nacido veintiún niños.

Desde Dublín acudieron dos técnicos especializados en vidrieras artísticas. Midieron los ventanales que debían sustituirse en la iglesia del Santísimo Redentor y presentaron los esbozos de la Anunciación, que despertaron la admiración en la casa parroquial y más tarde la aprobación del obispo. A finales de octubre, cambiarían el empedrado a ambos lados de Magennis Street. La tienda de radio y televisión de Irish Street, debajo de donde vivía Bernadette O'Keeffe, había obtenido permiso para instalar un anuncio de neón. Se había convenido que el año siguiente, la Feria de la Fresa se celebraría una semana antes.

La señorita Connulty tenía razón al afirmar que Florian Kilderry había sido visto en la ciudad, pero estaba equivocada al sugerir que era la comidilla del lugar. Ella era la única que hablaba de él, y su hermano el único que la escuchaba.

—Si quiere que le sea sincero —se había quejado Joseph Paul a Bernadette O'Keeffe en la sala trasera del pub—, me está volviendo loco con ese asunto.

Al final, había visto con sus propios ojos al hombre que despertaba los recelos de su hermana y le había encomendado a Bernardette que averiguara cuanto pudiese sobre él. Encantada con el encargo, la mujer acometió la tarea con cierto entusiasmo, y continuó informándose de lo que se decía al respecto en el Número 4.

—Por lo que me han contado —le dijo el patrón—, ese tipo no debería andar suelto.

Hacía mucho que se había esfumado la repentina simpatía que Joseph Paul había sentido por su hermana el primer día que discutieron sobre Ellie Dillahan, y después de ciertos desencuentros a propósito de las reformas en las habitaciones traseras, había acabado enterrada en el olvido. Bernadette no estaba al corriente de esos cambios en los sentimientos familiares; en su opinión, en la pensión todo seguía igual, salvo el hecho de que había aparecido un perfecto desconocido en Rathmoye. Así, le pareció relevante comentar que Orpen Wren había identificado al hombre como un miembro de la familia Saint John.

—Aunque no digo que sea probable —añadió al punto.

El patrón le llenó el vaso de Seven Up y se lo acercó. No parecía particularmente irritado o preocupado por esta complicación en el asunto sobre el que su hermana buscaba información y que, con su perversidad, seguramente conseguiría explotar de algún modo.

—Será mejor que no le digamos nada —decidió, tras pensarlo un instante—. Ayer por la noche le pedí que se olvidara del asunto. Que se ocupara de otra cosa, como trabajar el cuero, o plantar un jardincito detrás de la casa.

—Creo que las flores le harían bien.

—Fue como si le hablara a la pared.

La señorita O'Keeffe asintió con la cabeza. Habría dado lo que fuera por echarse un chorrito de John Jameson en la bebida

agridulce, pero se contuvo. Empujó los cheques sin firmar al otro lado de la mesa. Cada día era más evidente que, desde el fallecimiento de su madre, el patrón se sentía solo. Al atardecer, paseaba por Nenagh Road y siempre acababa en el cementerio. Y los fines de semana, lo mismo.

—He comentado lo de Saint John por si acaso.

—Ha hecho bien, señorita O'Keeffe. ¿Ha llegado el cheque de McCaffreys?

—Bueno, no, aún no.

—Les daremos un par de días más. ¿Qué le parece?

Siempre le preguntaba su opinión. Bernadette había oído decir que, en los últimos tiempos, lo trataban peor que a un miserable cliente, ni siquiera lo respetaba la camarera. A menudo se preguntaba si dormiría bien.

Recogió sus papeles, contó los cheques y los unió con un clip. Esperaría hasta el jueves, dijo. Luego enviaría a McCaffreys una notificación.

Con el tiempo, las indagaciones de Bernadette dieron su fruto y la señorita Connulty se enteró de que el hombre a quien había tomado tanta antipatía se movía en bicicleta porque, según se creía, no sabía conducir, que al parecer carecía de toda fuente de ingresos, y que en ese momento estaba ocupado en la venta de una casa heredada, y planeaba dejar el país. Desvelada su identidad y comunicados su nombre y apellido, se había descartado cualquier relación con la familia Saint John. En Castledrummond se decía que era muy reservado.

—En cambio, en Rathmoye no —replicó la señorita Connulty con aspereza—, más bien al contrario.

—Solo te cuento lo que dice la gente.

La conversación se desarrolló en la gran sala delantera; Joseph Paul sentado en un sillón, con el periódico abierto sobre las rodillas, su hermana de pie junto a la chimenea.

—¿Has hablado con él? —le preguntó.

—No pienso decirle nada. No hay ninguna razón por la que deba ofender a un hombre a quien no conozco solo porque pasea en bicicleta por la ciudad.

—Está intentando algo con Ellie Dillahan. Solo hay que verla, se le nota muchísimo.

—En las informaciones que ha reunido la señorita O'Keeffe no se hace referencia a que el tipo persiga a ninguna mujer.

—Pues la muchacha no se halla en ese estado, sea el que sea, porque sí.

—No sabemos nada del estado de Ellie Dillahan. Este asunto te ha confundido. Ese chico no tiene nada que ver con ella.

—¿Es que no tienes ni una pizca de piedad? No compadeces a Dillahan, después de lo que ha sufrido? Con él, Ellie halló un hogar; son dos almas reunidas por la desgracia, y de repente aparece un intruso dispuesto a arrasar con todo.

La señorita Connulty no escuchó cuando su hermano volvió a refutar esa afirmación, gesticulando para enfatizar lo que ella no quería oír. Pero en el fondo no era culpa suya, el pobre no entendía nada. Siempre había sido un niño sobreprotegido y mimado, aislado del mundo. Si a Dillahan le llegara algún rumor sobre el encaprichamiento de su joven esposa, ¿quién podría culparlo de cómo reaccionara?

—Si Dillahan la echa, vendrá aquí —aseguró la señorita Connulty con repentina y firme determinación—. Ellie Dillahan vivirá en esta casa, y con la cabeza bien alta.

19

Una de las puertas que daban al patio se había soltado del gozne superior. Dillahan la alzó, la colocó sobre un par de troncos y la sujetó con un puntal.

Los tornillos salieron sin dificultad. Señaló con un punzón dónde debía fijar el gozne y agujereó la madera de la jamba lo bastante para que los tornillos se sostuvieran antes de clavarlos.

—En noviembre volveremos a poner creosota. ¿Pusimos el año pasado? Creo que no. —Hizo girar la puerta sobre sus goznes—. Y ahora, ¿cómo va?

Pero Ellie, que un momento antes estaba en el patio, había vuelto a la casa. Se detuvo junto a la ventana de la cocina y observó cómo su marido colocaba en la leñera los troncos que acababa de usar, y a continuación recogía sus herramientas. Ojalá se diese prisa y se marchara de una vez. La impaciencia la mantenía pegada al cristal, tan cerca de la pared que no se la veía desde el patio. Dillahan le había asegurado que era cosa de un minuto, pero había estado una hora, con los bocadillos preparados y el termo lleno en el tractor. Iba a pasarse todo el día en los campos, pues había que desbrozarlos y labrarlos.

Volvió a entrar en la cocina, aunque no tenía ninguna necesidad de hacerlo.

—Ya está todo en el tractor —soltó Ellie, y se percató de que nunca le había hablado con semejante brusquedad, pero él no pareció darse cuenta.

Aún se entretuvo diez minutos más, rebuscando en vano en uno de los cajones del aparador. Repitió que tenía que desbrozar y labrar

los campos.

Desde la ventana, ella miró cómo sacaba el arado del cobertizo y lo enganchaba a la parte trasera del tractor. Cuando se hubo marchado, llevándose a los perros, la impaciencia de Ellie persistía. Era una sensación extraña y no le gustaba nada.

Florian no le había contado que había puesto Shelhanagh en venta y que ya estaba vendida; o que tan pronto como la casa cambiara de dueño él abandonaría Irlanda. Una y otra vez, caminando entre las tumbas de los monjes o por el paseo de Lisquin, o cuando se sentaban en el salón de té o en Enagh, decidía que, antes de separarse aquel día, se lo diría. Y sin embargo, una y otra vez guardaba silencio. ¿Tal vez por temor a causarle dolor? ¿O es que temía poner fin a una relación que había empezado de un modo muy distinto y que ahora le gustaba? ¿O quizá era simplemente que se dejaba arrastrar por su afición por lo secreto, como le ocurría con frecuencia en el pasado? No lo sabía. Cuando lo aplazaba, le parecía bien, aunque se daba cuenta de que lo que postergaba no dependía de él, que sucedería de todas formas y acabaría tomándole la delantera.

Esa mañana, mientras esperaba en las colinas de Gortalassa, junto al granero rojo donde habían convenido encontrarse, de pronto fue más consciente de todo, y el retraso de Ellie le hizo pensar en la importancia del tiempo: le quedaba menos de lo que había imaginado.

Después la vio a lo lejos. Y pensó en lo bien que la conocía ahora. Sus ojos azul grisáceo, la suavidad de sus labios, su voz, su sonrisa, su timidez. ¿Qué vestido llevaría hoy? Se había acostumbrado a preguntárselo a sí mismo antes de su encuentro. ¿Se habría puesto el azul, el verde, o el estampado de madreselvas? Qué bien conocía la pulsera que su marido le había regalado con motivo de la boda; el broche de Woolworth de las monjas; el bolso

gastado. Qué bien conocía su inocencia y dulzura, que lo habían conmovido desde el principio y continuaban emocionándolo.

Empujaron las bicicletas por la senda que se iniciaba junto al granero. Esa mañana ascenderían más que la vez anterior; querían llegar a los circos glaciares.

Dejaron las bicicletas al final del sendero y subieron hacia el círculo de menhires. Mientras descansaban, él se lo dijo.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué te vas?

—Cuando venda la casa, no tendré ningún sitio donde vivir en Irlanda.

—No sabía que tu casa estuviera en venta.

—Tengo muchas deudas. —Hizo una pausa—. Si te lo hubiera contado antes, nos habría estropeado el verano —añadió.

Ellie apartó la mirada y Florian pensó que temía preguntar de cuánto tiempo disponían.

—El resto del verano —declaró, como si ella hubiese formulado la pregunta—. Habrá una fecha, pero falta mucho. Quizá en octubre.

—¿Te marcharás entonces?

—Sí.

Florian vio la estela nívea que dejaba un avión a reacción mientras surcaba el pálido cielo y se quedó observando desvanecerse los últimos jirones de blanco.

—¿Y te irás para siempre?

—Sí, para siempre.

—¿Como los Saint John?

—Sí, supongo que sí.

Las alondras revoloteaban de un menhir a otro. Un ave rapaz planeaba sobre una res muerta. Más arriba en la montaña, una oveja solitaria se movía lentamente.

—No estés triste, Ellie.

La joven meneó la cabeza. No dijo nada.

—Tenía que decírtelo.

—Ya lo sé.

Ascendieron entre helechos y atravesaron la ciénaga, que estaba seca. Bordearon una pendiente escarpada porque era el camino más corto. Unas campanadas lejanas anunciaron débilmente la hora del ángelus en el silencio.

Florian se iría: ese sería su primer pensamiento al despertar, que iba a marcharse, igual que ahora solamente pensaba en que él estaba allí. Abriría los ojos y vería las paredes pintadas de rosa que veía cada día, la imagen sagrada sobre la chimenea vacía, el vestido en la silla junto a la ventana. Se habría ido, como se fueron los muertos, y ese pensamiento la acompañaría todo el día, en la cocina y el patio, cuando metiera la antracita en el fogón, cuando esterilizara las mantequeras, echara de comer a las gallinas o amontonara la turba. Y estaría con ella en los prados, y cuando esperara con los huevos a que le abrieran la puerta de la casa parroquial, y mientras la señorita Connulty contara las monedas y el hombre con el audífono fuera a buscar paneles de aislamiento o cojinetes. Estaría allí cuando se tendiera junto al hombre con quien se había casado, y mientras le preparara la comida y le cortara el pan, y cuando escucharan la música de los viejos tiempos.

—¿Quieres irte? —preguntó.

—Mi vida en Irlanda se ha acabado.

—Ojalá no te marcharas.

Al fin llegaron a los circos glaciares. El verano que habían vivido, y que aún estaban viviendo, nadie se lo quitaría, aseguró Florian; los sombríos bosques de Lyre, el laberinto de Olery, la lavanda, las mariposas. Lo que Cloonhill había sido para él y Shelhanagh para ella. "Todo eso", concluyó. El recuerdo no los abandonaría.

Sabía que no era un gran consuelo, pero no se le ocurrió nada mejor. La desesperación no desaparecía así como así, y aun sin querer recordó su propia desesperación cuando al fin se había

atrevido a decir aquello que había callado mucho tiempo. Estaban leyendo en el jardín, y después habían continuado leyendo como si tal cosa. Isabella había guardado silencio.

Por encima de los tres pequeños lagos, apenas mayores que charcas, se alzaba una pared rocosa. Al no recibir los rayos solares, el agua estaba oscura e inmóvil como hielo. No había pájaros, ningún otro signo de vida ni sonido. Florian pensó que era un lugar al que podría haber ido cuando había empezado a practicar la fotografía. Pero su memoria lo conservaría mejor.

Al despedirse, se notaron las mejillas frías. ¿Adónde iría?, preguntó Ellie.

—A Escandinavia, quizá.

De camino a Shelhanagh, Florian se detuvo en el pub Dano Mahoney. Al entrar, dos clientes apostados en la barra alzaron la vista, interrumpiendo una conversación sobre galgos. El dueño, el ex pugilista, lo saludó con una inclinación de cabeza. Florian llevó su copa a la mesa del rincón, la misma que había ocupado el día del funeral de la señora Connulty.

La primera vez, lo llevó allí su padre, que parecía conocer al propietario, un hombre más simpático que el actual. Ocurrió unos días después de la muerte de su madre, cuando su padre repetía insistentemente que necesitaba una copa. Y también se ponía a recordar el pasado: Italia, el amor, la casa que encontraron tras fugarse a Irlanda, la herencia recibida de Génova y cómo le había parecido que le pagaban para mantenerlo lejos y no avergonzar a los Verdecchia. "En cambio, a mí siempre me gustaron los Verdecchia —le había confiado—. Quizá porque era su familia".

Católica de nacimiento, la madre de Florian había abandonado su fe y había sido enterrada en un pequeño cementerio protestante de Castledrummond, para que, cuando llegara el momento, el matrimonio no estuviera separado. "Nos gustaba organizar las cosas —le había dicho su padre en el pub—. Disfrutábamos de ello".

Isabella no había asistido al funeral de ninguno de los dos, aunque Florian había creído que lo haría.

Su padre solía decir que, de los dos, él era el pintor menos dotado, pero ahora Florian era incapaz de distinguir qué acuarelas había pintado cada uno. A veces, tampoco podría distinguir a sus padres como individuos, porque con los años se habían vuelto muy parecidos, aunque ellos mismos insistieran en que al principio eran muy diferentes y discutían mucho.

—Pide casi cuatrocientas libras por el animal —oyó decir a uno de los parroquianos en la barra, y luego se hizo el silencio.

Entró otro hombre. Preguntó si podía usar el teléfono, porque un buey se había caído en un barranco.

Florian apuró el vino y el cigarrillo.

Mientras se alejaba en la bicicleta, pensó que tendría que ocuparse de la tumba antes de marcharse, y en quién iría al cementerio cuando él ya no estuviera.

Como tenía hambre, se desvió en Greenane para comprar pan y carne de cerdo y de paso concretar con la señora Carley la entrega de la llave de la casa el día fijado. Más tarde, cuando pedaleaba hacia Shelhanagh, advirtió que con esas reflexiones nostálgicas en el pub había intentado no darle vueltas a una dura jornada. La verdad era que había procurado prolongar una amistad que el verano casi había convertido en idilio. Pero lo que no había previsto era la profunda desilusión que acarrearía su inevitable final. Había permitido que una cosa sencilla se complicara. Había amado el hecho de ser amado, y aprendido demasiado tarde que la ternura a cambio de amor no basta. "Querido Flor, ¡estás hecho un verdadero lío!": la frase favorita de su prima para referirse a él, a menudo repetida con afecto en italiano o inglés. Entonces le gustaba; ahora no.

Esa noche, Ellie lloró en sueños. Intentó despertar, temiendo que se oyeran sus sollozos. Ella los oía, pero cuando consiguió abrir los

ojos, comprobó que su marido dormía plácidamente. Notó la almohada húmeda y le dio la vuelta. Por la mañana, las lágrimas habían desaparecido como si hubieran sido fruto de su imaginación, aunque sabía que no era así.

20

Días después de haber revelado que se marchaba de Irlanda, Florian encontró, debajo de un montón de cestas de pesca, en lo que había sido una despensa, una libreta encuadernada en piel que años atrás había escondido allí. Estaba apilando las cestas mohosas para tirarlas a la hoguera del jardín, cuando vio las letras hermosamente estampadas: *El cuaderno de campo del cazador*. Tras esconderlo, había sido incapaz de recordar dónde y, aunque había removido cielo y tierra, al final había renunciado a dar con él.

Hojeó aquellas páginas conocidas; al pie de todas había un recuadro con una nota impresa, a veces con una ilustración, relativa a la naturaleza y el hábitat de varios tipos de fauna, a su preservación y su destrucción. La única letra manuscrita, en borrosas líneas grises, era la suya.

Echó las cestas al fuego y, mientras observaba cómo la paja llameaba, recordó que le dio vergüenza confesarle a Isabella, cuando esta regreso a Shelhanagh el verano posterior, que se le había olvidado dónde estaba el cuaderno, así que le dijo que lo había tirado. Por su parte, su prima algo tenía que ver con esa desaparición. Al final de sus visitas de julio, siempre reinaba un gran caos. En aquella ocasión, con el equipaje ya en el vestíbulo, la niña había dejado olvidado el cuaderno sobre su cama y, al darse cuenta, le había ordenado encarecidamente a Florian que lo escondiera. Era importante, o al menos entonces lo parecía, pues gran parte de lo que Florian y ella hacían era secreto.

En la cocina, quitó el polvo de las páginas y pasó un paño húmedo por la cubierta de cuero. La caligrafía de Florian no había

cambiado con el tiempo: era recta y firme, y la tinta negra y clara. Calculó que habrían pasado siete años, y estaba a punto de empezar a leer un texto acerca de la alimentación de las carpas, cuando oyó el timbre de la entrada seguido de un fuerte golpeteo.

—Eh, ¡aquí estamos!

Un hombre alto sonrió y se inclinó cuando Florian abrió la puerta. Lo acompañaba una mujer con un llamativo vestido.

—Sí. ¡Aquí estamos! —repitió ella—. Pero ¡el pobre señor Kilderry no tiene ni idea de quiénes somos, Adam!

No se presentaron, pero Florian recordaba haber visto su camioneta negra semanas atrás.

—Creo que vinieron a ver la casa.

—Oh, mucho más que eso —lo corrigió el hombre—. La compramos.

Le tendió la mano. La mujer, que Florian supuso que era su esposa, le pasó una bolsa de una vinatería y dijo que contenía algo refrescante.

—Nos preguntábamos si podríamos fisgonear un poco —murmuró con voz cantarina.

—Por supuesto. Siento no haberlos reconocido. Pero es que ha venido tanta gente…

Imaginó que el regalo era una botella de champán y, aunque no le gustaba, les dio las gracias.

—¡Qué día más feliz! —exclamó ella, sonriéndole a Florian con aire travieso—. ¡Perdónenos por ser tan pesados!

—¡Y qué espléndidas vistas! —terció el hombre, refiriéndose a las acuarelas sin enmarcar de la sala, mientras desdoblaba una hoja mecanografiada—. ¡Inolvidables!

—Pero ¡qué día más feliz! —repitió su mujer con entusiasmo, y Florian se preguntó si estaría borracha.

Los dejó solos para que echaran un vistazo a sus anchas y tomaran medidas. No volvió a abrir el cuaderno, sino que continuó lanzando al fuego todo lo que pudiera arder, y el resto, al contenedor. Halló los anteojos de su padre, que también se habían

perdido, y un paraguas olvidado por alguien. Encontró la llave para dar cuerda al reloj de pared del vestíbulo que no había funcionado durante años, y las cuentas de un collar en una caja de cerillas.

La tarde que había ocultado el cuaderno debajo de las cestas de pesca, había bajado por la escalera trasera con él en la mano sin que le diera tiempo a llevarlo a su habitación, pues si no se apresuraban todos, Isabella perdería el tren. La puerta del cuartucho que entonces era una despensa estaba abierta. Ahora lo revivió todo con claridad, como si nunca lo hubiera olvidado.

Se había apropiado de ese cuaderno cuando se cayó de una pila de ejemplares del *National Geographic* que había en el garaje. La vida de los animales salvajes no le interesaba en especial, pero las páginas ligeramente pautadas lo atrajeron tanto como la tapa de cuero, y con el tiempo les halló utilidad. Isabella, que a menudo curioseaba entre las pertenencias de su primo, se quedó sorprendida al leer lo que había escrito. *¡Bizarro*!, había exclamado.

De camino a la cocina, las mujeres pasaron junto a la señorita Dunlop y esbozaron una sonrisa de satisfacción. El teniente coronel se acercó a la señorita Dunlop y le susurró al oído palabras de amor. Ella se ruborizó, pues el teniente coronel había expresado sus groseros deseos respecto a la señorita Meade. Lo había imaginado hablándole al oído a la señorita Meade, y mordisqueándole el lóbulo a aquella campesina mientras notaba su áspero pelo en la mejilla.

—Todo eso está muy bien —protestó la señorita Dunlop, sintiendo al fin que algo no funcionaba. Encontró un cigarrillo en el bolsillo y lo encendió.

—¡Es usted el mundo para mí! —murmuró el teniente coronel acercándosele.

Nadie aparte de Isabella supo nunca que su primo escribía en aquel cuaderno, ni siquiera que existiera. Florian no consideraba aquellos fragmentos mucho más que fruto del aburrimiento. No había acabado nada, eran retazos de personas, retazos de

ocurrencias; observó ahora que en algunas partes la caligrafía era vacilante, así como que sus creaciones adolescentes caían en la afectación. A madame Rochas, una vieja maestra, "la perseguían pasos incesantes en la noche". Yu Zhang estaba tan entusiasmado con el Circo de los horrores que no podía pasar por delante del cine donde la proyectaban sin entrar a verla una y otra vez. Las visitas que recibía los domingos Anna Andreiev hablaban de San Petersburgo y del poeta Lermontov. Emmanuel Quin no era más que un nombre, así como Johnny Adelaide, y Vidler. El reverendo Unmack robaba en las tiendas sin percatarse de que lo hacía.

—¡Señor Kilderry!

Florian fue al piso de arriba.

—La caldera —dijo el hombre alto.

—¿La caldera?

—Parece que gotea un poco.

—Bueno, sí, un poco.

—Nos preguntábamos si sería un escape.

—Me temo que sí. Lo siento.

—¡Vaya por Dios!

Florian sonrió, asintió con la cabeza y se marchó.

—¿Qué iba a decir? —oyó que preguntaba la mujer mientras él bajaba la escalera.

—No puede importarle menos —replicó el hombre.

Estuvieron toda la tarde, pero no hicieron ninguna pregunta más sobre los desperfectos que encontraron. Al final, lo llamaron para decirle que habían acabado y al despedirse le dieron efusivamente las gracias. Cuando hubieron partido en su gran camioneta negra, Florian cogió el cuaderno. Había olvidado haber escrito gran parte de lo que leyó.

En la yerma explanada de Madole, al principio, Willie John y Nason no repararon en el niño. Más tarde, Willie John lo vio.

—¿Qué quiere este niño? —preguntó.

—Solo mirar —respondió Nason.

El Sky Wasp resopló y retrocedió hacia ellos; el motor se paró, porque se le había terminado el combustible.

—Podríamos cobrarle por mirar. —Willie John se echó a reír con la boca muy abierta y, al arrugar la cara, se le juntaron las pecas alrededor de los ojos. Era pelirrojo y desgarbado.

Nason era delgado y menudo, con un flequillo ralo y negro, y siempre iba muy aseado. Era el menor de los dos por unos pocos meses.

—Te diré lo que pasa —observó Nason—. El niño está en la cantera de grava, y se ha escapado de los nómadas. En la cantera hay escondites subterráneos. Ese niño busca comida en la tierra, con los conejos.

A Florian no le hacía ninguna gracia que Isabella hubiera leído sus anotaciones. Pero lo había hecho, y ahora quería saber quién era aquella gente y de dónde salía, y por qué a menudo las frases y las palabras se interrumpían a mitad de la página.

En la estación de Euston, Michael decidió que lo mejor era preguntar directamente y escuchar la respuesta, cualquier cosa menos el absurdo de hacer un viaje a todas luces innecesario.

—¿Clione? —preguntó, cuando el tono de llamada cesó y oyó la voz de su hermana.

—¿Vendrás, Michael? Él no para de preguntarlo.

Pero ¿de qué serviría? De verdad, ¿para qué? El largo trayecto nocturno, la llegada a primera hora de la mañana a aquella estación inhóspita con el pijama y la maquinilla de afeitar en una bolsa, porque no tenía maleta. Y después el camino de acceso. Lo que más odiaba era tener que recorrer el camino que llevaba a la casa.

—Está muriéndose —le dijo su hermana.

Pero en la estación de Euston, la gente hacía cola para usar el teléfono, y Michael colgó.

Isabella insistía en que Florian desechaba demasiadas cosas con excesiva facilidad, a menudo a la ligera. Cuando discutían esa

cuestión, se mostraba fría y serena. En cambio, él estaba impaciente y en desventaja, porque en el fondo lo halagaba la preocupación de su prima. Isabella citaba luego admirada lo que él había escrito. Acerca de ciudades que nunca había visitado, de desgracias que jamás había sufrido. Sobre el rechazo y la desesperación. Acerca de Olivia, que en Londres buscaba al hombre a quien amaba, el cual la rehuía.

Quizá hubiera ido a España. Ya había estado en España otras veces sin avisar a nadie. Uno de sus conocidos tenía una casa allí, o la alquilaba; no estaba segura. Por otro lado, de vez en cuando él dejaba Londres para visitar a gente que vivía en diferentes partes del país.

—Por aquí no ha venido —le dijo el camarero del George.

Olivia preguntó a otros parroquianos y le respondieron que no lo habían visto. Los tranquilizó; no, no pasaba nada. Debía de estar en España, y tarde o temprano regresaría. No lo encontró en el Coach and Four. Tampoco en el Queen and Knave.

Una chica le sugirió el club Zinzara y fueron allí con una mujer larguirucha que conocía la chica y con un hombre con pajarita. Derek estaba en la puerta esa noche, iba peinado diferente, y cuando Olivia le preguntó a la mujer de detrás de la barra, esta negó con la cabeza, y Olivia fue al Grape y lo encontró, en el mismo lugar donde lo había visto la primera vez. Y, como en aquella ocasión, estaba con gente a la que ella no conocía. Vio que él la había visto, pero no se movía y entonces las personas con quienes estaba se quedaron mirándola y nadie dijo nada.

Isabella insistía en que Florian podría haber hecho algo con aquello, desde el momento en que ya había hecho un poco, ¿no?

—Oh, por favor, ¿por qué no? —le suplicaba insistente y decidida —. ¡Por favor!

Pero Florian se sabía incapaz.

Mientras *Jessie* olisqueaba entre los juncos, Florian fumaba y contemplaba anochecer. Le habría gustado que Isabella se enterase de que no había tirado el cuaderno del cazador, que este había resucitado. Le habría gustado que estuviera allí, como tantas veces en el pasado, a la orilla del lago, mientras oscurecía, y que fingieran tener más secretos de lo necesario. Se preguntó si se habría casado con el señor Canepaci o con otro, y si sería feliz. Él la había exasperado con su incapacidad para explicarle quién era Olivia, la señorita Dunlop o cualquiera de los otros. "¿Venían a las fiestas?", le preguntaba. ¿Nason y Willie John eran compañeros del colegio? ¿Podían visitar la explanada de Madole?

Esa noche, Florian no intentó dormir. No se acostó. Y en su casa silenciosa, aquello de lo que durante tanto tiempo había estado separado esa noche cobró alas: la blusa de la señorita Dunlop era rosa, un toque de henna le teñía el pelo; los rasgos pálidos y rígidos de Yu Zhang perdían su solemnidad al sonreír; el teniente coronel había estado preso; una herida aún sin cicatrizar era visible en la frente del chico de la cantera de grava; los pasos nocturnos de la vieja maestra eran los de un niño cuyo destino ella no osaba imaginar; la vida no valía la pena, susurraba Olivia.

Leyendo y releyendo los fragmentos abandonados, Florian no dedujo de inmediato que el tiempo, al pasar, había creado una impresión, sino solo que su curiosidad había sido avivada por las sombras y claroscuros que la imaginación le había proporcionado entonces, por lo no dicho y por lo que seguía sin conocerse. No añadió nada a lo escrito, se limitó a murmurar de vez en cuando una línea o una palabra que podía dar énfasis o aclarar un pasaje.

Pero con las primeras luces, de pie a la orilla del lago, mientras escudriñaba el cielo en busca del pájaro que ya nunca aparecía, se sintió feliz, como si le hubiera sucedido algo que no entendía del todo, o no entendía en absoluto. Esa sensación seguía presente cuando regresó a la casa, mientras preparaba café y tostadas y daba

de comer a la perra. Y aún perduraba cuando se fue a dormir. Durmió todo el día, y al despertar seguía allí.

21

Ellie no había vuelto a la caseta del guarda desde antes de la excursión a los circos glaciares de Gortalassa. En esa época del año había mucho trabajo, aparte de que ayudaban a los Corrigan en la cosecha. Ahora ya no le resultaba tan fácil desaparecer.

Desde el día de Gortalassa estaba abatida, aunque se consoló un poco cuando, detrás de la piedra suelta del muro en ruinas, encontró una nota con instrucciones de cómo llegar a la casa de Shelhanagh. "Ven el día que puedas, a cualquier hora", rezaba el mensaje. Hasta entonces, nunca había visto su letra; en el reverso había un plano. La simplicidad con que sucedió todo —el mensaje escrito, las instrucciones, el plano dibujado, el deseo de que ella fuera a la casa sobre la que tanto le había hablado—, más que darle una esperanza, le restituyó algo que le había sido arrebatado en las laderas de Gortalassa. Hasta entonces Florian nunca le había propuesto que lo visitara, así que se preguntó si por alguna razón todo habría cambiado de repente. Quizá la venta de la casa se hubiera ido al traste. Tal vez los compradores habían cometido un error o el dinero no les alcanzaba. Pasarían meses, quizá un año, y la casa sin vender retendría a Florian en Irlanda. Había pensado que nunca más tendría noticias de él, pero las había tenido, y quería que fuera a visitarlo.

"Iré el jueves. Por la tarde es mejor".

Dejó su nota donde había encontrado la de él.

Para pedir el préstamo con que pensaba comprar el prado de Gahagan, Dillahan hizo una de sus raras visitas en día laborable a

Rathmoye. Expuso los hechos en el pequeño despacho del señor Hassett, y este le aseguró que no creía que el banco fuera a quebrar por dos mil libras. Por un instante, exhibió bajo su bigotito la sonrisa que dedicaba a todos los prestatarios cuando se avenía a conceder un préstamo. Dillahan inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Sería una pena dejarlo escapar.

—Siempre es una pena dejar escapar una buena tierra, señor Dillahan.

—El problema es que Gahagan un día habla de ofertas y otro de desbrozar y drenar el terreno.

—La tiene muy abandonada, ¿verdad?

—Bueno, sí.

—Cuanto más envejecemos, más nos cuesta separarnos de lo que poseemos. Y es cuando más razones tendríamos para desprendernos de ello. Aunque vender no es fácil para nadie, se tenga la edad que se tenga.

—Aun así, Gahagan sigue siendo propietario de bastante tierra.

Dillahan se puso en pie. El señor Hassett vio que miraba la copa de golf que había sobre la mesa.

—Un golpe de suerte —comentó—, el Premio de los Banqueros de Rathmoye.

Abrió la puerta del despacho. Ambos se estrecharon la mano, Dillahan cruzó las oficinas y salió a la soleada plaza. Miró en derredor para ver si Ellie había vuelto de la compra. Una de las puertas traseras del Vauxhall estaba abierta, y aún había un cesto y dos bolsas en el suelo al lado de su mujer. El viejo protestante loco estaba hablándole.

—Se marcharon por ese motivo —decía Orpen Wren—. Los Saint John no ejercían ningún control sobre sus hijos varones.

Ellie asintió con la cabeza. Repasó su lista una vez más para asegurarse de que lo había comprado todo.

—El último administrador que tuvieron en Lisquin fue el señor Boyle, y la señora nos mandó llamar a él y a mí a su salita. "Cierre la puerta", ordenó, y obedecí; el señor Boyle no dijo nada. "Los hombres vienen a esta casa buscando a sus mujeres", dijo la señora. Esposas o hijas, no importaba. "No es solo un asunto de jóvenes disolutos. Oh, es peor. Mucho peor", añadió.

El señor se había metido en la cama a causa de la vergüenza, y entonces la señora lo dijo: que Elador se había largado con una mujer. "Lo único que sé hacer es llevar la casa", dijo ella. "No soy capaz de elaborar estratagemas". Sus dos hijas pequeñas contaban pocos años y Jack tendría catorce. La señora se preguntó en qué otra cosa podía ser útil, aparte de aquello, y el señor Boyle dijo que registraría Irlanda palmo a palmo. Se llevaría con él un mozo de cuadra y entraría en todos los hoteles y albergues. Daría con ellos aunque tardara medio año. Le prometió a la señora que no perdonaría a Elador. Le hablaría claro y lo obligaría a devolver a la mujer. El señor Boyle le dijo a la señora: "Quizá tenga que sacudirlo un poco". Y añadió que necesitaba su permiso para ponerle las manos encima al muchacho, y el permiso del señor, porque de lo contrario tendría miedo de la justicia. Ella repitió que su marido guardaba cama. Estaba fuera de sí, no recordaba que ya nos lo había dicho. "El señor Wren lo pondrá por escrito", dijo Boyle. "El señor Wren escribirá que Elador volvió escarmentado a Lisquin. El señor Wren le pondrá la fecha. Y escribirá que se había dado el permiso".

Ellie intento adivinar por los andares de su marido si le habían concedido el préstamo, pero no consiguió saberlo. Una mujer que se cubría con un chal extendió una mano; él rebuscó en un bolsillo y le dejó caer una moneda.

—El señor Boyle dijo que la señora tenía el corazón roto por Lisquin. Tenía el corazón roto porque la familia había sido deshonrada por culpa de un hijo. "Es el destino de los Saint John", dijo la señora con el rostro anegado en lágrimas. Hacía mucho tiempo que era el destino de la familia, aseguró, una generación tras

otra. "Déjeme ir, señora", le suplicó el señor Boyle. "El mozo de cuadra y yo pondremos fin a esta canallada". Si después se contaba la historia, añadió el señor Boyle, si los niños de los Saint John oían, ya de pequeños, que Elador Saint John había recibido una paliza en Letterkenny o Arklow o en la carretera del condado de Clare, que los habían acorralado, a él y a su amante, como se acosa a fieras salvajes con perros, si se les refería la historia a los niños, nunca volvería a ocurrir nada parecido. Al final, el mozo de cuadra y él los encontraron en Portumna, cerca del río, en un albergue frecuentado por temporeros, o por peones camineros. Devolvieron la mujer a su marido y enviaron a Elador Saint John al extranjero. Pero una noche, años más tarde, un granjero compareció en Lisquin con un arma, que le arrebataron de las manos para evitar que disparara contra Jack. Al día siguiente, todo el mundo en la casa sabía que los Saint John se marcharían.

Su mirada se había endurecido. Apoyaba una mano en la portezuela abierta del coche. Durante su largo monólogo, Ellie había tenido la impresión de que intentaba decir algo distinto y no lo lograba porque no daba con las palabras. El anciano le preguntó si le había entendido.

—Lisquin se acabó hace mucho tiempo, señor Wren —señaló Ellie —. Y también los Saint John.

—"Conocemos el antiguo problema, señor", le dije a George Anthony el primer día que volvió con nosotros. Los problemas habían acabado con la familia, señora, pero eso no se podría decir salvo entre las paredes de Lisquin. Y así sigue siendo, señora.

—Sí.

—Los documentos han vuelto a su sitio. Él fue muy amable al aceptarlos. Un viejo espectro, dirían, si me vieran llevándolos yo mismo. Imagino que no sería bienvenido en la casa. George Anthony se encargó de todo.

—La persona a la que se refiere no es un Saint John, señor Wren.

—Ahí viene su marido, señora. Conozco bien a su marido.

Dillahan esperó a que pasara un coche y luego empezó a cruzar la plaza, pero lo entretuvo Fennerty, el subastador de ganado, que le comunicó que Con Hannington había muerto.

—Ayer por la noche —precisó.

—Ya lo sabía.

Hablaron unos minutos. El pobre Con estaba mal hacía mucho tiempo, comentó Fennerty, y Dillahan asintió una y otra vez, tratando de alejarse poco a poco. No le gustaba ir a Rathmoye, porque todavía notaba la compasión de la gente, pero como además seguía sintiéndose culpable por el accidente, enseguida pensaba que en lugar de compadecerlo también lo culpaban. Los domingos iba a la primera misa, la menos concurrida.

Se despidió de Fennerty y, cuando llegó al Vauxhall, Ellie volvía a estar sola.

—Solucionado —dijo—. ¿Lo tienes todo?

—Sí.

—Entonces vámonos.

Condujo con cuidado entre los coches aparcados en la plaza y después de cruzar Magennis Street tomó por Cashel Street.

—¿Qué quería el viejo?

—Deliraba. No he entendido nada.

—No debe de tener ninguna gracia que se te trastoque la memoria. —Se detuvo en un paso de peatones para dejar cruzar a una mujer que empujaba un cochecito—. Pobre hombre.

—Sí.

Pasaron las dos iglesias y luego dejaron atrás la localidad. Pararon en un semáforo provisional donde la carretera estaba en obras.

—¿Quién es ese? —preguntó Dillahan cuando adelantaron a un ciclista.

Ellie habría querido decir que era Florian Kilderry y que lo amaba. Habría querido decir su nombre, decir que estaba en la carretera

porque se dirigía a la caseta del guarda de Lisquin, donde a menudo se encontraban. Habría querido decir que el joven hallaría una nota de ella, que por eso se encaminaba allí.

—No lo sé —se oyó decir, y volvió a sentir el impulso de hablar de él. Lo había visto dando vueltas otras veces, dijo. Había oído que se llamaba Florian Kilderry. Era de cerca de Castledrummond.

El semáforo se puso verde. Esperaron a que pasara un camión que avanzaba lentamente. Dillahan dijo que tiempo atrás había un capataz de la corporación del gobierno del condado llamado Kilderry, que había perdido dos dedos de la mano derecha. Añadió que su padre una vez había comprado un escarificador en una liquidación de Castledrummond.

—Recuerdo que al volver del colegio lo vi en el patio.

Él nunca había estado en Castledrummond.

—No —asintió ella.

—Hoy había mucha gente, ¿verdad?

—Para ser martes, desde luego.

—He visto los carteles; va a venir un circo.

—Ya llevan un tiempo aquí —informó Ellie.

—Pero no es el circo Duffy, ¿verdad?

—No, no es el Duffy.

—Cuando era pequeño, me llevaban al Duffy.

Se lo había contado cuando ella llegó a la granja: que de niño siempre estaba impaciente por ver los elefantes y que un payaso había convencido a una de sus hermanas para que le diera un beso. Le había hablado de los Piper Entertainments, que iban a Rathmoye con sus tiovivos y autos de choque, y el tiro al blanco, donde había ganado un conejo de porcelana.

—El funeral de Con Hannington es el viernes —añadió.

Giró a la derecha y esperó a que pasara un tractor. Al cruzarse con él, saludó al conductor. Una vez, Con me dejó cincuenta libras —prosiguió—. La cosecha de cebada fue mal y yo estaba sin blanca.

Con Hannington sabía que le devolvería el dinero, hasta el último céntimo. El banco no corría riesgo alguno con el préstamo, y

también debían de saberlo.

—Iré al funeral —anunció Dillahan.

Ellie no había dejado muchas notas, siempre se las arreglaba para ir, lo prefería. Florian estaría ya allí y quizá esperaría un momento, luego retiraría la piedra del muro. Al cruzarse con el Vauxhall no había advertido de quién era. No conocía el coche.

Pasaron la verja de Gahagan, contigua a la vieja lechería, que se caía a pedazos, y se desviaron hacia el camino que subía a las colinas y que en invierno, cuando las aguas se desbordaban, se volvía difícil.

Tuvieron que dar marcha atrás para dejar paso a la furgoneta de correos, y el joven y nuevo cartero bajó la ventanilla y les tendió la factura del fertilizante que se había entregado semanas atrás.

—Es un buen chico —le dijo su marido.

Los perros oyeron acercarse el coche y empezaron a ladrar cuando todavía estaba lejos. Menos mal que ella había mirado debajo de la piedra, pensó Ellie, y menos mal que Florian había ido a mirar ese día. Su bicicleta se llamaba Golden Eagle, y en el manillar tenía un águila sobre una roca. En su vida había visto una bicicleta con ese nombre.

—Hay que recoger las patatas que quedan antes de que empiece a llover —dijo su marido—. Solo doce filas, más o menos.

—Te ayudaré.

—Ni hablar. Ya tienes bastante trabajo.

—No me importa.

—No, gracias. —Protestó en voz baja, negando con la cabeza, como siempre que ella se ofrecía a hacer algo que él consideraba que no debía hacer.

El coche entró en el patio. Los perros se acercaron a saludarlos.

22

Shelhanagh no era como ella se había imaginado. La puerta blanca de la entrada estaba teñida de un verde desvaído, y la pintura se veía descascarillada en algunas partes. Sobre la gravilla había un contenedor de hierro abarrotado de objetos, maletas destrozadas y roídas por los ratones, latas de pintura oxidadas, una tabla de planchar, una báscula, una máquina de escribir, estufas eléctricas, un guardabarros, una plancha para pantalones. En el vestíbulo no había alfombras sobre el suelo de piedra, ni en el comedor muebles ni el salón era tal.

—Debería haberte avisado —le dijo Florian.

A través de habitaciones vacías, la condujo al piso de arriba, hacia lo que llamaba los desvanes, a una angosta escalera que después se convertía en una escala de mano que llevaba a las buhardillas y el tejado. Se detuvieron en el cálido emplomado entre dos pendientes de pizarra y contemplaron el jardín a sus pies y, más allá, el lago del que le había hablado a Ellie, los campos y las montañas lejanas. Un tractor se desplazaba lentamente por un campo, pero estaba a tanta distancia que no lo oían.

—Siempre me ha gustado subir aquí —comentó Florian, y señaló varios puntos: Greenane Crossroads, un puente un poco más allá, en la carretera de Castledrummond, y las granjas y casas—. Antes venía aquí a leer. Me pasaba horas, ¿sabes?, en verano.

—Es precioso. Todo.

Cuando bajaron, un perro los siguió.

—Se llama *Jessie* —dijo él, y al entrar en la cocina recogió un libro de la mesa.

Le explicó que lo había perdido mucho tiempo atrás, pero apenas hacía dos días se lo había encontrado. Odiaba perder cosas, añadió.

—¿La casa sigue vendida? —preguntó ella cuando llegaron a un patio empedrado y se agachó para acariciarle la cabeza al perro.

—La pobre *Jessie* está haciéndose viejecita. Sí, Shelhanagh está vendida.

Ellie se había prometido que, si la venta se iba al traste, se confesaría. Había prometido expiación y obediencia: que durante todos los días, todas las horas de su existencia, respetaría la obediencia.

—El diecisiete del próximo mes —señaló.

Faltaban siglos, había dicho Florian con anterioridad, pues había que hacer un montón de trámites. Quizá en octubre, y Ellie se había imaginado los árboles ya sin hojas, la niebla de noviembre acercándose mientras él seguía allí. Pero para el 17 de septiembre quedaban menos de tres semanas.

—La misma tarde que encontré este libro vinieron los compradores. Una pareja muy nerviosa —recordó Florian.

—Pensé que quizá algo se torcería.

—No, todo fue muy bien.

Para entrar en el garaje del patio tuvieron que levantar las desvencijadas puertas, que antes se abrían casi sin esfuerzo. Había llovido mucho desde la última vez que aquel coche había circulado por la carretera, dijo Florian. Era un Morris Cowley con asiento plegable en la parte trasera, que él le enseñó.

En el jardín, señaló la hierba alta que resplandecía al sol y se mecía un poco porque se había levantado brisa.

—Ahí estaba la pista de tenis.

Le contó que, durante un tiempo, había tenido un tutor que jugaba al tenis con zapatos normales. Su padre lo consideraba un disparate. A pesar de que cojeaba, su padre siempre ganaba al tenis.

Todos los veranos, un hombre que cazaba conejos se llevaba sus piezas cobradas, pero después aparecían otros. Detrás del

rododendro había un escondite secreto del que a veces salía un conejo, como si también fuera un lugar secreto para ellos.

—Allí tenía amigos imaginarios, y una vez me figuré que el hombre de los conejos le había disparado a uno por equivocación. Celebré un funeral, con guirnaldas de rododendro y todo.

Las volutas de humo flotaban de aquí para allá. En cajas de cartón, junto a un montón de cenizas todavía calientes, había fajos de papeles unidos con gomas, matrices de talonarios, cartas sin abrir y recibos en pinchapapeles. Ellie contempló cómo se avivaba una llama y recordó la carta que le había escrito a la hermana Ambrose y que acabó en el fogón. Hacía tres o cuatro semanas de eso, aunque parecían meses. Tres semanas no eran nada.

Florian tiró más papeles al fuego, y luego hasta las cajas. Señaló el tejado de la casa, una parte distinta de la que habían visitado: durante una fiesta de las de antaño, los invitados se habían encaramado y uno se había puesto a cantar: era un cantante de ópera.

—¿Es seguro? —preguntó ella—. ¿El diecisiete de septiembre?

—Sí, seguro.

Habían florecido los guisantes de olor silvestres, blancas y desvaídas sombras de malva y rosa. De camino al lago pasaron junto a unos manzanos en los que despuntaban los frutos. En la orilla, las ratas de agua se zambulleron cuando la perra fue a olisquear entre los juncos.

—Un jueves —dijo ella—. El diecisiete de septiembre.

Su voz sonaba apagada. A su pesar, Florian deseó que no hubiera ido. Estar allí era peor para ella: él lo notaba, en cambio Ellie no, porque no quería. Él no sabía que ocurriría cuando le propuso que fuera a verlo.

—No tenía más remedio —afirmó—. Tenía que venderla. No creía que todo iría tan rápido.

Casi todo lo que decía le sonaba mal y por un momento sintió que pertenecía a un mundo de predadores que él mismo había creado, y que representaba una variante de la crueldad de estos. Había cogido lo que había para coger, y exorcizado, una vez más, el fantasma que lo atormentaba. De ese modo, a pesar de la ternura, del afecto que sentía por aquella chica a la que apenas conocía, había convertido la vida de ella en un infierno.

Ellie vio que buscaba un cigarrillo y al final encontraba uno suelto en un bolsillo. Observó cómo lo enderezaba y remetía las briznas de tabaco. A continuación, regresaron por el mismo camino entre los manzanos. En el jardín, Florian le lanzó una pelota a la perra. En la cocina le enseñó a Ellie una postal descolorida apoyada contra el alféizar de la ventana: una mujer con un vestido anticuado sostenía una pluma en una mano y lo que parecía un platillo en la otra. Un monje rezaba.

—Es santa Lucía —dijo.

Del cuello de la santa sobresalía la empuñadura de una daga y parte de su filo. No se veía sangre. Tenía una aureola.

—Te pareces a ella —afirmó Florian.

Ellie asintió con la cabeza. No sabía que existiese una santa Lucía, y el hecho de que existiera nada cambiaba. "Ven conmigo", lo hizo decir en su fantasía. "Ven conmigo", y entonces él le hablaba de Escandinavia, igual que ahora le contaba cosas de su infancia. Y ella se escabullía de la granja, tras cerrar sigilosamente la puerta de la cocina, dejando la mesa sin poner y el fogón apagado. La gente se enteraría de que se había marchado, los Corrigan, y Gahagan, los tenderos de Rathmoye, la señora Hadden, la señorita Connulty, los sacerdotes, las monjas de Cloonhill. Le daba miedo pensar que la criticarían, pero si lo pensaba muchas veces al final se acostumbraría.

Florian le cogió la postal de la mano y la devolvió al alféizar.

—Lamento no tener ningún dulce para ofrecerte.

Le sirvió el té que había preparado. Se había acordado de comprar mermelada de frambuesa, explicó. Y el pan era del día.

—No quiero nada —respondió ella, pero comió una rodaja de pan, porque la había cortado él, y bebió el té que le había servido. Y después, en el salón, Florian le contó cómo había sido aquella habitación en el pasado, y le describió el mobiliario que ya no estaba allí. Arrancó las chinchetas que sostenían una hilera de ilustraciones en la pared. Cada vez alisaba el papel arrugado y se lo pasaba a Ellie.

—Estas acuarelas son lo único que me queda de mis padres.

Añadió que antaño sabía cómo se llamaba la playa donde estaba merendando la gente del cuadro, pero ya no lo recordaba. La pareja que conversaba en un teatro vacío eran actores famosos en su tiempo. El juego del monte sobre un paraguas se desarrollaba en la esquina de una calle de Dublín; el magnolio pertenecía a un jardín también de Dublín.

—Venía con frecuencia —dijo de una chica con un vestido blanco marfil que estaba tendida junto al lago, sobre una barca vuelta del revés, las largas piernas extendidas lánguidamente, un pañuelo rojo anudado al cuello—. Quédatelas —le ofreció—. Por favor, acéptalas.

Ellie negó con la cabeza. Aceptarlo sería como afirmar que ella se quedaba mientras que él se iba: dar y recibir eran los gestos de la despedida, la confirmación de la separación. Así como una vez no había sabido hacerlo, ahora supo negarse.

Florian no insistió.

Poco después, Ellie volvió a Rathmoye en bicicleta. Aún tenía que comprar la carne en Hearn y algunas cosas en Cash and Carry. Luego fue a ver dónde caía Escandinavia en Hogan, tienda en la que una vez había comprado un cuaderno para llevar las cuentas de la casa. También había libros escolares, y encontró Escandinavia en un atlas. Cuando vio aquella forma con uno de los lados dentado, se acordó del mapa satinado sobre la pizarra de la clase. Cogió otro libro de las estanterías y leyó que los fiordos noruegos penetraban profundamente tierra adentro, y que los bosques y archipiélagos

costeros conferían a Suecia un paisaje natural inquietante. "Dinamarca es la pequeña", solía decir la monja de Geografía, y rememoró la sirena en el arrecife.

Se hablaban lenguas distintas, no había demasiadas ciudades, leyó Ellie. Cultivaban maíz. En Kiruna se extraía mineral de hierro. Los nombres de los lugares eran impronunciables: *Gudbrandsdalen, Henne Strand, Sundsfjord, Kittelfjäll*; pero algunos, como Goteburgo, Malmö, Leksand y Finse, eran más fáciles.

"Los vikingos procedían de Escandinavia". Volvió a ver las palabras en la pizarra, escritas con tiza por la hermana Agnes, la monja de Geografía.

23

Orpen Wren merodeaba por las tiendas. Esperaba en la estación de tren. Se sentaba en la plaza, tratando de recordar a quién tenía que encontrar, a quién debía darle un mensaje. Los jóvenes disolutos; eso sí que le vino a la cabeza; lo había oído en la biblioteca, pero no sabía por qué razón lo recordaba ahora. "No es solo un asunto de jóvenes disolutos". Cuando la señora lo había dicho, le temblaba la voz, como le hubiera ocurrido a cualquier madre, y luego se había echado a llorar. ¿Había fallecido su hijo en Portumna?, le preguntó al señor Boyle, y este respondió que se había escapado, y ella dio gracias a Dios. Durante todo el tiempo, el cochero había permanecido en silencio.

El crepúsculo, y después la oscuridad, cubrieron los recuerdos de Orpen Wren: una niebla cada vez más densa, los sonidos y rostros distorsionados, luego perdidos. La bruma se levantaría en algún momento de la noche, o el día siguiente. O quizá no.

Había devuelto los documentos. La mujer había organizado la entrega del carbón. Encenderían las primeras chimeneas, se oirían los pianos. Y los relinchos de los caballos en el patio, los perros, las voces. "Vámonos", dijo el señor desde la cama.

"Thomas John Kinsella —rezaba la inscripción en el pedestal—. Caído por Irlanda, 1776-1798". Había más, tallado en letra pequeña, pero bastaba con el nombre y las fechas. Orpen alzó la vista y contempló los rasgos jóvenes y huesudos, la camisa desabrochada y los antebrazos desnudos, y sintió pena por el héroe muerto en la flor de la vida. A menudo decía que le daba pena cuando se sentaba en

la plaza, disfrutando de la compañía. Quería mucho a Thomas Kinsella.

Regresó a la estación de tren. Compró una lata de sopa en la tienda de la esquina de Hurley Lane. Observó a los niños que jugaban a la rayuela.

"Thomas John Kinsella", leyó de nuevo cuando volvió a la plaza. Se echó un sueñecito y al despertar se descubrió negando con la cabeza, reprobándose haber olvidado lo que ahora recordaba: a quién debía buscar para darle un recado.

Enseguida se puso en camino, pero tras un rato la distancia le pareció excesiva y pensó que habría sido mejor esperar a un día más oportuno.

24

Dillahan se puso a desmontar el corral que construía todos los años para el esquileo. Como siempre en esa época del año, cuando había tanto que hacer, había pospuesto la tarea más de lo deseable. Pasaban las semanas, y cada mañana se decía que las viejas verjas y la uralita afeaban la vista, así como el cordel rojo chillón con que las ataba y los apelotonamientos de lana por todas partes.

Ellie reunía los trozos de cordel que él iba soltando y deshacía los nudos. Pasó el rastrillo por la hierba para recoger la lana, que después metería en la bolsa de fertilizante del año anterior.

—Me gustaría que la próxima vez lo hiciéramos antes —le dijo su marido mientras cargaba las verjas oxidadas en el remolque.

Las plantas se marchitaban: las ortigas que en días anteriores eran verdes, las dedaleras y el perifollo. Una tierra seca y dura quedaba expuesta allí donde las ovejas habían pastado, la hierba amarilleaba. Pero el aire de septiembre era fresco y limpio, mucho más agradable que el calor de agosto.

Ellie apenas se fijaba en ninguna de esas cosas, pero sabía que eran así por otras temporadas. Intentó pensar en ello, en el primer año que había rastrillado la lana y había estado en ese campo, la primera vez que había recogido los huevos en el manzanar y visto las liebres por la noche. Pero Shelhanagh seguía entrometiéndose en esos pensamientos impuestos: las habitaciones desiertas y desvencijadas, la cancha de tenis, la vieja y silenciosa perra tendida en la hierba, la postal de santa Lucía. Y también la asaltaban ideas acerca de Escandinavia; y se veía allí, en aquellos lugares extraños.

—Aún hace buen tiempo —observó su marido—. No recuerdo haber vivido una sequía como la de este año. Muy bien —la felicitó, con un deje de compasión, pues estaba ocupada en un trabajo harto pesado.

Puso en marcha el tractor y Ellie oyó el traqueteo de la carga en el remolque hasta que se desvaneció. Ató los trozos de cordel y los guardó. Llenó la bolsa de fertilizante con la lana que había reunido en un montón. Pasó toda la mañana en el prado.

El pequeño cementerio estaba envuelto en las sombras de su crepúsculo particular, bajo las ramas de los arces y robles y, entre ellos, los oscuros tejos como centinelas y las viejas lápidas torcidas o caídas. Qué azarosas eran las circunstancias de la vida, se dijo Florian mientras observaba la hierba crecida en el túmulo que señalaba la sepultura de sus padres. ¿Cuántas probabilidades había de que Natalia Verdecchia, nacida en Génova, acabara yaciendo allí por haber amado a un *soldato di ventura*? Los dos nombres estaban grabados en la tosca piedra; el cantero había sido escogido por la finura de su trabajo. Todo había tenido su importancia: que estuvieran juntos, que el buen gusto y la calidad caracterizaran su lugar en un cementerio, así como la devoción que se profesaban y el talento que habían compartido habían determinado su vida. Era difícil creer que yacieran en silencio, juntos y aun así separados.

Florian le pidió unas tijeras de podar a un hombre que trabajaba con una azada en los senderos de grava. Cortó la hierba de la tumba y arranco zarzas. El día antes de morir, su padre se había excusado por algo que podría creerse que también habían compartido: desilusión por haber tenido un solo hijo. Insistió en que nunca habían experimentado ese sentimiento, y Florian fingió creerle.

Devolvió las tijeras y anduvo entre las tumbas antes de volver a la que había limpiado. ¡Cómo se habían querido!, pensó, recorriendo con el dedo los dos nombres grabados. Qué bien habían sabido vivir, qué pocos problemas habían ocasionado a los demás. Esperaba que

le resultara difícil olvidar a Ellie Dillahan, que al menos le quedara eso.

Tenía la bicicleta a la entrada del cementerio. Como la cadena había empezado a aflojarse, la llevó para que se la fijaran, pues cuando se marchara quería llegar a Dublín pedaleando. Si salía por la tarde, viajaría toda la noche. "En Dublín nunca dejes la bicicleta en la calle", solía decir su padre, pero ahora lo haría, para el primero que quisiera llevársela.

Pasó por el despacho de abogados que habían redactado la escritura de compraventa de Shelhanagh, para pedir que, una vez satisfechas las numerosas deudas, el dinero restante le fuera transferido a la filial de Castledrummond del Banco de Irlanda. Había acordado con el banco poder disponer de esos fondos cuando estuviera en el extranjero. Compró un faro para la bicicleta; nunca había tenido uno.

* * *

Ellie eligió algunas prendas, las dobló y las dejó preparadas a un lado del cajón. Compró provisiones a fin de que hubiera algo en la casa: algunas latas, queso, un buen trozo de beicon para que durase. La idea era que hubiera bastante comida por un tiempo, y en cualquier caso siempre venía bien una reserva de latas.

La cremallera de la bolsa de viaje roja que había llevado a Lahinch unos años antes estaba atascada y por mucho que lo intentó no consiguió desbloquearla. La había comprado de segunda mano y entonces no le importó que no funcionara. Pero ahora era distinto, de modo que fue a Corbally en busca de alguna oferta. No compró nada, pues podría volver más tarde para adquirir una de las bolsas que le habían enseñado. Cuando llegara el momento, llevaría más latas, y hortalizas que se conservaran un tiempo. Prepararía huevos y lonchas de beicon a fin de facilitarle las cosas al principio. No ignoraba que con eso se adelantaba a los acontecimientos, que

lo que había empezado como una fantasía adquiría, cada día que pasaba, visos de realidad. Trataba de evitarlo, pero no lo lograba.

25

La camarera del Olery estaba locuaz. Cómo volaba el tiempo, dijo, mientras jugueteaba con el trapo con el que limpiaba las mesas. Trabajaba en el salón de té desde Pascua, y no daba crédito a como habían pasado los meses. Al cabo de un par de semanas, retomaría su trabajo de invierno, en Dublín, de donde venía. The Log Cabin, Phibsborough: en Leitrim Street, donde ya había trabajado un invierno.

—Si alguna vez pasáis por allí, venid a verme —los invitó.

Florian asintió con la cabeza; de vez en cuando, había sonreído mientras la escuchaba hablar. Ellie, con un anorak azul marino que él nunca le había visto, guardaba silencio.

—Enseguida os traigo el té —dijo, y añadió que ella era oriunda de Phibsborough—. En estos pocos meses he llegado a conoceros —comentó, antes de alejarse.

Eran los únicos clientes en el salón de té. Fuera, un hombre con la podadora de setos eléctrica recortaba el laberinto, arrastrando el cable tras sí. Al pasar por delante, se habían fijado en un letrero que avisaba que ese día el laberinto permanecería cerrado. Sentados a la mesa, oían el zumbido de la podadora.

Entraron dos ancianas parloteando. Florian observó cómo tomaban asiento y al punto cambiaban de idea y, entre risitas, escogían otra mesa.

—Pero Ellie… —retomó el tema que la camarera había interrumpido hablándoles de sí misma—. Escúchame…

—Iré contigo. A donde sea.

El sonido de risas sofocadas les llegó de la mesa de las dos mujeres, que parecían pasárselo en grande y seguían conversando. Habían pedido mucho té, que la camarera había depositado sobre el mantel de papel, y ahora, con la bandeja debajo del brazo, respondía a las preguntas acerca de los bollos y pasteles helados, pues al parecer las señoras estaban a dieta.

Florian escuchaba, reacio a rendirse a la presión. Ahora sabía que únicamente solo y en un sitio nuevo lograría sacar provecho de los jirones de su fantasía, perfilar sus balbuceos literarios; lo intentaría una y otra vez, pero ¿cómo explicárselo a Ellie? ¿Que en cualquier ciudad pequeña conseguiría una habitación y un trabajo, y lejos, a salvo, intentaría dejar de amar para siempre a Isabella? ¿Cómo podía pronunciar una sola palabra de semejante confesión si, en cambio, podía transformar en una mentira amable la cruel, implacable verdad?, ¿tanto habría costado decir, o al menos haber dicho en el pasado, "Te quiero"?

La camarera volvió e, intuyendo que ocurría algo por el silencio con que la recibieron, se limitó a calcular la cuenta y dejarla sobre la mesa.

—Hemos tenido nuestro verano, Ellie —dijo con voz queda, y con la mayor delicadeza, negándose a mentir porque el tiempo lo habría contradicho, habría añadido herida a la herida, dolor al dolor, vergüenza a la vergüenza. La sabiduría inquisitiva del tiempo los castigaría, y sin piedad.

Se levantaron para marcharse. En la puerta se toparon con personas que entraban, y les cedieron el paso.

—Sin ti no hay nada —le dijo Ellie.

Tras enrollar el largo cable eléctrico, el hombre estaba retirando el letrero que anunciaba que el laberinto estaba cerrado. Los saludó con un gesto; los conocía, como la camarera.

Al ver las matas de junco, Dillahan dedujo que en ese extremo el terreno estaba anegado. Debía de haber desagües atascados o

rotos, lo más probable rotos. Avanzó un metro y se encontró en un cenagal. Pero ese era el único inconveniente en el prado de Gahagan (aparte de la valla y del estado de abandono general), y ya había supuesto que en esa esquina habría algún problema. Podía deducir por dónde pasaba la tubería, que podría sacar él mismo. No le cabía duda de que había acertado al comprar el terreno.

Recorrió todo el perímetro: había madrigueras de conejo por todas partes; en ese sentido, era el peor año que recordaba. Sustituiría la vieja verja de madera por otra de hierro y, ya puestos, también cambiaría el abrevadero. Estaba midiendo con la vista el olmo seco que había junto al seto del camino, y preguntándose si podría talarlo sin ayuda, cuando oyó una bicicleta al otro lado del recodo y a continuación vio pasar a Ellie. Pensó que ella lo vería, pero no fue así. La llamó para enseñarle el rincón empantanado, pero su mujer no lo oyó y siguió su camino.

26

No había ninguna nota para que volviera a Shelhanagh. Tampoco apareció cuando lo esperó junto a la ruinosa caseta del guarda, donde al principio Florian había aguardado su llegada tantas veces. El trozo de hierro con que él había desenterrado la hiedra seguía donde lo había dejado.

Ellie se marchó, aunque volvió ese mismo día más tarde. ¿Se habría marchado ya, al resolver los trámites antes de lo previsto? ¿Estaba en esos momentos en Henne Strand, Finse o Malmö? ¿Había cambiado el aspecto de su casa con los muebles de otra gente?

Una vez más, se marchó de la caseta del guarda, y una vez más, volvió.

Cuando Florian se despertó, *Jessie* no se hallaba junto a la puerta abierta de la casa, ni en la cocina. La buscó en el jardín, y luego llegó hasta el lago sin dejar de llamarla. Iba todavía en pijama, y los bajos del pantalón se le empaparon en la hierba. Inspeccionó otra vez el jardín y después volvió a la casa, a la despensa y el comedor inutilizado, el salón y lo que años atrás había sido su cuarto oscuro. En una de las buhardillas vacías, acurrucada en un rincón, la perra intentó menear la cola.

—Pobre *Jess* —murmuró Florian.

Calentó leche en la cocina y se la llevó, pero la perra ni la probó. La abrazó y la meció, pero *Jessie* forcejeó débilmente para escabullirse. Así que la dejó en el lugar que ella había escogido y se puso en cuclillas a su lado.

—Pobre *Jess* —repitió, y la perra hizo otro esfuerzo por menear la cola y golpetear con ella el suelo, como sabía que debía hacer.

Lo miraba con un ojo, sin pedir nada, fiándose del rostro del que siempre se había fiado. La lengua le colgaba blandamente. Boqueó, y minutos después murió.

Cavó una tumba en el rincón del jardín donde *Jessie* solía tumbarse si el sol era demasiado fuerte, o en primavera, cuando acechaba a los conejos. Habían ido a buscarla a un par de kilómetros de distancia; era la última de una camada. Su padre recorrió el trayecto a pie y volvió con el pequeño bulto en los brazos. *Peko*, había sugerido su padre. *Jessie*, había decidido su madre.

Florian la cargó escaleras abajo y cruzó la cocina en dirección al jardín. Se sentó en la hierba y abrazó el cuerpo todavía caliente; poco a poco iba poniéndose rígido. Después la enterró.

Más tarde, se sobrecogió al pensar que la casa había estado esperando esta partida en particular, una más en el éxodo que ahora casi se completaba. Le resultaba difícil sosegarse y camino hasta Greenane Crossroads para entregarle la llave de la casa a la señora Carley con un día de anticipación.

—Dígales, si es tan amable, que encontrarán la copia de la llave en una lata de betún vacía de la cocina que dejaré en un armario.

—Se lo diré, no se preocupe.

—*Jessie* ha muerto esta mañana.

—¡Oh, pobre perrita!

—Iba a preguntarle si podía quedársela. Por el poco tiempo que iba a vivir…

—Pues claro, claro, me la hubiera quedado.

—En caso contrario…

—Lo sé, lo sé.

Estaban en la parte del local que funcionaba como bar y, al oír la noticia, la señora Carley le había servido un whisky.

—Era imposible no cogerle cariño a esa perrita —añadió, volviendo a poner la botella en el estante—. Igual que a los Kilderry. Vamos a echarlos de menos.

La rolliza señora Carley, una mujer llena de buena voluntad y afecto por el género humano, no había cambiado desde que Florian la conocía. Había sido la última doncella de Shelhanagh, antes de casarse con el propietario de la tienda con el bar anexo. En las numerosas ocasiones en que no cobraba hasta que los padres de Florian vendían un cuadro, nunca se había quejado. Más tarde, había vuelto a la casa para organizar las recepciones que se ofrecieron tras los dos funerales; en ambas ocasiones, el espléndido banquete preparado para el reducido grupo de dolientes había corrido de su cuenta.

Hablaron del invierno de 1946, cuando la nieve había llegado de improviso y se había quedado durante mucho tiempo, de que Florian se había ahorrado la guerra, de tiempos que él apenas recordaba.

—Estarás bien, ¿verdad? —De pronto, el tono afable de la señora Carley delató cierta inquietud.

—Pues claro, claro que sí.

—De todas formas, eres demasiado joven para vagar por el mundo.

Una vez más, la conversación cambió y volvió al pasado, el tema preferido de la señora Carley. En Shelhanagh la llamaban Nellie, pero había conocido a sus padres mucho tiempo antes de que Florian naciera y por eso él consideraba que debía llamarla por su apellido de casada: señora Carley.

—Volverán a ponerla a punto —aseguró, refiriéndose a la pareja que había comprado la casa—. Mientras hablaba, alguien entró en la tienda y la mujer le tendió la mano a Florian por encima del mostrador. —Que Dios te bendiga.

Tras haber tirado un par de veces de la campanilla y no obtener respuesta, Ellie entró. La vez anterior, la puerta no estaba cerrada, como tampoco ahora.

Lo llamó, pero no estaba. Empujó la bicicleta hasta el patio. La puerta trasera también se hallaba abierta.

Recorrió las habitaciones. En el piso de arriba vio su cama revuelta y la hizo. En el suelo había una maleta vacía, a la espera de ser llenada. Vio el pasaporte en la repisa de la chimenea.

La mesa tambaleante ya no estaba en el salón, pero las pinturas que él había querido regalarle seguían apiladas en el suelo. El cuaderno que él le había dicho que había encontrado estaba en la cocina, sobre la mesa, pero no lo abrió.

Lavó los platos que encontró en el fregadero y luego sacó una silla al patio. La perra debía de haberse ido con él, pensó, preguntándose dónde estaría.

Cuando Florian regresó de Greenane notó que una de las dos sillas que quedaban no estaba en la cocina, pero no se acordaba de haberla movido. Luego reparó en los platos limpios en el escurridero. Por la ventana divisó a Ellie en el patio.

—Lo siento —dijo ella cuando él le conto que *Jessie* había muerto.

La tierra que había removido con la pala aún se veía húmeda sobre la hierba. Cuando se acercaron, un mirlo salió volando.

—Creía que la cosecha de vuestros vecinos… —dijo Florian.

Ellie negó con la cabeza.

—Ya se acabó —dijo, y agregó—: No podía dejar de venir. No podía.

—Has llorado, Ellie.

—Creía que te habías ido. Me daba cuenta de que no, pero aún así, al encontrarlo todo en silencio he pensado que ya habías partido.

—Bueno, pues aún no. Estoy aquí.

Y seguiría allí todo el día, añadió, y el siguiente. La abrazó. Ella dijo que no soportaba pensar en el día siguiente.

—Ellie…

—Por favor —susurró—. Por favor. Estoy aquí para ti.

27

Estaba cansado. Hacía mucho rato que no se cruzaba con nadie por la carretera, con nadie a quien preguntar, ni había ningún letrero, porque eran carreteras demasiado secundarias. No estaba en el sitio correcto, lo presentía, así que fue a preguntar a una casa cercana, una oscura casa de cemento rodeada de árboles.

—A usted lo conozco —dijo el niño que abrió la puerta, y él le explico que venía a pie desde Rathmoye, que se llamaba Orpen Wren.

—A veces me olvido. Cuando te haces mayor no es fácil.

—Le he visto muchas veces. Cuando vamos a Rathmoye.

Orpen pregunto la dirección. No iba a seguir, dijo. Volvería a Rathmoye si podía dar con el camino. Era la tercera vez que llegaba hasta ese punto buscando un lugar que no encontraba, pero eso se lo calló.

—No hay nadie, estoy solo en casa —dijo el niño— Han ido a trabajar fuera.

Orpen creía estar hablando con un niño, pero de pronto reparó en que era una niña con pantalones. Llevaba el pelo muy corto, pero no más que muchos niños. Sus ojos eran azul pálido.

—¿No va en coche? —preguntó la niña.

—Nunca he tenido coche.

—Hasta Rathmoye hay bastante.

—Una vez recorrí toda Irlanda a pie. ¿Estoy cerca de Lisquin?

—No, qué va.

—No es que deba ir a Lisquin. Es solo que desde allí me oriento. En realidad, ando buscando a un hombre.

—Coja la carretera hasta llegar a una verja pintada de negro. Siga y luego verá un cruce. Doble a la izquierda y después del primer cruce a la derecha. Llegará a una carretera grande y verá el letrero de Rathmoye. ¿Se lo repito?

Orpen dijo que sí, y luego le dio las gracias. Encontró la verja negra, pero ya no pudo recordar el resto de instrucciones. De no ser porque una mujer en bicicleta lo acompañó hasta el cruce, se hubiera perdido otra vez.

—¿A quién estaba buscando por allí? —le preguntó, y cuando él se lo dijo, la mujer respondió que se había alejado mucho. Dibujó un plano en un trozo de papel marrón que arrancó de un paquete—. Este es el camino más corto desde Rathmoye —le explicó—. No lo pierda, le servirá para otro día.

Cuando se hubo marchado, Orpen se sentó en la cuneta a descansar. Luego reanudó el camino, tras preguntar a unos gitanos que encontró a un lado de la carretera.

28

Cuando se despertó, Ellie no sabía dónde estaba. De pronto lo recordó. Oyó un coche. Florian entró en la habitación y dijo:

—Son los hombres que vienen a llevarse el Morris Cowley.

Ella preguntó la hora. Las doce y media más o menos, respondió él.

—¿Se han marchado los hombres?

—Ahora se van.

Cerró los ojos, no quería estar despierta. Florian iba en mangas de camisa, con el chaleco de tweed desabrochado. Estaba mirándola.

—No estés triste —dijo.

La luz del sol formaba un dibujo con las sombras en las tablas del suelo y en las prendas que había dejado caer, en la pulsera y el anillo que se había quitado. El vestido azul se veía arrugado. Un zapato estaba de lado.

—Prepararé té —dijo Florian, y se marchó a la planta baja.

Ellie encontró un lavabo en desuso en una parte de la casa que nunca había pisado. Tenía una pequeña bañera desportillada, llena de manchas y sucia de una arenilla que caía del techo. Pero cuando abrió el único grifo del lavabo, salió agua y pudo lavarse la cara.

El agua estaba fría. No había toallas ni jabón. Vio un trapo acartonado en la repisa de la ventana; lo mojó y lo utilizó para asearse.

No se apresuró. No quería té, sino estar sola. A sus pies se había formado un charco de agua que trató de secar con el trapo.

Una monja se había ido con el hombre del aserradero de Templeross que les llevaba la leña. A veces la llamaban Roseline en recuerdo de la beata Roseline, pero se sabía que era un nombre inventado, porque aquella monja no tenía nombre en Cloonhill, era solo una figura borrosa de los relatos susurrados que se transmitían de generación en generación. Se había escapado con el hombre que las proveía de leña en invierno, no sin antes dejar el hábito doblado encima de la cama, así como el crucifijo, el rosario, el misal y los zapatos. Eso se contaba, aunque estaba prohibido hacer comentarios al respecto.

Ellie se sentó en el borde de la bañera y buscó algo con que secarse. Al moverse, en el espejo redondo y manchado del lavabo vislumbró su desnudez. Nunca le había gustado estar sin ropa, y apartó la mirada. Tenía frío.

Decían que, cuando la monja fue a buscar al hombre, no lo encontró, que recorrió las calles de varias ciudades, pero él no volvió a aparecer. Decían que la mujer mendigaba en la calle y que se sabía que había sido monja. Decían que de vieja la encontraron en el río Limerick.

Al principio, el pestillo de la puerta no se movió, pero cuando probó de nuevo, cedió. Ellie aguzó el oído y no oyó nada, ni pasos ni voces. Al final oyó el coche que se llevaban remolcado.

En el dormitorio se secó con una sábana. *Eire, Ireland, Irlande*, rezaba el pasaporte, expuesto como la postal de la santa en la cocina, y en la tapa verde brillaban otras letras doradas: *Pas, Passport, Passeport*.

Una vez vestida, se puso el anillo, aseguró el cierre de la pulsera y se peinó con los dedos lo mejor que pudo, pues tenía el peine dentro del bolso, en el vestíbulo. Una paloma zureaba al otro lado de la ventana abierta. De pronto, oyó el traqueteo de las puertas del garaje al cerrarse. Tendió la sábana en unos ganchos que habían servido para sostener un riel de cortina. Deshizo la cama a fin de airearla. No quería ir al piso inferior, y la primera vez que él la llamó, no bajó, pero la segunda sí.

—Quédate un poco más —estaba pidiéndole Florian cuando sonó la campanilla de la puerta. Sirvió las dos tazas de té antes de abrir—. Se habrán dejado algo —comentó.

Se habían olvidado la llave inglesa que habían usado para atornillar un perno del Morris Cowley. Ayudó a los dos hombres a buscarla y la encontró en el patio, delante del garaje.

—Qué diablos —masculló el hombre a quien se la tendió—. Puedes llevar este chisme en el bolsillo y ni siquiera notarlo.

Volvió cargado con la silla que Ellie había sacado al patio. Dijo que los hombres se habían olvidado una herramienta.

"Será mejor que me marche", pensó ella, pero no se movió. "Tarde o temprano las cosas terminan", había dicho Florian el día que le había contado sus planes, y ella lo había entendido y, durante un tiempo, aceptado.

Florian se había puesto la corbata y la chaqueta. Secó con un trapo un rastro de té que Ellie había derramado en su platito.

—Lo siento —susurró ella, y no oyó su propia voz.

No sabía por qué se disculpaba, aunque después entendió que era por todo: por ser una pesada con sus remordimientos que no eran tales, por sus anhelos y lágrimas, porque le faltaba valor, porque había ido a verlo ese día y lo había empeorado todo.

—Yo también lo siento. Dejo que las cosas sucedan. Caigo en la cuenta demasiado tarde.

Ellie negó con la cabeza. Bebió un sorbo de té. No sabía a nada.

—Soy así —dijo Florian—. Reticente cuando no debería serlo.

Las puertas del armario empotrado, de un verde amarillento como las paredes, estaban abiertas. Los estantes se hallaban vacíos, igual que las filas de ganchos. Ahora, en la cocina, no quedaba nada más que la vajilla y las ollas apiladas en el suelo, las dos sillas, la mesa y lo que había sobre ella.

"Será mejor que me vaya", se repitió Ellie, pero tampoco esta vez se movió.

—Siempre hablábamos de una monja —recordó.

Mientras escuchaba, la cruda relación de los acontecimientos conmovió a Florian. Se estremeció, pero una monja que había roto sus votos debido al tormento de la pasión, y el hallazgo de su cuerpo flotando en el río tras años de sufrimiento parecían fuera de lugar; sin duda no tenía nada que ver con una amistad de verano pasajera, aunque incluyera el amor.

—Me he acordado de ella —dijo Ellie—. Eso es todo.

—No eres una monja, Ellie. Es diferente. Es completamente distinto.

—A veces, una de las niñas decía que aquella monja se merecía su suerte. A veces, alguna niña se echaba a llorar y otra nos decía que pensáramos en el sufrimiento de la monja siempre que viéramos arder leña. A él lo llamábamos el Hombre de la Leña.

—Ellie…

—¿Por qué habría de ser diferente? ¿Por qué? Dímelo, ¿por qué?

Florian iba a responder, pero vaciló y se abstuvo. ¿Ella comprendía mejor que él la situación debido al dolor que sentía? Aceptando la carga de la fe ideal, una novicia había prometido más de lo que podía dar; un hombre que repartía leña la había hecho levantar del reclinatorio porque la encontraba atractiva. ¿Podría realmente haber un eco del sufrimiento de esa monja en lo que con tanta normalidad había sucedido ese verano y ahora debía terminar? La desesperación, con toda su amargura, ¿estaba menos determinada por el contenido de la desgracia que por alguna ley propia?

—¿A qué hora te vas mañana?

La repentina pregunta, el cambio de humor, sorprendieron a Florian, que por un momento no supo que le había dicho. Cuando

Ellie se lo repitió, contestó que iría en bicicleta a Dublín por la noche, que siempre había querido marcharse así.

—Ven mañana, Ellie. Al menos a despedirte.

Tampoco ella respondió de inmediato. Cuando al final habló, aseguró que no soportaría estar con él el día de su partida.

—No podría.

Florian supo que era sincera: lo percibió en su actitud y en su tono mesurado. La verdad estaba en la mueca con que su rostro se contrajo, y en su gesto al apartar los ojos de él.

—No podría —repitió tras un largo silencio.

* * *

Aún permanecieron un buen rato sentados a la mesa; el cigarrillo que Florian había sacado para fumar seguía intacto, y el té, frío. Eso era lo que se llevaría, pensó. Y lo que dejaría tras sí. Perfectamente ordenados, aquellos momentos lo atormentarían días enteros.

Se había compadecido de la recién nacida abandonada en un patio o ante las puertas de un convento, de la niña a quien habían encontrado un sitio entre los no deseados, de la joven que se había convertido en criada. Cuando habían trabado amistad, él había hecho suya la soledad de ella, antes de exigir demasiado a esa amistad y consentir imprudentemente que floreciera un amor peligroso. Ellie se había entregado a él, y ahora la compasión se alimentaba de una gran culpa, aunque esta recibía una parte de la dignidad de aquella. Debido a lo ocurrido ese día, una loca ilusión parecía menos loca; un anhelo desesperado, menos extraño a la razón. Permanecían sentados sin hablar y el tiempo parecía haberse detenido.

Reinó el silencio. Pero cuando salieron al jardín la conversación interrumpida revivió. La lobelia, la buddleia, la última niebla estival del árbol del humo, berberis, garrya, mahonia; Ellie, que no conocía

los nombres, se los aprendió. Y fueron hasta el lago para ver si había vuelto el pájaro del verano, pero no. Y luego, más allá de los ciruelos, donde antes había frambuesas, hablaron de Escandinavia.

29

Dillahan apagó el motor del tractor para oír lo que le decía aquel hombre.

—¿Qué desea? —preguntó de nuevo.

El desconocido había surgido de la nada. Un instante antes no parecía estar allí. Como no contestó, Dillahan lo miró con más atención. Debía de haber salido del campo que había pertenecido a Gahagan. De pronto lo reconoció: era Orpen Wren.

—Perdone, ¿es usted el señor Dillahan?

—Sí, soy yo.

—Le conozco, señor. Le conozco bien.

—Sí.

—No vengo por aquí muy a menudo, señor. No acostumbro a alejarme tanto de la ciudad. En una ciudad uno siempre sabe dónde está.

—¿Qué quiere?

—Solo un minuto —respondió Orpen Wren—. Solo eso, señor.

30

—Oh, sí, claro —respondió el empleado—. Espere un momento, que le enseñaré unas pocas.

Era un hombre de mediana edad, un poco cargado de espaldas, con puños y cuello almidonados y un traje oscuro de dependiente. Ellie nunca lo había visto en Corbally. Cuando, la semana anterior, había mirado las bolsas de viaje, no había nadie en la sección de maletas.

—Un segundo, por favor.

En el jardín le había parecido estar soñando, sensación que perduró al entrar en la casa para coger el bolso. Florian le había llevado la bicicleta fuera del patio, por la grava de la fachada delantera, hasta la carretera. Estaba esperándola allí, y al comentarle que su bolsa de viaje tenía el cierre atascado, él le dijo que se comprara una nueva. No recordaba si se había dado la vuelta al alejarse en la bicicleta, pero si lo había hecho no conservaba ninguna imagen de Florian de pie y solo. Se acordaba de haberse fijado en el Dano Mahoney al pasar por delante. Luego estaba el letrero de Rathmoye, en irlandés e inglés, los anuncios de Ford y de Bicicletas Raleigh, y después el cartel de moderar la velocidad. "Debes estar segura, Ellie. Decidida", le había dicho él al despedirla. Solo eso, aparte de que cogiera una bolsa.

—Tenemos esta. —El dependiente estaba abriendo una maleta para mostrársela—. En dos tonos o solo en azul —añadió.

Ellie le había pedido una bolsa de viaje y se la describió de nuevo: algo que pudiera doblarse cuando no se usara, que pudiera atarse a la cesta de la bicicleta, explicó, sin dar más detalles.

—Bien, también tenemos.

Se alejó de nuevo y al poco volvió con dos bolsas de viaje. Las abrió sobre el mostrador para enseñarle los bolsillos interiores.

—En verde, o en marrón con rebordes de polipiel.

Ellie se preguntó si la conocería, o si, después de salir ella de la tienda, indagaría y la señorita Burke o el hombre a quien le compraba tela para hacerse los vestidos le dirían quién era. Se preguntó si hablarían de que había comprado una bolsa de viaje, de adonde iría.

—Prefiero la verde.

—Es mejor que la de rebordes de polipiel —aseguró el hombre—. Este tipo de acabados no son tan bonitos como antes.

—¿Podría envolvérmela?

—Por supuesto, como guste. ¿Quiere que le quite el precio?

—No es necesario.

—Lo último en maletas consiste en la posibilidad de aumentar la capacidad de las más grandes. Si la bolsa no fuera lo bastante espaciosa, tenemos un par de maletas de esa clase.

Ellie le dijo que así le bastaba y le preguntó si podía darle un poco de cordel para atar el paquete a la bicicleta.

—Por supuesto.

Le dio más del que necesitaba, asegurando que siempre le sería de alguna utilidad. Le preguntó si pensaba ir al circo y ella contesto que lo dudaba. A él le encantaba el circo.

—La próxima vez que venga por aquí, búsqueme —añadió el hombre—, así podrá decirme si ha quedado satisfecha con la bolsa.

Durante el trayecto en bicicleta desde Shelhanagh hasta su casa se había sentido como si estuviera soñando. E igual se sentía ahora, con aquel dependiente al que no conocía, que le hablaba de un circo y le enseñaba maletas en lugar de una bolsa de viaje, que le daba medio ovillo de cordel cuando ella le había pedido solo un poco.

Al entrar en la plaza, le pareció distinta. No estaba atestada, pero un camión del que estaban descargando adoquines para construir un

bordillo en Magennis Street bloqueaba el paso. Lo bordeó empujando la bicicleta por donde pasaban los peatones.

La señorita Connulty debía de haberla saludado. Y Ellie debió de responderle algo, porque la mujer asentía con la cabeza. A continuación, le dijo algo más y le susurró que el amor era una locura.

Había apoyado una mano en el manubrio de la bicicleta de Ellie y sonreía un poco, como para suavizar sus palabras, que podían haber sonado bruscas. El camión empezó a moverse lentamente. Haciéndose a un lado para dejar paso a otras dos mujeres, la señorita Connulty no dijo nada más.

31

Dillahan intentaba comprender. Llevaba un rato sentado en el tractor, en el patio, y al final los perros se alejaron arrastrando las patas, como si les hubiera contagiado su abatimiento. Lo repasó todo una vez más, palabra por palabra, incluso las que él había pronunciado, sus interrupciones, sus esfuerzos por llevar la conversación a terrenos suficientemente fértiles para alimentar la realidad en el pantano de la confusión. Se remontó a otras épocas, buscando a su vez una relación con lo que se había dicho, uniendo los hechos y la fantasía y encontrando en su conjunción una verdad imperfecta. Porque todo era imperfecto en la conversación que había mantenido con aquel anciano, acaso también la verdad.

Bajó del tractor y, con unos andares que reflejaban la inquietud que lo abrumaba, cruzó lentamente el patio hasta la puerta trasera de la casa. Los perros se quedaron tumbados donde estaban, con el hocico apoyado sobre las patas delanteras.

32

Era por la tarde, antes de las cinco, cuando Ellie volvió a la granja con sus compras: latas de carne y la bolsa de viaje verde. Al entrar en el patio, la sorprendió ver el tractor. Estaba aparcado de cualquier manera, torcido, como algunos vehículos que a veces entraban en el patio. Recordó que su marido le había dicho que quería arar las seis hectáreas de tierra donde ese año había cultivado colza, y que después, si tenía tiempo, debía acometer un par de trabajos más. Como había comentado que iría a casa a comer algo entre las doce y las doce y media, ella le había dejado fuera un poco de fiambre. Era imposible que hubiera vuelto, se dijo, no podía haber acabado las seis hectáreas. Quizá había tenido algún problema con el tractor. Los perros no salieron a su encuentro y entonces supo que algo iba mal.

La casa se hallaba en silencio, como si él no estuviera. Pero Ellie sabía que sí estaba, pues los perros se encontraban en el patio. No guardó la bicicleta. Se puso a deshacer los nudos del cordel con que había atado la bolsa a la cesta; le costó, pues los había apretado mucho, y al final, como no podía soltar el último, tiró del paquete con fuerza. Fue a uno de los cobertizos y escondió la bolsa de viaje entre un montón de lonas alquitranadas que había en un rincón.

Dejó la bicicleta donde estaba y cogió del manillar las bolsas con las latas. No quería entrar en casa. Por un momento, vio el sol proyectado sobre las tablas del suelo, el vestido donde lo había dejado caer, un zapato de lado; oyó su propia voz preguntando si aquellos hombres se habían marchado ya. En cuanto la viera, su marido lo sabría, de algún modo lo descubriría. Lo de ese día, lo de todos los días.

Levantó el cerrojo de la puerta trasera, pero algo la obstruía e impedía abrirla con la facilidad habitual. Dillaghan debía de estar allí tendido, junto al arma que usaba para abatir palomas cuando invadían los cultivos. Cerca de Donaghmore, un granjero se había quitado la vida y en Cloonhill habían rezado por su alma. El hombre no había superado la muerte de su mujer, había dicho la hermana Mary Frances, que lo conocía. Y no hacía mucho habían encontrado a un granjero ahorcado; se había arruinado en East Kerry. Pero el obstáculo en la puerta no era más que una bota caída.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ellie, aunque en realidad no quería saberlo.

Él estaba sentado delante de la estufa. Había abierto el regulador de tiro, aunque ese día no hacía frío. El plato de fiambre seguía encima de la mesa, cubierto con malla para protegerlo de las moscas, donde ella lo había dejado, así como el cuchillo y el tenedor; el pan continuaba envuelto en la servilleta, la mantequilla cubierta, la tetera preparada para cuando quisiera hacerse el té.

—¿Qué ha pasado? —preguntó de nuevo.

No se volvió. Estaba encorvado y apretaba las manos.

—¿Qué les pasa a los perros? —preguntó Ellie.

Su marido giró la cabeza. Era el quien había alterado a los perros, respondió. Estaba alterado y los había contagiado. Debían de estar confundidos; iría a calmarlos.

—¿Por qué estás alterado?

No respondió, como si no la hubiera oído, o como si tuviera demasiado que decir. Salió al patio y a continuación Ellie oyó el tractor. La puerta de la cocina estaba abierta, pero no le hacía falta mirar. Era un hombre ordenado incluso cuando sufría: iba a colocar el tractor en su sitio. Lo oyó hablar a los perros.

—Me ha parado en la carretera —dijo al volver—. El viejo Orpen Wren.

A Ellie se le heló el corazón y sintió que las fuerzas la abandonaban. Orpen Wren no estaba en su sano juicio; no se entendía nada de lo que decía. Nadie daba crédito a sus absurdas

insinuaciones, a su discurso sobre personas ya fallecidas; nadie lo tomaba en serio. Pero seguía sintiendo aquel frío glacial, y en su fuero interno esperó que no mencionase también a la señorita Connulty, o a cualquier otra persona que quizá hubiera oído algún chismorreo, alguien de quien ella no supiera nada. Frenética, apresuradamente, Ellie balbuceó unas palabras sofocadas, y su súplica callada no cobró forma, apenas fue una expresión de miedo.

—Ese hombre habla con todo el mundo —dijo con una voz que se le antojó llegada de otro lugar, como si ella no estuviera allí, como si aquello no estuviera sucediendo. Intentó rezar para que así fuera, pero una vez más no logró articular las palabras.

—Estoy alterado por lo que me ha dicho.

Intentó no oír. Habría querido que el tiempo pasara, que se acumulasen instantes vacíos. Llevó a la despensa las latas que le había comprado, aunque no todo se guardaba allí. Dillahan no la llamó. Volvió a sentarse donde antes, y esperó a que Ellie regresara a la cocina para hablar de nuevo. Al principio ella no lo oyó, así que repitió que en la carretera Orpen Wren había levantado una mano y él se había detenido. Dijo que a veces lo veía por la carretera, fuera de la ciudad, pero hacía mucho que ya no.

—Creía que se había perdido —dijo Dillahan.

Calló, como si hubiera acabado. Encorvado de nuevo y con las manos juntas como antes, miraba el suelo. Estaba tan distinto que a Ellie le parecía un extraño, pero sabía que la culpa era de ella, no de su marido.

—No has comido nada. Te he dejado fiambre fuera.

—No tenía hambre.

—¿Estás aquí desde esta mañana?

—He llegado hacia las doce menos diez.

—Prepararé algo para los dos. El fiambre no se estropea. —Y se volvió con intención de poner otro cuchillo y otro tenedor en la mesa. No miró a su marido, aterrorizada de lo que podría leer en sus ojos.

—¿Has oído decir por ahí que podía verla detrás del remolque? —pregunto él—. ¿Y que no podía ver que llevaba al niño en brazos?

—¿Qué? —En aquella única exclamación de sorpresa solo había alivio, la interrogación fue casi imperceptible, casi como la misma palabra—. Pero ¿de qué estás hablando?

—A veces, en misa, la gente me mira.

—¡Qué te van a mirar!

—¿Sabes si en Rathmoye se rumorea que ella se veía con un Saint John?

—¡Qué va! ¿Cómo van a decir eso?

—El viejo ha insistido en que los Saint John iban con cualquier mujer que se les pusiera a tiro.

—Cuando ocurrió el accidente en el patio, los Saint John ya no vivían aquí. Desde hacía siglos.

—Pero uno volvió más tarde. Ese hombre la vio con él. Los vio juntos varias veces. "El viejo problema", lo ha llamado.

—Pero si no dice más que disparates. Cada vez que abre la boca es algo distinto. No tiene ningún sentido. Ese hombre no está en sus cabales.

—Me ha dicho que le daba pena por el niño. Por eso me ha parado en la carretera. Un Saint John volvió, Ellie, en la época en que cometí un descuido con el tractor en el patio.

—No existía ningún lugar al que volver. Hace treinta años que no existe.

—Yo no sabía que hubiera vuelto un Saint John. Era el único que no lo sabía. Él solo repite lo que oye por ahí.

—En Rathmoye nadie habla de eso.

—Odio ir a ese pueblo. Desde aquel día, lo odio a muerte.

—¿Crees que te sentaría bien un trago de whisky? ¿Quieres que vaya a buscar la botella a la despensa?

—Durante un tiempo, me pregunté si la gente pensaba que estaba bebido cuando di marcha atrás con el remolque. ¿Se dice que estaba borracho? ¿Se dice que no debería haber dado marcha atrás con el sol en los ojos?

—Nunca he oído nada parecido.

—Habría sido mejor que lo que he oído hoy en la carretera.

—No hagas caso de esos desvaríos.

—Nunca hubiera pensado que tendría que oír lo que he oído hoy en la carretera.

—Y no tienes que pensarlo. No es verdad.

—¿Y tú? ¿Lo has oído, Ellie? ¿El viejo te lo dijo el día que fui a pedir el préstamo y se puso a hablar contigo en la plaza? ¿Te lo ha dicho algún otro? ¿Es eso lo que te tenía preocupada, Ellie?

Nadie le había dicho una palabra de todo aquello, replicó. Además, Orpen Wren solo hablaba del pasado.

—Se ha quedado atrapado en el pasado, Ellie.

—Sí, es verdad.

—Al venir hasta aquí se ha alejado de la ciudad más que nunca. También me ha dicho eso. Y que era a mí a quien buscaba, Ellie.

—Habla con todo el mundo.

El negó con la cabeza y se incorporó. Fue a la despensa y volvió con la botella de whisky y una copa.

—Cuando voy a los prados estoy bien. O cuando me quedo contigo en casa. Y quizá también estaría bien en una ciudad donde nadie me conociera.

Lo vio servirse un poco del whisky que sacaban cuando sus parientes de Shinrone los visitaban una tarde de domingo al año. Ella lo había probado y no le gustaba. Le aseguró una vez más que la gente de Rathmoye no decía nada de lo que él temía, que cuanto había oído ese día provenía de una mente confusa, que las absurdas historias de Orpen Wren eran solo de su cosecha. El hombre negó con la cabeza.

—Siempre es un loco quien tiene que decirlo.

—No es verdad —repitió ella.

—Ella procedía de una familia mejor que la mía, pero nunca me lo echaba en cara, me aceptaba como era. Nunca habría dicho que fuera una mujer voluble, de esas que van con otro hombre. Pero si lo era, ¿quién puede culpar a la gente por pensar lo que me han

dicho hoy en la carretera? Con lo mayor que es, ha hecho un montón de kilómetros para decirme que lo sentía por el niño. Ha dicho que lamentaba no habérmelo contado antes, pero que siempre se olvida de las cosas. El resto se le ha escapado, como ocurre cuando no controlas la cabeza. Siempre he sabido que había algo. Siempre he creído que era mejor no dejarme ver mucho por Rathmoye.

Cogió la botella, que había dejado en el suelo al lado de la silla. Ellie pensó que iba a servirse más, pero no fue así. Su marido repitió que un Saint John había vuelto en la época que él había tenido un descuido con el tractor en el patio. No podía culparse a la gente por lo que pensara o dijera. No podía culparse a la gente por hacer sus deducciones. No podía culparse a Orpen Wren.

—No te ha dicho más que tonterías.

Durante toda la conversación, había permanecido de pie al lado de la mesa, con el cuchillo y el tenedor en la mano. Su marido cruzó la cocina para guardar la botella en la despensa. No era un gran bebedor; las monjas le habían averiguado en su día y se lo habían comunicado a Ellie antes de que fuera a la granja. Dillahan lavó la copa.

—Prepararé algo de comer —dijo ella de nuevo.

Depositó el cuchillo y el tenedor en la mesa. Estaba confusa; cualquier sombra de pánico se había esfumado. Sentía como si no hubiera pasado nada.

—Me ha estrechado la mano y luego se ha ido —dijo su marido.

No le apetecía comer, y a ella tampoco. Dillahan salió y Ellie oyó que subía al tractor y se dirigía a los prados. En la cocina silenciosa pensó fríamente que la tragedia del hombre que la había acogido en su casa era mucho más terrible que el rechazo del amor. Fue como claridad en la confusión, y tuvo una certeza: era demasiado tarde. Y también pensó fríamente que la verdad que ella aún podía contarle le habría causado más sufrimiento del que era capaz de infligir, más de lo que se merecía cualquier hombre que no hubiese hecho nada malo.

33

La mañana siguiente, al despertar, Florian recordó que su perra había muerto y luego, poco a poco, por ráfagas, le vino a la mente el día anterior, como una película mal proyectada. Por la noche se había despertado atenazado por el pánico, pero luego había vuelto a dormirse y ahora se sentía más tranquilo. Lo hecho, hecho estaba; ocurriría lo que debía ocurrir. Se lavó y vistió, preparó café y calentó leche, todo sin prisa.

A las ocho apareció una furgoneta para llevarse los muebles y el resto de objetos que había conservado hasta ese momento: la cama, el armario de su habitación, dos tocadores y dos cómodas que los nuevos propietarios habían dicho que querían, para al final cambiar de idea. La radiogramola ya no debería estar allí, pero hubo un malentendido y no se la habían llevado. La vajilla se hallaba en una gran caja de madera, los artículos de cocina en otra. Dejarían el contenedor hasta la noche, por si se necesitaba.

La casa tenía un aire lúgubre, y cuando los hombres se hubieron marchado se quedó completamente vacía, sin otro sonido que el de sus pasos. Fue al salón y descolgó el cuadro de Isabella. Acabó de llenar la pequeña maleta que no usaba desde el internado. Encima de la ropa, protegidas por una cartulina, colocó las acuarelas, su posesión más preciada. Mientras acarreaban la pesada mesa de la cocina a la furgoneta, se había abierto un cajón del que había caído el reloj de bolsillo de su padre y el único anillo engastado de su madre. Les hizo sitio en la maleta.

Las páginas del cuaderno ya habían cumplido su propósito, así que ahora las usó para volver a encender la fogata fuera. Guardó la

pala que había utilizado para cavar la fosa con las otras herramientas de jardinería que había acordado dejar en la casa. En el patio, le pareció oír un sonido procedente del jardín, pero no había nadie. Lanzó unas piedras a la superficie del lago y se preguntó si practicaría su juego solitario en algún otro lugar.

Echó de menos el crujido de los juncos y las ratas de agua huyendo en desbandada. Se fumó un cigarrillo apoyado contra la barca del revés, atento por si oía la bicicleta sobre la grava.

Ellie salió de la casa solo para dar de comer a las gallinas y coger la bolsa de viaje que había escondido en el cobertizo de la turba. Quitó el envoltorio, rellenó la bolsa con piedras del muro del río, y luego se quedó observando cómo la bolsa se hundía en el agua turbia.

Por la tarde llovió y Dillahan se dedicó a cortar la leña para el invierno. Sacó los troncos almacenados en el cobertizo, los podó y cortó pequeñas ramas con un hacha pequeña. Tenía un par de troncos de olmo; leña vieja, muy seca, y un tronco de roble cortado años atrás.

Las correas de la sierra circular se habían aflojado; faltaba aceite en el engranaje. Dillahan retiró la mugre y el serrín con un cepillo, y la lima empezó a chirriar mientras pasaba por ella los dientes de la sierra. Después de abrirla, limpió las bujías. Cuando la probó, el motor chisporroteó y se encendió, produciendo volutas de humo.

Mantuvo el motor en marcha mientras guardaba en su sitio las herramientas que había usado: cepillo de alambre, las llaves inglesas, el martillo con que había aflojado la abrazadera del motor, el destornillador, la lata de aceite.

Cuando oyó el zumbido de la sierra, Ellie salió de la casa, aunque él siempre le aseguraba que no necesitaba ayuda. Le fue pasando los leños uno a uno, y casi ninguno le resultó demasiado pesado. Estuvieron allí toda la tarde, mientras los troncos iban formando un montón en el suelo.

El contenedor se balanceó ligeramente en el aire antes de estabilizarse y descender lentamente sobre el camión. Las cadenas que lo habían alzado se aflojaron y después se rebobinaron dentro de la grúa.

—¡Suerte! —le deseó el conductor antes de marcharse.

Florian se había quedado sin ningún libro, y como no tenía nada que hacer, subió al tejado para contemplar por última vez la vista. Recordó la primera ocasión en que lo habían hecho subir con ese propósito, y que más tarde había vuelto solo para leer *La isla del coral*. En algún momento, Isabella y él habían intentado dormir en el tejado, pero el emplomado, que al principio estaba caliente, se había enfriado y habían tenido que meterse en la casa. Y fue allí, un verano tras el regreso de su prima a Italia, donde descubrió que le apasionaban las historias de detectives, a las que su madre había sido adicta toda la vida. Un día tras otro, durante una ola de calor, había leído *El crimen de Black Dudley, Las vacaciones del verdugo, La muerte y el lacayo danzante…*

Desde el tejado, las lejanas montañas se veían igual que siempre, pero los exuberantes campos del verano se habían transformado en terrenos ocres, vacíos, perfectamente delineados e idénticos entre sí. El otoño era visible en los árboles, las bayas de los arbustos de cotoneaster brillaban en el jardín, las ardillas se atareaban.

Divisaba la carretera y habría visto aparecer a Ellie, pero no llegaba. Empezó a notar el habitual sentimiento de culpa, ahora sin ningún motivo. Durante la espera, ese sentimiento remitió. Bajó a la casa y recorrió una habitación tras otra, cuyas puertas cerraba al salir. Al pie de la escalera lo esperaba una figura vacilante en la penumbra creciente.

—Perdone, pero he entrado —le dijo el hombre, y explicó que iba a leer el contador de la electricidad.

Mientras lo hacía y quitaba la corriente, Florian volvió a imaginar que había oído un ruido fuera y aguzó el oído, aunque en vano. La botella de champán seguía en el suelo del vestíbulo, ignorada u olvidada junto a la puerta de la casa.

—¿La quiere? —le preguntó al hombre de la compañía eléctrica.

Y como si esa generosidad exigiera mostrarse sociable, el hombre se quedó más rato del necesario, y le contó anécdotas relacionadas con casas que cambiaban de dueños. Había gente que al irse se llevaba hasta las bombillas, comentó.

—Gracias a ti todo ha sido más fácil —dijo Dillahan de repente, tras haber estado un buen rato callados. Por ella había tenido menos miedo; porque uno podía sentir miedo, dijo, y no saber por qué, solo que el miedo venía de cualquier sitio. Se veía en los animales.

Cuando el mes siguiente cambiaran la hora, prosiguió, la llevaría a Templeross. Ellie se preguntó si, incluso después de haberse confesado, las monjas se darían cuenta. En Cloonhill decían que un penitente ganaba en tranquilidad, y ella no lo dudaba. Pero todavía se preguntaba si las monjas la verían como antes, o como realmente era ahora.

En Shelhanagh las luces del ocaso iban apagándose. Florian lanzó agua a los rescoldos de la hoguera y entró en la cocina vacía. La lata que le había mencionado a la señora Carley se hallaba en el estante de uno de los armarios empotrados. Cerró los postigos de las habitaciones de la planta baja. Cuando salió y cerró la puerta de la casa, deslizó la llave por la ranura del buzón y la oyó chocar contra las baldosas de piedra. Ayudándose del faro de la bicicleta, ató la maleta a la cesta.

Esa noche, Ellie no durmió. Tampoco había dormido la anterior. Sin encender la luz, se había levantado y, tras quitar su ropa de la silla junto a la ventana, se había sentado a contemplar la oscuridad. Ahora hizo lo mismo; la ventana estaba entornada, como les gustaba a los dos, y el aire era frío.

Ahora era más temprano que cuando se había sentado allí la noche anterior; abajo, en el patio, se desvanecían los últimos reflejos del claro de luna. Era normal que un hombre que había matado a su mujer y su hijo por accidente temiera las sospechas. Era natural que una mente atormentada se mostrara confusa. En el único día que había pasado, Ellie se lo había repetido muchas veces; y se dijo que si la señorita Connulty le preguntaba, respondería que el hombre con quien había trabado amistad había abandonado Irlanda. No le negaría que habían sido amigos; le diría cómo se llamaba y dónde había vivido.

Permaneció sentada delante de la ventana, aunque sintiendo frío. Cansado como de costumbre, su marido respiraba pesadamente y no parecía inquieto. Esa noche le había dicho que desde que ella había llegado a aquella casa todo había sido más fácil para él, todo había mejorado desde su boda. No muchos lo entenderían, había añadido.

A lo lejos brillaba una luz. Vio que se movía y supo qué era. Se vistió y corrió escaleras abajo para que los perros no empezaran a ladrar. Cogió una chaqueta del gancho de la puerta trasera. En el patio, los dos perros se levantaron soñolientos para saludarla.

No oía nada en la carretera.

—Vuelve dentro —susurró, y el perro que quería ir a investigar obedeció. El otro no se había movido de su lado.

De nuevo vio la luz; salió del recodo, todavía lejos. A veces, uno de los chicos Corrigan salía en bicicleta de noche, pero nunca llevaban faros.

34

Se alejaron de la casa, él empujando la bicicleta, acompañados de los perros pastores.

—Creí que estaba muerto —dijo Ellie.

Se lo contó. Su marido tenía una escopeta para matar conejos y palomas. Reinaba un silencio absoluto, el tractor estaba aparcado de cualquier manera, los perros inquietos. Un granjero que vivía cerca de Donaghmore se había quitado la vida, y también otro de East Kerry.

—Me he pasado el día tratando de no pensar en nada —añadió.

No se habían abrazado. Tampoco lo hicieron ahora. A su lado, Florian era una sombra o poco más.

—¿Por qué has venido? —preguntó Ellie.

Notó que estaba mirándola, intentando verla en la oscuridad. Cuando volvió a preguntarle por qué había ido, él respondió que deseaba decirle que la había esperado.

—Nunca olvidaré cómo me has amado —aseguró Florian—. No me odies, Ellie. Por favor, no me odies.

* * *

Quiso cogerle una mano, pero no la encontró.

—Te habría arruinado la vida —le dijo Florian—. Sin querer, pero te la habría arruinado. —Él lo sabía, del modo inexplicable en que a veces se sabían las cosas—. La gente se va para estar sola —agregó.

Algunas personas tenían que estar solas—. No es gran cosa como despedida —reconoció.

Dejó que se hiciera el silencio, que ella no rompió. Se oyó un crujido entre los matorrales: seguramente un zorro que huía. No le prestaron atención.

—Te ha salvado ese viejo —dijo Florian.

—Hace frío.

Se volvió y él la siguió, sin dejar de empujar la bicicleta. En cualquier momento se encendería una luz en la casa, pensó Ellie. En cualquier momento oiría que la llamaban y se abriría la puerta trasera. Eso importaba más que entender. Importaba más que cualquier otra cosa, era lo único que importaba.

Ellie lo sabía, y aun así se habría marchado con él. Susurró para llamar a los perros.

—Nunca podría odiarte —dijo.

No añadió nada, y él tampoco.

Florian pedaleaba lentamente, notando el viento frío en la cara. El faro iluminó el letrero de Crilly. La carretera seguía en línea recta y en bajada, así que no tuvo que esforzarse, y luego empezaron de nuevo los recodos y las curvas cerradas. Qué inútil era lamentarlo, pero incluso así, por encima de todo, eso era lo que sentía, dolor. Los ojos azul grisáceos de Ellie no eran sino un par de manchas en la oscuridad.

* * *

Ellie se quedó escuchando el susurro de la bicicleta en movimiento antes de que se desvaneciera, antes de que el destello del faro fuera apagándose y desapareciera por completo. Los perros entraron en su cobertizo. Cruzó el patio de cemento con pasos

ligeros. Subió la aldaba de la puerta que había dejado abierta, entró en casa y giró la llave sin hacer ruido.

En la cocina la guió la luz votiva sobre el aparador. Se quitó los zapatos y subió por la angosta escalera, cuyos peldaños crujían débilmente. La puerta del dormitorio estaba abierta, como la había dejado. Dobló la ropa y la dejó encima de la silla que había entre las ventanas.

35

Orpen Wren dormía. En Hurley Lane, Bernadette O'Keeffe apagó un serial romántico y concluyó la jornada saboreando una última y generosa copa. Era su momento de felicidad, cuando le bastaba lo que tenía y no pedía más. Los talones que pasaban por encima de su mesa, las cartas firmadas, él, que le hablaba de esto y lo otro, que le pedía su opinión, que asentía en señal de aprobación. El sentimiento, suspendido, no era un fastidio de noche. La brillante y pequeña pantalla y las copas nocturnas convertían la habitación en una fiesta, su mobiliario tambaleante y el suelo inseguro, sus voces confusas liberaban a Bernadette de una inquietud que parecían absorber ellos mismos. Que el fallecimiento de una madre amada no hubiera conseguido soltar las amarras de una vida, en aquella alegre velada no se le antojaba algo tan difícil de soportar; al menos eso le murmuraba a Bernadette aquella paz beoda. Y a la mañana siguiente, dado que aún faltaban unos días para el terrorífico fin de semana, compartirían de nuevo los folios mecanografiados con cariño y la conversación en la silenciosa sala detrás del pub, y ella oiría una vez más los elogios de él.

* * *

Las farolas de Rathmoye aún no se habían apagado, pero las calles estaban desiertas. Los últimos rezagados habían abandonado el pub; los últimos amantes se habían separado. Dos empleadas de una lavandería salían de su trabajo nocturno en Mill Street. Los

gatos acechaban en los almacenes de carbón. En la plaza, un perro vagabundo saqueaba en silencio un cubo de basura.

Tras descorrer las cortinas de la gran habitación que daba a la calle, ya preparada para la mañana, la señorita Connulty miró fuera. El perro amarillento y con la pequeña cola cortada estaba allí otra vez, pues acudía todas las noches. Con todo, se quedó un rato mirando, aunque la pensión estaba llena, lo que significaba que debía levantarse temprano. Un haz luminoso se proyectaba sobre el rostro huesudo de Thomas John Kinsella, la camisa desabotonada y arremangada. También eso, a aquella hora de la madrugada, nunca era distinto.

La señorita Connulty estaba a punto de subir al primer piso cuando un movimiento que no era el perro le llamó la atención, alertando también al animal, que de pronto desapareció entre las sombras. Un hombre en bicicleta entró en la plaza.

Llevaba sombrero, y una maleta atada en la cesta de la bicicleta. No se detuvo ni desmontó, sino que prosiguió velozmente. La señorita Connulty lo vio doblar en Dublín Road, y vio al perro regresar al cubo de basura. Al poco se apagaron las luces de la calle.

Así que todo había acabado para Ellie Dillahan, se dijo, era el final. Mientras subía la escalera en dirección al baño y su dormitorio, en silencio, para no despertar a los hombres que dormían, recordó el letrero de "cerrado" en la puerta del farmacéutico, y a su padre sirviendo el té en la cafetería del cine Adelphi. "Ya está —había dicho su padre—. Todo ha acabado, cariño".

Abrió el grifo sin hacer ruido y se lavó; ya en su dormitorio, se desvistió.

Cuando el viernes Ellie Dillahan le llevara los huevos, se confiaría con ella; y la señorita Connulty le diría que si tenía un hijo no dejara que nadie se lo quitara. Nacido como si fuera de Dillahan, pues eso creería este, el niño volvería a hacerlo padre y cambiaría la vida en la granja. Y su amistad con Ellie Dillahan ya no sería tensa, ahora

que el intruso que había abusado de ella se había marchado para siempre de Rathmoye. La amistad sería más íntima, ambas sabían que era posible, y ninguna de las dos diría lo que no debía.

La señorita Connulty apagó la luz de la mesita de noche y un instante después cerró los ojos, pero no durmió. Un niño le venía al encuentro gateando por la alfombra de la gran sala, y había construcciones, y muñecos o soldados en el armario del rincón, libros de trapo y un ábaco. El corazón secreto de la vida de Ellie Dillahan invadió la gran sala que daba a la calle, y más tarde habría juegos de Snap y Ludo, y cartas, que de niña a la señorita Connulty le encantaban. Nada de todo eso era imposible.

36

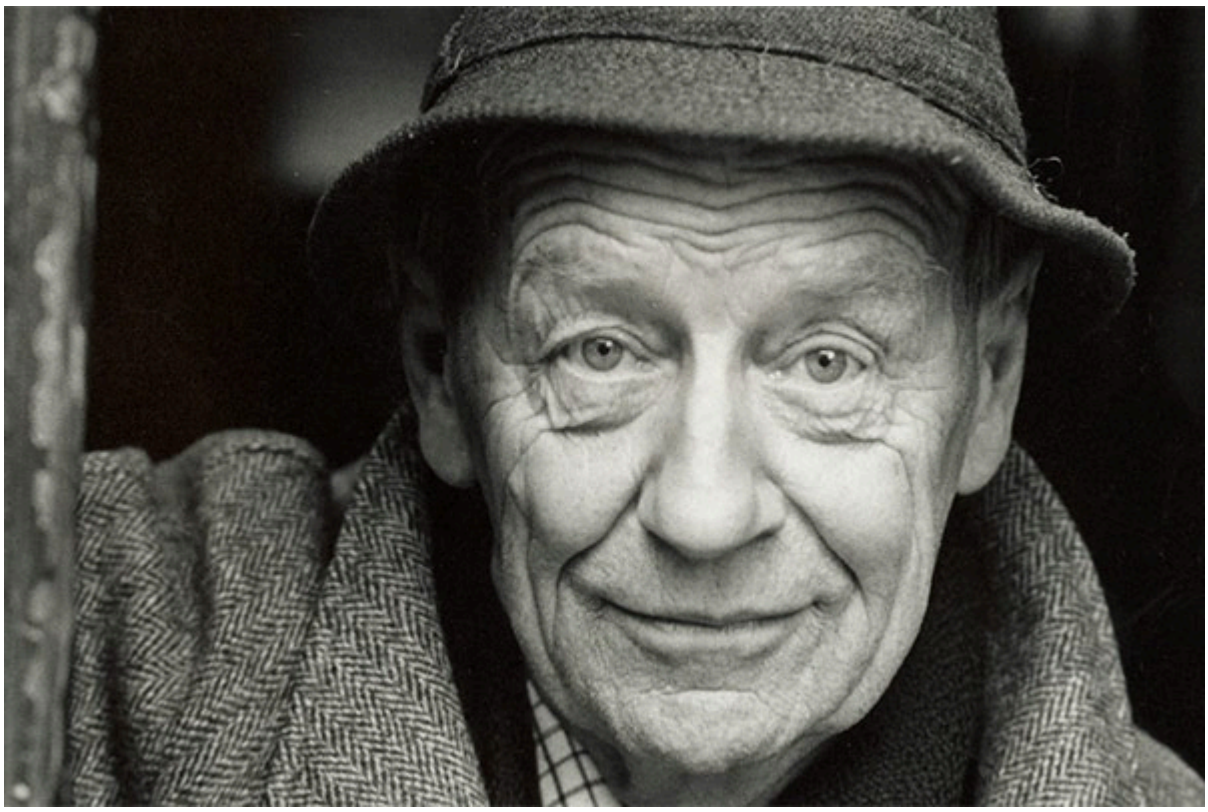
En las calles de ciudades oscuras, en calles que a menudo solo frecuenta él, imprevistos momentos de luz rasgan la oscuridad y una realidad de segunda mano se extiende en el vacío.

Entre las herramientas desperdigadas, la monja mira con ojos inertes desde donde está tendida. Las niñas le cierran los párpados, aunque están asustadas. Le sacuden el serrín del hábito y los zapatos. Van a contar lo que acaban de encontrar, luego limpian las ventanas pintadas de blanco y recogen leña. Entonan mentalmente una canción que no deberían cantar, y se preguntan quién no las quiere. El parabrisas hiende la cortina de lluvia; el hombre llega de la casa y lleva adentro la caja. Es en ese sitio del patio. Son los días tormentosos de junio. Ella no presume de virtud buscando compasión, no culpa a un amante negligente. Cultiva su huerto, recoge los huevos.

Los caballos cabalgan con las primeras luces del día, el amplio paisaje se llena: Old Kilmainham, Islandbridge. Las gaviotas se posan en los muretes junto al río; el aire huele a lúpulo.

El mar se halla en calma, en la fría mañana otoñal solo se oyen los motores. "Sabes lo que recordarás —piensa él—. Sabes lo que la frágil memoria conservará". Una vez más, la llave que cae en el suelo de piedra. Una vez más, los pasos de ella en la carretera.

Y se queda sin el último fragmento de Irlanda: sus rocas, sus aulagas, sus pequeños puertos, el faro lejano. Permanece mirando hasta que no ve tierra, únicamente el sol, que baila en la superficie del mar.



WILLIAM TREVOR (Mitchelstown, Irlanda, 1928 - Dublín, 2016) Nacido como William Trevor Cox en una familia protestante de clase media, se mudó varias veces a otros pueblos debido al trabajo de su padre como funcionario de banco. Fue educado en el Saint Columba's College y en la Universidad de Dublín, ambos en Dublín y del último de los cuales obtuvo un grado en historia.

Trevor trabajó como escultor, complementando sus ingresos como profesor. Se casó en 1952 con Jane Ryan y emigró a Inglaterra en 1954. Su primera novela, A Standard of Behaviour, fue publicada en 1958, pero tuvo poco éxito entre la crítica. Tras abandonar la escultura, se dedicó a la concepción y redacción de eslóganes publicitarios en Londres, antes de convertirse en escritor a tiempo completo en 1965.

Trevor era miembro de la Academia Irlandesa de Letras y Aosdána. Fue nombrado caballero comendador de honor de la Orden del

Imperio Británico en 1977 por sus "servicios a la literatura" y fue nombrado Companion of Literature en 1994. En 2002, fue nombrado caballero honorario en reconocimiento por sus servicios a la literatura.